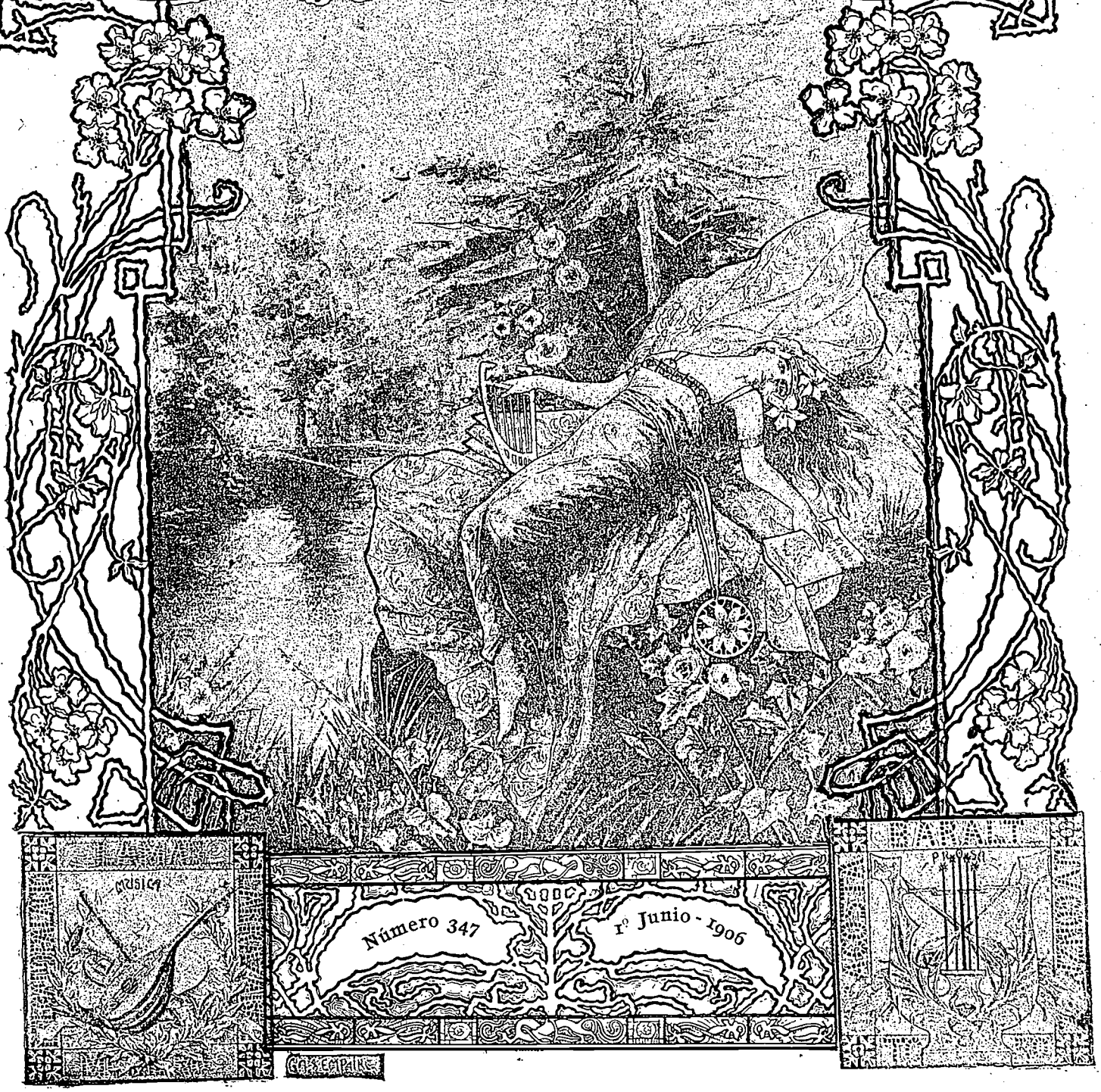
EL COJO ILUSTRADO



Número 347 — 1º Junio - 1906

S'adresser exclusivement pour toute la publicité française á Mr. A. Lorette, Directeur de la Societé Mutuelle de Publicité.— 61 Rue Caumartin — Paris

SUMARIO

TEXTO

PÁGINAS

Eloy G. González ..... Las visiones de mi país 354
Jesús Semprúm ..... La pesadilla 356
Rafael Silva ..... Párrafos de un libro criollo 358
Oscar Wilde ..... El gigante egoista 360
Rufino Blanco-Fombona ..... De la mazmorra 361
A. Fernández García ..... Un poeta de provincia 362
Elías David Curiel ..... A los metrómanos.—Ley étnica.—Fué un minuto de eternidad.—Zona ambiente.—Flor de abrojo 364
Leopoldo Lugones ..... Sorpresa 365
J. M. Vargas Vila ..... Soneto cervantino 368
Fedor Dostoievski ..... El señor Polzounkov: (Novela inédita) ... 366
Juan Ramón Molina ..... Los ojos de los niños 370
Amado Nervo ..... En voz baja (Inédito) 372
Felipe Larrazábal, hijo ..... Introducción á una obra inédita (Fragmento) 372
Gaston Bonnier ..... Erupciones volcánicas 373

PAGINAS CORTAS

José Enrique Rodó ..... Media página 370
Juan Mas y Pi ..... Nuestras amigas las campanas 370
Luis G. Urbina ..... La diaria noticia 371

VIDA LITERARIA

A. Fernández García ..... Letras Hispano-americanas 374
Jesús Semprúm ..... Crónica Literaria: Bovarysmo 375
La Dirección ..... Información literaria y artística 377

La Dirección ..... Sueltos Editoriales 378
Explicación de los grabados 378

SECCION RECREATIVA

El teléfono y el corazón.—Los sueños de los escolares.—Alemania y Francia comparadas desde el punto de vista de la población.—¿ A quién tutea el Emperador Guillermo ? ..... 379 á 382
Anuncios .....

GRABADOS

Coypel: La Inocencia y el Amor—Museo del Louvre 353
Le Nain: Cena de paisanos—Museo del Louvre 356
J. P. Laurens: Familiares del Santo Oficio 357
H. Koch: Pic-nic 359
Elías David Curiel 362
Ed. Brogi: Las tres edades del hombre 363
Ernest Meissonier: Retrato del autor 365
— Napoleón III en Solferino 367
Lord Frederick Leighton: Hércules lucha con la muerte ante el cadáver de Alcestes 369
R. Caton Woodville: El escondite secreto: A punto de ser capturado 371
La erupción del Vesubio—La ciudad de Bosco Trecase bajo la lava 373
Manicomio de Maracaibo: (Parte Oeste) 374
— Departamento de locos furiosos—(Parte Sur-Oeste) ... 375
— Patio principal 377
Doctor Tomás Mármol 378
Felipe Larrazábal, hijo 378

EL COJO ILUSTRADO

Año XV — 1º DE JUNIO DE 1906 — Nº 347

PRECIO
Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN

Empresa El Cojo – Caracas – Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4—Número 14
Caracas — Venezuela

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

Museo del Louvre - COYPEL: La Inocencia y el Amor

LAS VISIONES DE MI PAIS

La formación de las ideas es de una época reciente, si se toma como referencia la edad del hombre. Aquéllas han tenido que aguardar, para su nacimiento, á que los sentidos hagan acopio de materiales de conocimiento y provean de ellos al cerebro. Bajo ninguna latitud, ningún hombre ha podido formarse idea de una cosa que esté fuera del dominio de sus percepciones. Tolstoy mostró una ocasión el estupor de un viejo mujick, centenario de la estepa, cuando vió por la primera vez de su vida una montaña.

El hombre de la llanura le atribuye espontáneamente un aspecto fabuloso, imposible, á la existencia de las cosas y de los fenómenos entre cuyos elementos no se halle ninguno de los que le han hecho familiares la tradición y la experiencia. Colocado en ese punto, que es el del primitivo, su imaginación resbala vertiginosamente por los declives de lo maravilloso y lo fantástico, produciendo en su naturaleza un sistema de acciones y reacciones por el cual se muestra rebelde é indomable por la fuerza, pero inmediatamente avasallable por el prestigio que la aureóla; á Páez le costó tremendos duelos individuales imponer su autoridad á los jinetes semi-salvajes del Apure, que en 1819 contemplaban, con una curiosidad supersticiosa, la figura personal, grácil y frágil, de aquel hombre vestido á extraña usanza, parlante de un idioma vivaz y nuevo, á quien los veteranos del Centro y del Oriente denominaban *Su Excelencia el Libertador*. (1)

En ninguna región de Venezuela existe mayor capacidad de admiración rudimentaria que en la región llanera; y distingo de la admiración inteligente, precisamente por la escasez que hay en esa gran porción del país, de espectáculos múltiples, naturales ó artificiales, y de variabilidad de los existentes: nada de ese aspecto inquieto, cambiante, sorprendentemente móvil de las cordilleras y de los encadenamientos montañosos, que parecen como si una enorme ola se revolcase debajo de una inmensa lona pizarrosa y amenazase reventar en una explosión de catástrofe, dentro del humo lejano del horizonte; nada de esas selvas negras de puro nutridas, que en medio de sus ruidos reposan en el silencio augusto de una basílica colosal, y poseen una enrevesada arquitectura, que extravía las retinas llaneras en un laberinto de líneas retorcidas, de arabescos complicados y de acantos entrecruzados: una extensión angustiosa y desconsoladora, en donde se disuelve la luz y que, cuna y pañal de llaneros, no suscita en su espíritu entusiasmos ni arrebatos. Mi paisano guia indiferente, al paso de su cabalgadura, por los diámetros interminables de aquellos infinitos círculos, pasmo y sorpresa de ojos ciudadanos; y no se explica por qué el habitante de las metrópolis se extasía y convierte en delicia la admiración y la contemplación de aquella vacuidad, que á él no le dice sino por dónde van los rumbos del rebaño, de la fiera, ó de la choza... Así el groenlandés, en presencia de los arrobos del europeo. (2)

El citado autor refiere que los habitantes de aquellas regiones no pueden formarse idea de Europa sino es por comparaciones con las cosas de su medio; el número de habitantes de nuestras ciudades se les hace comprender por el número de ballenas que se necesitarían para su alimentación diaria. En mis primeros años, yo oía en mi país el caso de un niño de la ciudad extraviado en la llanura y quien, en el relato del suceso, contaba cómo salía de una «plaza» para entrar en otra, refiriéndose á los claros de sabana en los cuales estaba desorientado.

El hiperbóreo oye con delicia las descripciones de los países para él desconocidos y gusta igualmente oir hablar de las cosas divinas. (3) También por la misma razón de medio y de organización, el llanero ama los relatos maravillosos y las descripciones fantásticas: las visiones míticas ocupan un ancho espacio en su imaginación, complicadas con las supervivencias ancestrales, sobre las que hasta ahora no ha obrado la evolución sino muy leve y lentamente. Como en todos los pueblos, las nociones de lo sobrenatural están compuestas de los materiales prestados á la herencia y al ambiente, en su aspecto físico y en sus costumbres: una mujer de mi lugar contaba cómo había visto una ocasión á *Dios*. Era la alta noche; reinaba el calor sofocante de las noches de julio; algún perro se quejaba medrosamente en la soledad: no siéndole posible conciliar el sueño, la buena mujer echó al patio de la choza el harapo que le servía de jergón y se tumbó sobre él, cara al cielo; las estrellas rutilaban sobre la llanura desierta, límpidas y definidas, difundiendo una inmensa diafanidad sobre el cielo intensamente azul;... de pronto, cesó el aullido agorero del perro, y, en medio de un silencio infinito, solemne, augusto, se abrieron lentamente las puertas de aquel cielo, frente á las cuales apareció el Eterno, Dios Padre, sentado en un *butaque* (4), cruzada la pierna, luenga la barba venerable, calado un gorro de terciopelo bordado en oro, inclinado sobre una oreja: San Pedro y otro bendito, en una mesa cercana, jugaban á los dados..... He pedido á la memoria los detalles más característicos, para comprobar la afirmación de Herder, de que el reino de los fantasmas está constituido por las representaciones propias de la herencia, de la educación, de las costumbres y del clima de los pueblos (5). Cualquiera otra mitología habría sido rechazada cordialmente, por incomprensible, por la buena mujer de mi país.

Estudiando, en las noticias de los misioneros Capuchinos, la formación y psicología de los pueblos fundados por ellos en el Llano occidental, he podido comprobar, por la observación de la masa actual, la permanencia casi íntegra en sus espíritus de todas las visiones leyendarias, con las cuales conformaron los abuelos de mis paisanos de hoy su sobrenatural; teniendo siempre en cuenta, por lo que hace al exotismo de algunos detalles, el sistema de *jornadas* adoptado por aquellos frailes, para evitar la fuga de los catecúmenos y la pérdida consiguiente de la Misión; y en el curso de un estudio y una observación semejantes, es fácil exaltar [*relever*] la porción de impulsos, sentimientos é ideas actuales, que tienen un denso fondo atávico. Sabemos qué poderosa persistencia adquieren en la imaginación las nociones que adquirimos por el solo medio de la palabra, y cómo, efectuado el trabajo evolutivo, se hacen obsedantes, pero siempre engañosas. *Región,.... la región!*.... La gente llanera ignora lo que esa palabra significa, pero ella le expresa á su ánimo la existencia misteriosa de algo indefinible pero tremendo y espantable: cuando baja violentamente algún zamuro (6) en vuelo oblicuo, y corta con el ala tensa alguna corriente atmosférica ascendente, produce el estridor de una rasgadura de tafetán, acompañado del consiguiente graznido de sorpresa: la gente popular llanera se atribula, se persigna en medio de su recóndita consternación, y exclama supersticiosamente: "Ese zamuro viene de *la región*". Ellos no saben fijamente de dónde viene, ni lo que es esa procedencia fantástica, pero emplean, para expresar su vaguedad fatídica, una palabra de

(1) *Autobiografía de Páez*, t. I.

(2) Cranz, *Histoire du Groenland*.

(3) Op. cit.

(4) Silla montada en tijeras, de respaldo alto y forrada en piel seca al sol.

(5) *Philosophie de l'histoire*, t. II.

(6) *Urubú* (pernopterus uruba).

Museo del Louvre - LE NAIN - Cena de paisanos

abracadabra, de sortilegio, corruptela sin duda de no se sabe qué expresión misteriosa, nacida en el enmarañamiento de algún remoto proceso ancestral de ficciones y de fábulas.—Dobritzhofer (7) no podia hacerles comprender á los bravos é inteligentes indios de una tribu, cuán absurdo era su temor á las vanas palabras de un brujo, que los amenazaba con convertirse en tigre y devorarlos:

—Pero bien, les preguntaba: ¿no cazáis todos los dias verdaderos tigres, sin tenerles miedo?

—Si, pero á esos los vemos y los podemos matar.

De manera que, la levadura de las fantasmagorias y las supersticiones está en la invisibilidad de las cosas y de los fenómenos expresados por las palabras. De ahi el recurso esotérico empleado por las castas sacerdotales para obtener la sumisión por el temor, valiéndose de un lenguaje misterioso y hermético.

Los Capuchinos evangelizaban y el oyente indígena reacomodaba cerebralmente la enseñanza, por comparaciones habidas en su ambiente: junto con las nociones de lo eterno, de lo inexcrutable, quedaron en el alma de mi país las quimeras infantadas por las palabras enigmáticas. Por lo vaga, por lo imprecisa, por lo que tiene de pasmoso sugestivo para el alma llanera, merece nota la idea, superstición, leyenda, del *encanto*, denominación no ya de cosas, de fenómenos, ni de seres, sino de residencia panmórfica de una idea de pasmo, de sortilegio, de misterio damnífico: casi siempre se refiere que en la parte torrentosa de la corriente de un rio, en el punto en que ésta se rompe contra las rocas que obstruyen y desnivelan el cauce, cayendo ó absorbiéndose en una sima infundibuliforme, como á una profundidad de siete *estados de hombre* (8), hay una gruta temerosa, negra aunque iluminada por una luz difusa, en la cual y sobre una laja descansa, inmóvil, hierático, esfingico, un espantable toro negro, de mirada extática y enigmática: es el *encanto*, expresión de lo pavoroso inexpresable, de lo incognoscible, que sobrecoge é inflige pena, castigo ó maleficio arcano á quien lo ve.

Ese carácter maléfico que tienen las visiones de mi pais, es el producto inmediato de su clima, de su suelo y del género de vida: los veranos calcinantes y asfixiantes; la estación lluviosa, madre inclemente de todas las desdichas: la llanura innundada, desbordados los ríos, bajo cuya linfa limosa espía el caimán voraz; á todo el rededor, un infinito desamparo; flaca la naturaleza corporal, asiento de dolor, teniendo por huésped la orfandad..... ¡Si todos los de allí debiéramos ser crueles, tristes y pusilánimes!

Nuestras pávidas visiones pudieran explicarse por la naturaleza, asi como refiere Stendhal que explicaba un agareno la belleza de sus mujeres:—Porque nuestros hombres son valientes y nuestras esposas son castas (9).

ELOY G. GONZALEZ.

(7) *Histoire des Abipons*, t. I.

(8) Medida imprecisa de la talla humana.

(9) Stendhal, *Instituciones amatorias*.

LA PESADILLA

—

Héctor Canquís era un poeta lunófilo. Vivia pendiente su inspiración del continuo menguar y crecer del ópalo lunar. En sus versos era imposible no encontrarse con un destello selenita. En cada estrofa suya asomaba el rostro menguado ó pleno de Diana, como una princesa fantástica á sus líricos miradores. Hubiera podido componer un libro de versos lunáticos, así como aquel extraño y caprichoso Julio Laforgue, que compuso la Imitación de Nuestra Señora la Luna, dedicada á la «petite Salambó, prêtresse de Tanit.» Se extasiaba largas horas, con fervor sacerdotal, ante el disco luminoso del satélite. Contemplaba con emoción de enamorado la ascensión del astro, entre vapores blanquecinos, por los tibios azules de la noche incipiente, sobre el pálido perfil de los montes. Andaba siempre inquiriendo una imagen nueva y exacta del planeta mortuorio. Y cuando atrapaba una imagen de su gusto, tenia buen rato de regocijo.

Así este hombre habia llegado á ver las mujeres á través de uno como vidrio lunar. Sus amores venian á ser simples reflejos de su pasión por la peregrina perla del cielo. En unas mujeres veia la hermosura majestuosa de la luna llena, que se levanta con lentitud y solemnidad en un celeste mar, lleno de sobrio respeto, preparado, como un salón suntuoso, para la recepción de una emperatriz, soberbia de silencio y de blancura. En otras sorprendia y adoraba la esbeltez de los primeros cuartos de luna, cuando el astro pone una gracia grácil y tímida en su andar taciturno, tal como una niña enferma, sonreida en un crepúsculo otoñal, en medio de un jardin azul, sembrado de rosales para siempre marchitos.... Para poder amar á las mujeres y disfrutar de su amor gozosamente, buscaba siempre en ellas algo que le sugiriera un asomo de la hermosnra prodigiosa de su quimera.

Así, en sus poemas, en sus cuentos, en sus fantasias, destellaba comunmente una cristalina lumbre lunar. Eran los cuadros de un pintor atormentado, en una extravagante idolatria, por el planeta de sonrisas glaciales. Hoy era una enorme y portentosa naranja de oro triste, flotante sobre una agua inmóvil, diáfana y azul; después un arco tenue de lumbre, como la fina ceja de un ojo invisible que avizorara la tierra sobre montañas de puro añil; ora un grave y trunco disco de melancolía, sobre el sueño caliginoso de las nubes. Y en todas partes, por las calles, en los cerros, sobre las arboledas urbanas ó en la fuga clara de los riachuelos, perseguia los efectos de luna.

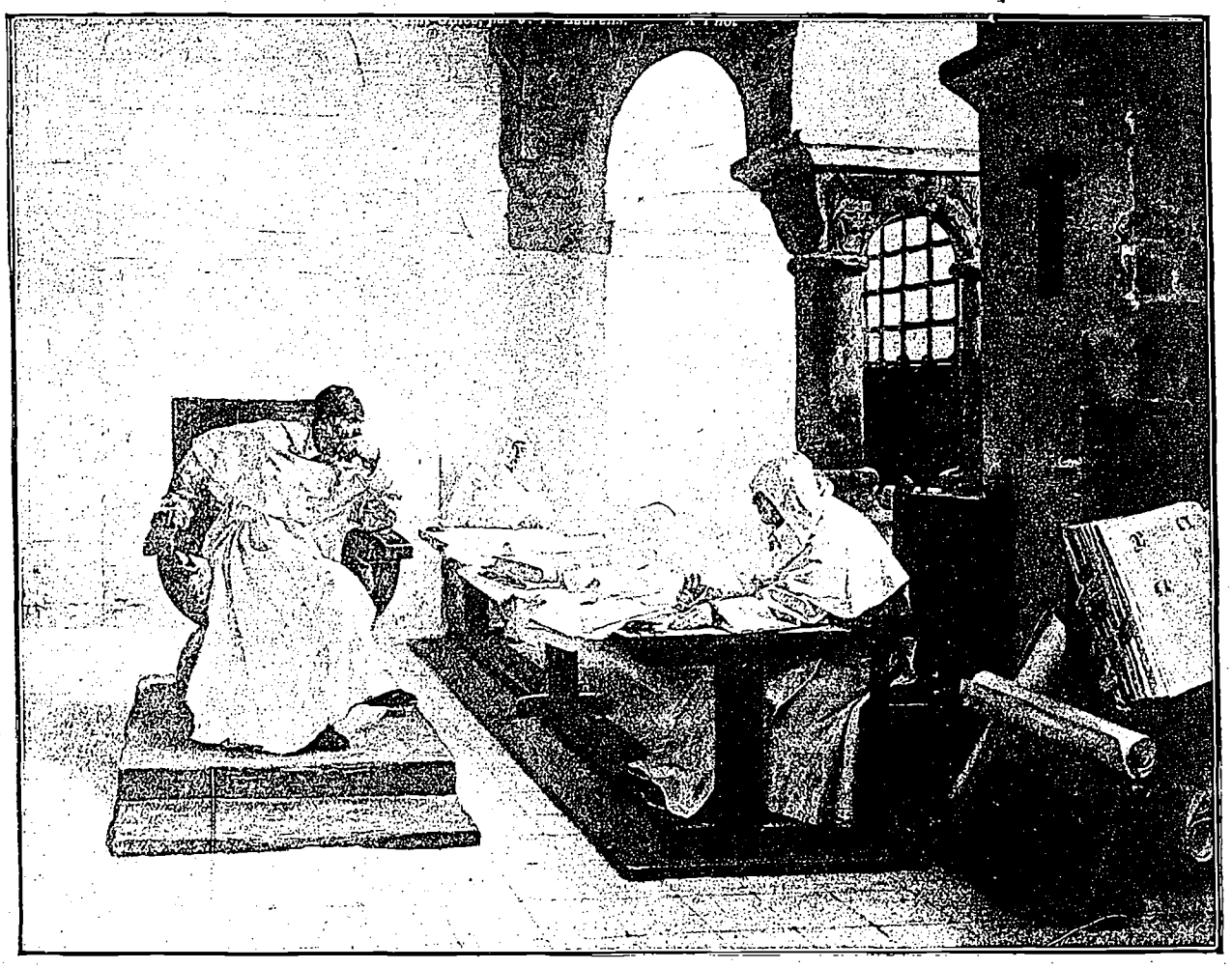
Cierta noche, Héctor Canquis, fatigado de un largo paseo por las afueras de la ciudad, á donde habia ido á contemplar las primeras sonrisas de los árboles que despertaban con las primeras lluvias, estaba sentado al balcón de su estancia, en una mecedora muelle, contemplando con serena delicia el milagro que los fulgores de la luna urdian sobre las colinas remotas y en el piélago de techumbres de la ciudad que se extendia abajo, ante sus ojos complacidos. La leve neblina diafanizaba los contornos de las cosas lejanas y ponia un halo turbio alrededor de las luces temblorosas. Una paz infinita llenaba la noche, cual una aroma inefable y confusa. Los ruidos de la ciudad se amortiguaban discretamente en el aire moroso. La luna, invisible para Héctor, bañaba todo el paisaje en un resplandor de mansedumbre, idealizando y sutilizando todas las cosas. Héctor Canquis, absorto, lleno de un bienestar profundo y vago, miraba el paisaje lleno de luna. Lentamente las cosas fueron apagándose, desvaneciéndose, como si se alejaran con lentitud hacia horizontes distantes, y se quedó dormido.

Entonces se encontró en una llanura enorme y convexa, sembrada de enormes piedras y llena de agujeros extraños. Habia en el cielo un suave resplandor muy semejante al de la luna en las noches muy claras; pero no se veia astro de ningún linaje: ni luna, ni sol, ni luceros. Un camino derecho, ancho y blanquísimo, se perdia á lo lejos, en los confines de aquella planicie, describiendo un arco de círculo perfecto. Héctor Canquis comprendió de repente, que estaba en la propia superficie de la luna. No le pareció extraño el suceso y sintió una gran alegria presintiendo que iba á presenciar cosas inauditas.

Por el extremo de aquel largo camino apareció de repente un animal muy parecido á una rana: una rana amarillenta, ambarina y enorme. Andaba á saltos insólitos y avanzaba hacia Héctor, mirándolo curiosamente con unos extraños ojos blancos, como perlas. Héctor no sintió temor, sino curiosidad ante la alimaña selenita. Pero hé aquí que la rana le dijo abriendo una boca inmensa y chata :—«Los árboles se han convertido en piedras...» Entonces el hombre terrestre sintió un calofrío de pavor y se encaramó en el espinazo áspero de la bestia. La piel del monstruo estaba fria y Héctor comprendió que cabalgaba sobre un animal de hielo. Por el camino blanco aquel bicho habia emprendido una fuga desenfrenada. A los lados, Héctor veia pasar las enormes piedras, como si corriera velozmente en un automóvil. Súbito, el animal se paró; pero con grande asombro de Héctor las piedras seguian huyendo con una velocidad infinita, dando trompicones y saltos, como si fueran un tropel de ranas locas. La rana de hielo ambarino habia desaparecido. Héctor se puso á correr detrás de las piedras fugitivas, dando alaridos de entusiasmo sintiéndose arrastrado por un torbellino de fuerzas. De improviso resbaló y cayó en el vacio; pero caia en un suave descenso, con una morosidad y placidez de globo á medias flácido. Mientras caia echó de menos su sombrero. Seguramente se le habia olvidado en casa, lo cual le contrarió mucho. Al fin se detuvo en la copa de un árbol escuálido y seco, por cuyas ramas bajó á tierra. Allí se encontró con dos señores vestidos solemnemente de negro, que se pusieron á registrarle los bolsillos con grande impertinencia y furia y callados, como muertos. Al cabo uno de ellos, dijo, encendiendo un cigarrillo que le habia quitado á Héctor:—Este es... Entonces los tres se pusieron á caminar fúnebremente por una campiña triste, llena de malezas. Héctor sentia grandes deseos de llorar, sin saber por qué. Llegaron á un lugar limpio de yerbas y uno de los hombres dijo:—Es preciso que lo enterremos... Aquella voz era fria y fétida y Héctor vió de pronto que los dos hombres eran dos esqueletos. Entonces embistió con ambos á grandes golpes. A cada golpe caia al suelo una lluvia de huesos, hasta que de los dos esqueletos no quedó sino un gran montón de huesos blancos y limpios, sobre el cual se sentó Héctor Canquis á dibujar una calavera en blanco sobre un papel negro. Comenzó á soplar un viento frio que traia acordes de música y perfumes de aguas de tocador. La noche habia cerrado y apenas una que otra estrella parpadeaba en el cielo obscuro. En el confin se distinguian luces inmóviles, rojas, amarillas, azules, verdes. Héctor comenzó á caminar hacia las luces. De aquel sitio provenian de seguro el olor de perfumes y el rumor de las músicas. Así debió de andar mucho tiempo. Repentinamente se encontró en su cuarto, ante un espejo, contemplándose á sí mismo. Tenia los cabellos y la barba blanca. Habrian pasado muchos años porque era ya un viejo. Sentia un gran abatimiento y ganas de dormir, ganas de tenderse en el fondo de una urna negra, con hambre de reposo...

Una mujer joven, muy bella y muy blanca, apareció entonces en el aposento, iluminándolo. Iba desnuda, como si saliera de un baño y su cabellera de oro pálido la envolvia como una túnica. Sonreia y Héctor advirtió que tenia un diente orificado. Además, tenía los ojos blancos, como los de la rana de hielo. Héctor Canquis, con mucho descaro la invitó á que se sentara en el lecho, pues en el aposento no habia ninguna silla. La joven se puso á pasear con gran coquetería, recogiendo y agitando con una de sus manos la cabellera rubia, como si fuera una lujosa falda amarilla. Después se detuvo frente á Héctor y comenzó á hablar:

—Tú estuviste un tiempo enamorado de mí y nunca llegaste á verme... Y sin embargo, muchas veces estuve junto á ti, á tu lado, y hasta en tu lecho, sin



J. P. LAURENS: Familiares del Santo Oficio

que tú me advirtieras, sin que me sospecharas... Eso era al principio, cuando eras discreto y fino, como los amadores de tus baladas desgarbadas... Después te pusiste impertinente como un rufián ó cual un poeta apócrifo... Me perseguías, me fastidiabas, me hostigabas con tus majaderas trovas y con tus cuitas de engaños... Eras embustero como una prostituta y trivial como un político... Te has vuelto un anciano impotente en castigo de tu necedad... Vas á tener que teñirte las barbas y tendrás reumatismos y te darás fricciones nauseabundas con una esponja llena de piedras, que te desollará todo el cuerpo... De qué te sirven tus sonetos que recitan las señoritas románticas y alguna jamona ardiente?... Tienes que purgar el pecado de tus poemas gemidores... Te desollarás la piel con una esponja rispida y quedarás nauseabundo hasta la muerte...

Héctor escuchaba, sobrecogido, el discurso de la mujer, cuyos ojos blancos tenían un resplandor de luz voltaica. Se llevó las manos á la cabeza y sintió que tenía un pañuelo anudado, á manera de gorro, sobre la frente. La mujer continuaba:

—Y además, has tenido mucha parte en mi desprestigio... Nadie me respeta... No soy pan para el niño ni aliciente para los enamorados.... para los enamorados de verdad, que se besan con ardentía y cumplen sus importantes funciones... Así dirías tú en un arrebato de deseoco académico... Qué es eso de los suspiros y el mecer los ojos?... Te vas á morir caneeroso por impúdico... Te cruzas de brazos como un estúpido, á mirarme el rostro, mientras yo estoy pasando á tu lado llena de deseos, mientras yo te invito desde otro lugar á que realices tu amor... Hueles las flores indecentemente, como un can á otro... Oyes la música y el corazón te tiembla y te pones á soñar:—allá lejos, más allá de los mares, en un bosque de lauros, duerme entre flores la Elegida... La Elegida! Y por qué te pones á soñar frente á mi, en vez de montar sobre la rauda aventura, en vez de ejercitar tus músculos en una lidia verdadera, en vez de conquistar valerosamente tu goce?... Esa es la ley... Es preciso tener músculos fuertes... Lindas canciones y bordoneos de guitarra... Muy bien... Acaso ese es ejercicio que puede agradarme?... Buena reputación se granjea andando en redondillas!...

El resplandor intenso de los blancos ojos de la mujer cegaba á Héctor, que se había ido arrebujando entre las sábanas, temeroso. Sin duda aquella mujer era loca y estaba irritada:

—Sois todos brutos... Mi sueño, mi ensueño, mi ilusión... Por qué no dices mi verdad, mi realidad, mi carne?... Alterais y trastrocais todas las cosas... Tienes una peluca abominable y todos tus instintos están depravados... Por eso es preciso tomar venganza en todos vosotros, los predicadores de la falsía, que engañáis con lutos imaginarios y con lágrimas de ficción.... Qué haces tú cuando vengo á buscarte á tu vivienda, porque te has extraviado, creyendo seguirme, en detestables aventuras?.... Te acurrucas en tu lecho como un gallo enfermo ó como un ratón miedoso.... No deseas, entonces, nada en pago de tus galanterías?... Te callas?... Eres descortés y bestial...

Héctor Canquis se sentía muy viejo y dolorido. Y sentía un inmenso y hondo pesar ante la cólera de aquella mujer imperiosa, de quien tenía miedo.

—Los árboles se han convertido en piedras...y tú no tienes tiempo para desechar tu timidez triste—prosiguió la joven.—En verdad tú eres un enfermo avecindado á la tumba...

Se acercó al lecho donde Héctor temblaba, lleno de espanto, y agarrándolo por los cabellos, lo suspendió en vilo y lo arrojó en medio de la estancia. Héctor aterrado vió sobre sí un horrible gañán que lo molía á golpes. Pero los golpes no le dolían; parecía como si los recibiera á través de una espesa felpa. Entonces despertó.

Sobre la ciudad y los cerros la luz diafanizaba sus fulgores, como en una suave é indefinible ironía...

JESÚS SEMPRÚM.

PARRAFOS DE UN LIBRO CRIOLLO

—

á Eloy G. González.

. . . . . .

Borrar de mi memoria aquel sombrío pasado; ahogar en la nirvana de un absoluto olvido esos tristes recuerdos; arrancarme del corazón esas raíces de amargura que emponzoñan todas mis felicidades, ha sido siempre un empeño tenaz de mis deseos, pero el milagro ha sido irrealizable! Cuando hojeo las páginas marchitas de mi dolorosa juventud, cuando miro hacia ayer, hacia aquellos parajes que tienen para todo el mundo la risueña perspectiva de un carmen de inocencia y de alegrías, mis pensamientos se entenebrecen, mi alma se revuelve en espasmos de dolor y regüelda rencores, y á veces el conflicto secreto de mi espíritu se resuelve en una lágrima que no he querido nunca analizar . . .

Yo soy mi propio é implacable juez; y hoy, justo conocedor de mi causa, yo sé bien que mis culpas infantiles no merecían la dureza de aquellos bárbaros castigos, sobre todo de aquellos castigos morales en los cuales mi tío era docto y cruelmente refinado como un antiguo inquisidor.

De aquel martirologio que fué la corona de espinas de mi primera juventud, conservaré siempre culminando sobre todos, ese lamentable episodio. Yo había ciertamente cometido una falta, pero yo puedo alegar en descargo de esa falta, muy elocuentes circunstancias atenuantes. Tenía trece años. Ante mi niñez reclamadora de esparcimientos no había más horizonte que el inculto solar que erigía sus malezas frente á las puertas de la pulpería; y más lejos, tras el solar, el cerro montañoso y árido, hosco y hostil, tostado por los ardores de aquel sol que incendiaba como fuego.

La pulpería era para mí como un convento. Yo no salía jamás diez pasos fuera de la casa, sino cuando tenía que barrer, las vísperas de San Juan ó en otra fecha clásica, la delantera del establecimiento; ó cuando sacaba al sol, en una batea, alguna porción de papelones revenidos, para templarlos al calor y al aire. De resto, yo permanecía detrás del mostrador, ocupado en el despacho, y cuando este cesaba, haciendo el aseo interior: picando pilas de cazabe en piezas angulares de á un centavo: haciendo rón de Jamaica con aguardiente de caña, permanganato y otras inmundicias: lavando los quesos mal salados invadidos por los gusanos: confeccionando papeletas de á diez granos de quinina en las cuales poníamos mitad quinina y mitad carbonato de soda para lograr, según el criterio químico de mi tío, lo que él llamaba pomposamente *quinina comercial*.

Ni en las fiestas de la Candelaria que duraban ocho días, y que eran famosas en toda la región, podía yo salir á pasear por las calles del pueblo. Para mí no había toros coleados, ni diablitos, ni palos ensebados, ni cañas, ni velorios de cruz, ni bailes de paleta. En tales épocas mis trabajos se redoblaban, pues las fiestas atraían consumidores y el establecimiento reclamaba toda nuestra atención.

Yo era, pues, como un prisionero; y por mi edad, sentía abrumante y tiránica, la nostalgia de la calle y de la vida.

Cuando otros muchachos de mi tamaño, hijos de hombres acomodados como mi tío, pasaban á caballo para los toros, yo los envidiaba intensa y profundamente. Yo no aspiraba, precisamente, ir á los toros como ellos, en magníficos caballos, aperados con lujo de pellones en la silla y lujo de metales en el freno. En casa había un burro mocho de una oreja. Porque me hubieran dado licencia para enjalmar ese burrito, yo habría llorado de felicidad, pero á mi tío no se le ocurrió proporcionarme ese placer, y yo era bastante tímido y le tenía mucho miedo para hacerle la proposición.

A veces, sin embargo, le soltaba algunas indirectas. Cuando en el pesebre el burro rebuznaba, yo decía de modo que mi tío lo oyera:

—Ese bicho como que tiene ganas de qúe le peguen la jamuga.

Mi tío no decía nada.

Si por casualidad el burro rebuznaba de nuevo, yo añadía entre dientes:

—Guá, y ese animal que tendrá? A malhaya quien te echara la pierna . . .

Todos mis ardides eran vanos. La noche caía. La gente regresaba de las coleadas, alegres de entusiasmo las mujeres, alegres de aguardiente los hombres, alegres de juventud los muchachos, y á mí se me aguaban los ojos al ver pasar, inasible ante mis brazos, el fantasma fugaz de la Alegría.

Ese era el estado de mi vida, cuando una tarde me dijo mi tío:

—Vaya, vístase para que me haga un mandado casa de don Juan Miguel.

Don Juan Miguel vivía en uno de los extremos de la población. Una enorme satisfacción me invadió: la satisfacción del preso á quien le brindan libertad. Salir á la calle, ver las tiendas, ver las otras pulperías, bajar al río á contemplar los bongos que venían de San Fernando, pasar por la imprenta y ver trabajando los tipógrafos y funcionando la prensa, que alegría!

Inmediatamente me fuí á vestir. Empecé por lavarme los pies. Me puse mi par de alpargatas de los domingos, mi camisa de zaraza morada con alforzas en la pechera y en las mangas, mi flux de coplé cortado en Valencia, y mi sombrero de pelo que yo prefería al de cogollo, porque aquél tenía un forro de seda en cuyo fondo se leían estas sonoras palabras escritas en caracteres dorados: *Blohm & Ca.* Como prenda de lujo no llevaba sino el pañuelo: un pintoresco pañuelo de muselina en una de cuyos ángulos, bordada con grueso hilo azul, había esta sugestiva pregunta: *¿Me amas?*

Siguiendo la costumbre que yo había observado en Valencia, esa punta la dejé deliberadamente fuera del bolsillo del saco en actitud conquistadora.

Cuando terminé mi tocado, noté que me faltaba perfumarme, y me vacié en la pechera un poco de agua de Kananga.

Ahora completamente satisfecho fuí á ponerme á las órdenes de mi tío.

Aquel hombre feroz al sentirme oloroso al agresivo perfume japonés me preguntó:

—¿Y eso qué es? ¿Por qué se ha bañado usted así de agua de Kananga?

Lleno de rubor bajé la frente, sin hallar cómo explicar ó excusar mi rústica coquetería.

Mi silencio exaltó la ira fácil de mi tío, quién por arrancarme una respuesta me tiró de la solapa del saco sacudiéndome brutalmente.

Oh fatalidad! Un ruido de monedas sonó en el bolsillo de mi saco. La trompeta del juicio final no causaría á un pecador más miedo que el que á mí me produjo el ruido de aquellos centavos.

—¿Qué es eso? me dijo mi tío clavando en mis ojos una mirada terrible.

Después de un breve silencio lleno de emoción y de estupor, respondí como un niño que yo era:

—Eso lo cogí yo para comprar conservas . . .

La verdad y la inocencia de mis palabras debían haber desarmado á aquel hombre, pero al contrario, la cólera lo cegó, me sacó él mismo los centavos del bolsillo, y al tenerlos en una mano me dió con la derecha una tremenda bofetada.

Caí. Yo estaba palúdico, calenturiento. El agua cenagosa del Cojedes me estaba asesinando; yo era un sér endeble y enfermizo, y aquel golpe violento me arrojó por tierra como un vástago.

Cuando aturdido intenté incorporarme, oí la voz imperativa de mi tío:

—Vaya! espéreme en la alcoba!

La alcoba! Yo conocía bien aquel cuarto inhabitado, lleno de trastos viejos, donde mi tío acostumbraba castigarme. La alcoba era mi capilla expiatoria. Cuando me decían: vaya á la alcoba, ya yo sabía lo que en ella me esperaba: una cueriza *cantada*, una tanda de azotes intercalados de reprimendas insultantes.

Me fuí á la alcoba. Ay! Yo he conocido cuando niño los tormentos que los hombres sufren cuando son condenados á muerte.

Yo he pasado largas horas esperando con las espaldas desnudas una serie de latigazos que me hacían sangre en la piel; y he esperado largas horas con el alma en un hilo, la injuria de una cruel amonestación que me ha hecho sangrar el corazón.

Cuando estuve en la alcoba fué cuando me dí cuenta de lo grande que sería mi castigo por lo grande que era mi delito: yo era un ladrón.

Yo había robado medio real! Sí; que se me

H. KOCH: Pic-nic

castigue. Yo sufriré la expiación de mi culpa, pero Dios mío, que el castigo no sea la muerte! Que no me vayan á matar, Dios mío! Yo seré bueno en lo adelante. Yo no quería robar, yo no soy ladrón de verdad, yo cogí eso para comprar conserva, no con mala intención. Yo lo cogí por miedo de pedirlo y que no me lo dieran, pero yo no soy ladrón. Yo no soy ladrón, Dios mío; que no me maten! Y cómo en mi inocencia yo no podía dudar que mi falta sería castigada con la muerte—al pensar cómo me castigaban por otras faltas insignificantes,—poseído de un extraño terror me puse á rezar, como nadie debe haber rezado hasta hoy. Toda mi alma estaba en mis labios, toda mi alma atribulada palpitaba en mis oraciones sollozantes. Recé cuanto sabía. Le recé á Dios el bendito, á la Virgen la Salve, á Cristo el Padrenuestro, á San Antonio, á San Rafael, á las Animas, á todos los santos todas las oraciones que yo sabía, y cuando no había más santos, cuando no sabía más oraciones, volví á repetir las oraciones dichas, y cuando las hube repetido muchas veces, con un fervor febril, con una fanática desesperación, llenos los ojos de lágrimas, lleno el pecho de remordimientos, me puse á hablar confidencialmente con Dios, como con un viejo amigo; me puse á decirle cosas tiernas á pedirle que no me dejara matar, y á hacerle promesas de que si me salvava, yo sería bueno para siempre, y le rezaría todas las noches.

Absorto en mi plegaria no oí los pasos de mi verdugo sino en el momento en que éste abría la puerta de la alcoba donde yo estaba encerrado. Era de noche ya.

Hay un momento en que la desesperación es superior á la fuerza humana; hay un momento en que lo infinito del dolor produce esa atonía que llama la religión, resignación cristiana. Cuando mi tío entró á la alcoba, sañudo, siniestro, como un malhechor, suspendido en la mano un farol de bandido calabrés, la corriente de mi llanto se estancó súbitamente, y quedé impávido, hebetado, insensible ante aquel hombre que venía á matarme.

Me puse de rodillas como una víctima presta al sacrificio. Me quité el saco, me quité la camisa, y curvé la cabeza ofreciendo mis espaldas desnudas al látigo feroz, mientras mis brazos se cruzaban sobre mi pecho en manso gesto de paciencia y de martirio.

Mi tío fué inexorable. Veinte y cinco veces descargó sobre mis débiles espaldas el áspero ramal de cuero torcido que le servía de azote, y entre latigazo y latigazo que me arrancaban el pellejo, su palabra injuriante y terrible hacía jirones mi pobre corazón.

Cuando yo no era ya sino un despojo, un harapo humano lleno de cardenales y de sangre, la bárbara ejecución se terminó.

Mi tío puso el ramal en un clavo, cogió su farol, y al salir, colocado teatralmente en el marco de la puerta, levantó el farol hasta lo alto de su cabeza, para distinguirme en las sombras donde yo mismo era una sombra, y con voz solemne, de una trágica solemnidad, pronunció estas palabras que tienen el sabor acre de una maldición, y que cayeron sobre mí como una lluvia de puñales:

—*Voy á escribirle á mi madre diciéndole que le pida á Dios en sus oraciones que te mate, antes de que en nuestra familia haya un ladrón!*

Lanzado ese apóstrofe cerró la puerta sobre mí, impasible y sereno, y me dejó perdido como un náufrago en aquel inmenso océano de dolor y de tinieblas!

Yo no puedo explicar lo que pasó entonces por mí. Aquel daño era superior á mi inteligencia. Yo no lo comprendí. Sólo recuerdo que pensé en mis padres muertos, y me puse á llorar. Pero mi llanto ahora no era fiebroso y amargo torrente como el anterior, sino una lluvia dulce y apacible que me hizo olvidar los desgarrones de mi carne, y que me refrescó como un bálsamo.

Al día siguiente, cuando me levanté del suelo que había sido mi calvario y mi lecho; cuando volví á continuar mi vida miseranda de paria trabajador, lo primero que ví, fué, sobre el almanaque de Rojas Hermanos clavado en la pared de la pulpería, un pedazo cuadrado de cartón donde estaban pegadas las cinco monedas de níquel que formaban el cuerpo del delito. Estaban colocadas en forma triangular. Sobre el vértice mi tío había escrito de su mano infame:

NOTABLE ACONTECIMIENTO

Y lleno de vergüenza yo contemplaba diariamente aquel estigma infamatorio.

Así como las lesiones físicas suelen deformar para siempre la estructura regular del organismo, las lesiones morales dañan gravemente también la delicada euritmia de nuestra frágil psicología.

Aquel inri que era como una coronación á vejámenes anteriores influyó mucho, sin duda, en la naturaleza de mis sentimientos.

El alma de los niños es de cera. Una mano hábil puede darle las bellas formas de las más bellas virtudes, pero la presión violenta deforma groseramente la sustancia fina y dócil y puede resultar cosa grotesca lo que ha podido ser una sutil y primorosa filigrana.

¿Qué estragos produjo en mi espíritu aquella enorme crueldad? ¿Qué brecha abrió, qué brechas obstruyó aquel castigo en el embrionario estado de mi joven corazón? Yo no lo sé, y tengo miedo de saberlo.

Por eso te ruego que no me interrogues jamás sobre el pasado mío. Tú debieras conocerlo porque no hay pliegue recóndito en mi alma que no tengas derecho á examinar, pero ¿á qué remover esos recuerdos de mi vida, si ellos pueden turbar la feliz tranquilidad de la tuya? Creamos en el azul del cielo . . .

Fernando calló. Alcira que no había desplegado sus labios hasta entonces, asió entre sus brazos la adorada cabeza del poeta, y silenciosamente puso en aquella frente de martirizado un largo beso infinito, con la divina unción con que debe poner la Glória sus diademas sobre la frente augusta de sus privilegiados. Y luego, muy dulcemente, le dijo estas palabras consoladoras:

—Lo pasado fué dolor, y está muerto. Vivamos el presente que es amor!

RAFAEL SILVA.

EL GIGANTE EGOISTA

TARDE á tarde, al volver de la escuela, los niños tenían la costumbre de ir á jugar al jardín del gigante.

Era un gran jardín solitario con un mullido pasto verde. Acá y acullá, sobre la grama, hermosas flores brillaban como estrellas y había doce duraznos que en la primavera se cubrían con una delicada floración blanco y rosa, y en el otoño daban hermosos frutos.

Los pájaros se posaban sobre los árboles y cantaban tan deliciosamente, que los niños interrumpían siempre sus juegos para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí!—se decían los unos á los otros.

Un día el gigante volvió.

Había ido á visitar á su amigo el ogro de Cornuailles y había permanecido siete años con él. Cuando esos siete años hubieron transcurrido, ya había dicho todo lo que tenía que decir, pues su conversación tenía límites. Entonces decidió volver á su castillo.

Al llegar vió que los niños jugaban en el jardín.

—¿Qué hacéis allí?—les gritó con voz agria.

Y los niños echaron á correr.

—Mi jardín es mío nada más—prosiguió el gigante.—Todo el mundo debe comprender eso y á nadie le permitiré que venga aquí á darse gusto.

Y entonces lo rodeó con una alta muralla y colocó un letrero:

SE PROHIBE LA
ENTRADA
BAJO SEVERAS PENAS

Era un gigante egoísta.

Los pobres niños no tenían ya lugar de recreación.

Intentaron jugar en el camino real, pero como el camino era muy polvoso y estaba lleno de piedras duras, no les gustaba.

Habían adquirido la costumbre, una vez terminadas sus lecciones, de pasearse alrededor de la alta muralla y hablar del bello jardín que estaba atrás.

—¡Qué felices éramos!—se decían los unos á los otros.

Entonces llegó la primavera, y toda la comarca se llenó de florecillas y de pajaritos.

Sólo en el jardín del gigante egoísta duraba aún el invierno.

Los pájaros no se ocupaban de cantar desde que ya no había niños, y los árboles se olvidaban de echar flores.

Una vez, una hermosa flor levantó la cabeza por encima del pasto; pero cuando miró el letrero, se puso tan triste al pensar en los niños, que se dejó caer sobre la tierra y se volvió á dormir.

Los únicos que se alegraron fueron la nieve y la escarcha.

—La primavera ha olvidado este jardín—exclamaban; viviremos, pues, todo el año.

La nieve tendió sobre el césped su gran manto blanco, y la escarcha revistió de plata los árboles.

Entonces invitaron al viento del Norte á pasar una temporada con ellos.

Aceptó y fué.

Llegó envuelto en pieles. Rugía todo el día por el jardín y derribaba chimeneas á cada instante.

—Este es un lugar delicioso—decía.—Le diremos al granizo que nos visite.

El granizo llegó también.

Todos los días, durante tres horas, redoblaba el tambor sobre el techo del castillo, hasta que hubo roto muchas pizarras; entonces se ponía á girar alrededor del jardín lo más aprisa que podía. Estaba vestido de gris y su soplo era de hielo.

—No puedo comprender por qué la primavera tarda tanto en venir—decía el gigante egoísta cuando se asomaba á la ventana y miraba su jardín blanco y frío.—Deseo que el tiempo cambie.

Pero la primavera no llegaba. El estío tampoco.

A todos los jardines el otoño llevó frutos de oro, pero no llevó ninguno al jardín del gigante.

—Es demasiado egoísta—dijo.

Y siempre reinaba el invierno en casa del gigante, y el viento del Norte, y el granizo y la nieve, que danzaban en medio de los árboles.

Una mañana el gigante, ya despierto, estaba acostado en su lecho, cuando escuchó una música deliciosa. Fue tan dulce á su oído, que creyó que los músicos del rey iban pasando por allí.

En realidad era un pequeño chorlito que cantaba ante su ventana; pero hacía tanto tiempo que no había oído á un pájaro cantar en su jardín, que le pareció que era la más hermosa música del mundo.

Entonces el granizo cesó de danzar sobre la cabeza del gigante, y dejó el viento del Norte de rugir. Un delicioso perfume llegó hasta él á través de la persiana abierta.

—Creo que por fin ha llegado la primavera —dijo el gigante.

Y brincó de la cama y vió.

¿Qué fue lo que vió?

Miró un extraño espectáculo.

Por una pequeña brecha en la muralla, los niños se habían deslizado al jardín y habían trepado por las ramas de los árboles. Sobre todos los árboles que podía ver había un niñito, y los árboles se sentían tan felices de soportar de nuevo á los niños, que se habían cubierto de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre la cabeza de los pequeños.

Los pájaros revoloteaban de uno al otro y piaban con delicia, y las flores levantaban sus cálices sobre la hierba verde y reían.

Era un bonito cuadro.

En un solo extremo reinaba todavía el invierno: en la parte más retirada del jardín.

Allí estaba un niño, un chiquitín. Era tan pequeñito, que no había podido alcanzar las ramas del árbol y daba vueltas alrededor llorando amargamente.

El pobre árbol estaba aún todo cubierto de nieve y de hielo, y el viento del Norte soplaba y rugía por encima de él.

—¡Súbete, niñito!—decía el árbol.

Y le tendía sus ramas lo más que podía, pero el muchachito era muy pequeño.

El corazón del gigante se conmovió cuando miró hacia afuera.

—¡Cuán egoísta he sido!—pensó.—Ahora ya sé por qué la primavera no había querido venir aquí. Voy á subir á ese chiquitín á las ramas del árbol: después derrumbaré la muralla, y mi jardín será para siempre el lugar de recreación de los niños.

Estaba verdaderamente muy arrepentido de lo que había hecho.

Bajó entonces las escaleras, abrió suavemente la puerta de la fachada y bajó al jardín.

Pero cuando los niños lo vieron, se aterrorizaron tanto, que emprendieron la fuga, y el jardín volvió á ser invernal.

Sólo el chiquitín no había huido, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas, que no había visto llegar al gigante.

Y el gigante se deslizó tras de él, lo tomó suavemente en sus manos y lo depositó sobre el árbol.

Y el árbol al instante floreció; los pájaros vinieron á posarse y á cantar, y el pequeño extendió sus dos brazos, los pasó en torno del cuello del gigante y lo besó.

Y los otros niños, cuando vieron que el gigante no era ya malo, acudieron y la primavera llegó con ellos.

—Este jardín es vuestro ahora, niños—dijo el gigante.

Y tomó una gran hacha y derribó la muralla.

Y cuando las gentes se fueron al mercado á medio día, encontraron al gigante que jugaba con los niños en el jardín más hermoso que jamás se había visto.

Todo el día jugaron, y en la tarde fueron á despedirse del gigante.

—Pero ¿dónde está vuestro compañerito—les dijo,—el chiquitín á quien subí al árbol?

Ese era á quien el gigante quería más, porque lo había besado.

—No sabemos—respondieron los niños;—ya se fué.

—Pues decidle que venga mañana sin falta —replicó el gigante.

Pero los niños dijeron que no sabían dónde vivía, y que nunca lo habían visto.

Y el gigante se puso muy triste.

Tarde á tarde, al volver de la escuela los niños, venían á jugar con el gigante; pero no se volvió á ver al chiquitín á quien tanto quería el gigante. Con todos era muy benévolo; pero echaba de menos á su primer amiguito y á menudo hablaba de él.

—¡Qué ganas tengo de verlo!—tenía por costumbre decir.

Pasaron los años, y el gigante envejeció y se debilitó. Ya no podía tomar parte en los juegos; permanecía sentado sobre un gran sillón, y miraba jugar á los niños y admiraba su jardín.

—Tengo muchas bellas flores—decía;—pero los niños son las flores más bellas.

Una mañana de invierno, al vestirse, miró por la ventana. Ahora ya no detestaba al invierno, pues sabía que es el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

De pronto se frotó los ojos sorprendido y miró con atención.

Ciertamente era una visión maravillosa.

A la extremidad del jardín había un árbol casi cubierto de preciosas flores blancas. Sus ramas eran todas de oro, y de ellas colgaban frutos de plata, y debajo del árbol estaba el niño á quien tanto quería.

El gigante bajó á todo correr las escalerás, transportado de alegría, y entró al jardín. Corrió á través del césped y se aproximó al niño. Y cuando estuvo enteramente junto á él, su rostro se empurpuró de cólera y dijo:

—¿Quién se ha atrevido á herirte?

Sobre las palmas de las manos del niño estaban las huellas de dos clavos y también las huellas de dos clavos sobre sus piecesitos.

—¿Quién se atrevió á herirte?—gritó el gigante!—Dímelo. Voy por mi gran espada y lo mataré.

—Nó—respondió el niño;—son las heridas del amor.

—¿Quién es?—dijo el gigante.

Y un temor respetuoso lo invadió y se arrodilló frente al niñito.

Y el niño se sonrió con él y le dijo:

—Una vez me dejaste jugar en tu jardín. Ahora vas á venir á mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron al gigante tendido y muerto bajo el árbol, todo cubierto de flores blanquísimas.

OSCAR WILDE.

DE LA MAZMORRA

I am one of those who are made for exceptions, not for laws.

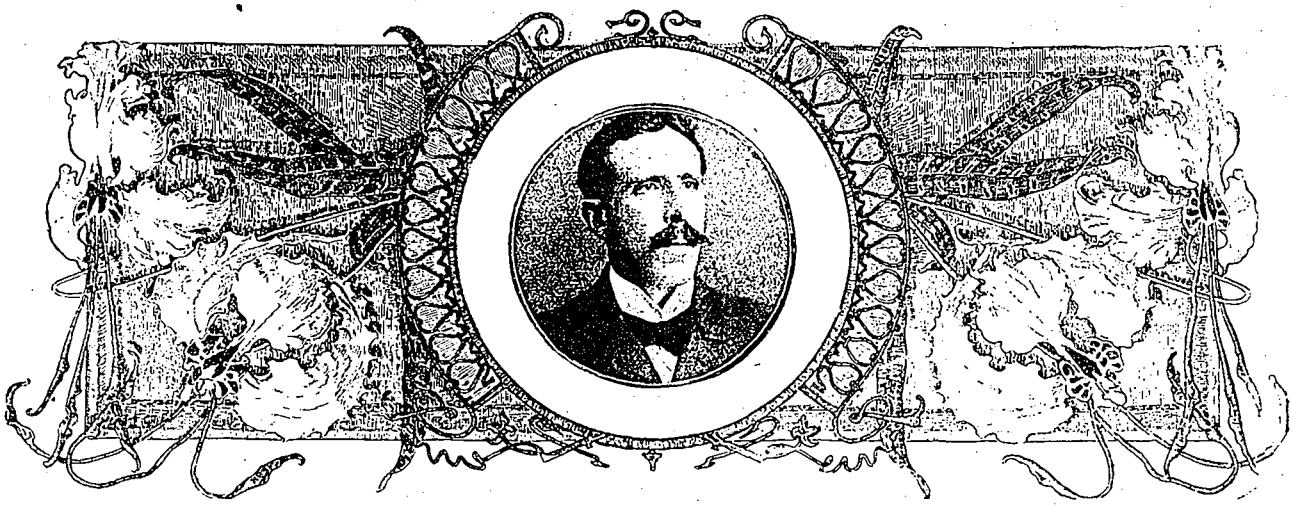
WILDE.

A Gómez Carrillo.

Mi cautiverio es ruda inharmonia
que en la copa del sauce y del maría
los pájaros censuran con su canto.
Cómo! El viento en cadenas? En quebranto
el espíritu fuerte? Las prisiones
son para el siervo; á bravos infanzones,
hombres de presa y corazón de llamas,
la trompeta gloriosa de cien Famas
y el campo azul y las empresas nobles.
Al celemín los granos; no los robles.
Pesarme! Quién? Por qué? Jesús lo dijo:
"no juzgues!" Y será grano de mijo
mi corazón, que vil ventorrillero
diga: "podrido está"; y al basurero?
La justicia es absurda; la justicia
es el triunfo del miedo y la estulticia
sobre la indomitez y la osadía.
Ruja el león, antes que arribe el día,
en que talen pastores la montaña.
La pavura, que habita la cabaña,
teme á la fiera de doradas crines,
y alevosa en su miedo y en su saña,
piensa trocar los bosques en jardines.

RUFINO BLANCO-FOMBONA.

C. P. de Caracas, 28 - IV - 1906.



UN POETA DE PROVINCIA

—

Tablemos un poco de la jaula en donde este ruiseñor engasta, en el oro de la lengua, las perlas de su alma.

La jaula es de piedra. La jaula es vieja y es triste. No tiene alambres de oro ni demora entre citisos florecidos. Pero está bajo el azul que de noche se dora de estrellas, y á través de sus toscos barrotes, puede mirarse el ocaso, al crepúsculo, desmayarse en ilusorios jardines.

Así esta vieja ciudad provincial. No tiene ella el encanto de otras humildes hermanas suyas, pobladas de jardines, en donde es deleite de los ojos y del alma la vieja tapia en que sonríen con labios femeniles las rosas, y miran al azul las campánulas, como ingenuas ó asombradas pupilas.

En esta ciudad de provincia no florece otro jardín que el de los cielos. Abierta en la llanura dilata sus anchas calles silenciosas. Las casas, enormes y blancas relumbran bajo el sol. En el tedioso ambiente suena, de cuando en cuando, la campana del reloj. Es en aquel silencio la única cosa viva. Parece tener voz humana. Diríase un mendigo que contara su caudal. Las horas son sus monedas. A las veces es roto el silencio por otro ruido. En una casa abandonada una ventana golpea con estrépito. El aletear de la ventana, en la casa desierta, dice cosas fantásticas. Sin embargo no todo es monotonía y pobreza. Una que otra vez, al atravesar una calle, se encuentran efímeros tesoros. De la maleza ruin de un solar surge de improviso y corre por la acera llena de sol una cosa breve y joyante. Es una asustada lagartija de oro. La sabandija tiene la cola de esmeralda.

Otras veces lo que pasa no es la sabandija fúlgida en donde una misteriosa coquetería puso encantos de joya. Por la calle desierta pasa otra joya. La joya que pasa ahora es una mujer. Esta joya tiene finísimos esmaltes: en los ojos, en los dientes, en las uñas. En el pelo tiene brillos de ónix. En el seno oculta dos culminantes y breves rubíes. En la boca sangran los corales. El corazón es un carbunclo.

Pasa la mujer. Pasa la felina joya de carne. Y así como aquella joya, que nos deslumbró al pasar, entre las viejas casas de la ciudad hay otras muchas de esas mismas joyas. ¡Dulces mujeres de la provincia, que os marchitáis en el fondo de vuestras viejas casas! Hasta vosotras no ha llegado todavía la ola impura.

Otras veces es el gorjeo de una campanilla el que turba la paz de la calle. La campanilla deja un rastro de misterio. Pasa el cortejo fúnebre. Algún devoto lo sigue. Es el viático que pasa.... Diariamente la ciudad se despierta con un trino de pájaro al alba. Es ahora otra campana la que suena. Pero ahora es un gozoso trino.

La dulzura del angelus, matinal y divino,
que difuyen ingenuas campanas provinciales,

de que nos habla Darío.

En las noches, cuando hay luna, cae sobre la ciudad como una divina mortaja de luz. La luna sobre las cosas y las almas pone el milagro de su viejo velo sutil. Cuando no la hay, sobre la ciudad abejean las estrellas. Diríase que de la ciudad, como de una enorme colmena de piedra, hubieran volado á libar en el cáliz de invisibles amapolas celestes.

Vemos pues, que si la jaula es vieja y es triste, puede tener alguna chispa de oro. En toda cosa hay su vedija de belleza. El verdadero artista es aquél que sabe encontrarla. Así fue cómo pude explicarme la existencia de un poeta, que es á la vez un artista, en la vieja y triste ciudad provincial. Su sensibilidad de artista no ha necesitado para repulirse y aquilatarse el ambiente de las cosas bellas. No ha necesitado que el ambiente lo lime. El se ha limado á sí mismo. Y en la propia ciudad nativa de la cual nunca ha salido, ha labrado á la manera benedictina, la rica seda de sus rimas, y en esas pequeñas ánforas de poesía ha encerrado los más varios sentimientos y los más diversos motivos.

Son ellos los viejos motivos de todos los poetas. Son cantos de amor y de dolor. Son sensaciones eternas de la eterna Psiquis.

Los mismos ruiseñores, cantan los mismos trinos
Y en diferentes lenguas es la misma canción.

Pero él ha sabido infundirle á sus cantos el aliento personal de su alma. En el claustro de su ciudad provincial, ha cantado lo que ha conocido y lo que ha presentido. Cuando no ha visto la belleza próxima á sus ojos la ha mirado con los ojos del alma. Su imaginación le ha creado maravillosos paraísos artificiales. No le seducen otros viajes en pos de la belleza que los que hace en la barca del ensueño. Así á la mejor ocasión puede echar las velas á los más claros golfos. Cuando nó, vira hacia las islas de oro. De esos viajes ha venido siempre con las manos colmadas de tesoros.

Como muchos de los poetas venezolanos, de la generación más artista que han tenido nuestras letras, tuvo en sus comienzos cantos de arrendajo. En sus primeros versos se notan reminiscencias de Díaz Mirón, á su vez luna de Hugo. Todavía el alma en crisálida no había abierto las alas. También como muchos, no ha tenido el decoro de su inspiración. Ha sido galeoto de su propia barca lírica. De aquí sus perlas de abalorio, sus collares de mica. De aquí los versos de cierto Himno. El artista no es piano de alquiler. Es instrumento que no se arrienda, ni hipoteca. Goza él de su propia música y para propio deleite. El es su único público y para sí mismo debe cantar.

De esas divinas músicas vertidas ingenuamente lejos de toda malsana influencia, para deleite de su propia alma, son muchas de las canciones de este poeta de provincia. En esas pequeñas urnas de poesía ha puesto una densa gota de perfume. Son cantos ligeros, ya sensuales, ya místicos, ora finas psicologías. Algunos son únicamente donaires de forma, otros pura voluptuosidad é imaginación. Alguna vez parece que en el ala armoniosa de la psiquis hubiera una mancha ó una rotura. No se es normal. Pero esto pertenece á otra clase de crítica. No soy clínico sino poeta. Un poco tiene de esto la culpa, aquellos racimos en donde veía Heine encerrada la locura.

¿Hasta su provincia ha llegado la onda de la forma nueva, ó es que tal vez el llamado moderno decir, no sea otra cosa que algo que vuela en el ambiente de la época? Hace tiempo estoy por no creer en escuelas literarias. Se me hace imposible este absurdo sistema de clasificaciones. El sistema de rotular es bueno sólo para académicos. Yo amo la belleza y ella se expresa por mí de manera fatal. Estoy por creer que esto que han dado en llamar modernismo es el arte libre. ¡La libertad! Que cada uno diga su impresión como la siente. Si tiene nervios finos será fina su labor. Todos los gusanos no son de seda. Todos no hilan el milagro. Hile el artista su seda milagrosa en la divina rueca de su alma. De esas divinas sedas están hechas las telas líricas en que ha envuelto este poeta en el fondo de su provincia, los diamantes de sus pensamientos.

La retórica del modernismo quién la ha escrito? ¿Quién ha trazado las normas y las pautas? Así este poeta ha dejado correr su alma, como hilo de diamante por el cauce de las palabras, é ignora el secreto del cauce. ¿Por qué prefiere unas á otras palabras? Porque es artista. Las hay nobles é innobles. En el lenguaje como en todo hay palabras en estado de carbón y otras que han llegado á diamante. Cojamos alguna del romance y veamos su evolución. Benvenuto no labra dijes de estaño Prefiere el oro. Así el artista con su lengua. Porque se es tallador de piedras preciosas ó simple picapedrero.

Los versos, pues, de este poeta no obedecen á más estética que á la muy personal é íntima que reside en la fuente de su sangre y en la

ED. BROGI : Las tres edades del hombre

red de sus nervios. Sus versos han surgido de su corazón á sus labios con la espontaneidad con que nacen las rosas. Las rosas han nacido con una arquitectura aristocrática. Cualquiera diría que es obra de la podadera y se equivoca.

Creo que:

Cinceles ni limas, repujan ni nielan los cantos mejores..

Como bellamente expresa Rufino Blanco Fombona. Los que se proveen de utensilios para avalorar el verso harán obra de ebanistas, pero no de poetas. Estas ideas son, en suma, manjares recalentados. Ya lo había dicho el ilustre Martí. Pero es de oportunidad decirlas de nuevo en virtud de cierta poesía libresca y sin alma que llena hoy la prensa americana. Los tales les ponen borceguíes á la musa, ó la deforman como el pie á las chinas. En ellos todo es una más ó menos habilidad juglaresca para manejar el idioma. Todo en ellos se reduce á combinaciones de metros, á rimar de manera extravagante, ó á repeticiones de rimas. Ni una lágrima ni una gota de sangre en el fondo. El pomo melifluo no guarda la esencia. Todo es huera retórica. La originalidad se le transforma en mueca de simios.

Pero ya es tiempo de oír un fragmento de la música interior de este sonoro poeta. Oigamos el canto ingenuo de su alma. La poesía fluye de la entraña luminosa como aldeano raudal. El ha visto en su interior la mina de oro. Se ha sentido dueño de su propio tesoro. El oro lírico de que se forjan las rimas es su propia sustancia. La mina es grande y honda y rica. El es su propio minero. Así, dice su *Revelación:*

Nací poeta. En mi niñez temprana
cuando aún la savia intelectual germina,
vibró en mi sér la conmoción divina
que transfigura la materia humana

Y en esa edad en que la voz es vana
copia de lo que el alma se imagina,
la flor del estro me clavó su espina
y me anunció los frutos del mañana.

El fructífero polen al conjuro
de yo no sé qué misterioso anhelo
fecundó las simientes del futuro.

Me invadió el ansia de romper el vuelo,
y esclareciendo el porvenir obscuro,
miré la azul dilatación del cielo.

Aquí la poesía surge del fondo. Es la voz de seda de la invisible sirena interior. El ala presiente el azul. El es señor del vuelo. Pero no es éste el solo oriente de esta perla. Veamos en uno de sus *Simbolos* su poesía imaginativa. Aladino es sólo rico de su lámpara.

A una princesa de cabellos rubios
amaba un rey de luenga barba blanca,
y como ansiaba conquistar su afecto,
envió de embajador á la comarca
de la joven real, un viejo sabio
que leyes á sus súbditos dictaba.

Al docto cano, oyó la blonda niña,
y respondióle al punto:
Di al monarca
que nunca á un sol de Invierno que declina
se unió de verde primavera el alba.
Mas como el viejo replicóle; ella
le apostrofó con voz rítmica y clara:
—Para medir el peso de los astros
puso Dios en tu mente una balanza.
Tu ciencia el mundo material explora
mas no aprendiste á conmover las almas.

Cuando supo el señor que con desdenes
correspondía á su pasión la dama,
sintiendo que en su espíritu el orgullo
como herido león se sublevaba,
quiso en alguno descargar la furia
que hirió su corazón como una zarpa,
y al anciano por víctima eligiendo
le hundió su alfanje de oro en la garganta.

Cayó el rugoso pensador inerte,
y brotó, al punto, de la herida un hada
que al déspota miró terriblemente
hiriéndole en el pecho con su vara.
Sintió el tirano vil que le rompía
la piel un hierro convertido en áscua
y lanzando un rugido transformóse
en un enorme tigre de Bengala....

Pero no es todo en su alma flor de fantasía, velo de reina Mab. Hay también en su alma voces de siringa. El eterno Pan le enseña el sendero florido que conduce á la gruta de las ninfas. El grito faunesco asorda la floresta milagrosa por donde discurre Psiquis calzada de diamantinas sandalias. Por aquí se revela poseedor de la otra parte de su jardín interior. No sólo son lirios castos y místicos los que enfloran su tirso de poeta. Hay también rosas de púrpura. Camarada de Anacreonte siente en su carne el aguijón de las áureas cantáridas. Oigámosle el brindis en *Santa Orgia:*

Brindo por los efebos y las diosas
pancarpias del festín de la belleza,
por los falos, los tirsos y las rosas
que enguirnaldan, Dionisos, tu cabeza.

Brindo por el Arcano de las cosas
donde la vida á germinar empieza;
por los racimos de uvas capitosas,
tus cien ubres de amor, naturaleza!

Por tus pezones, do es la leche el vino:
sangre, idea, emoción, perfume y trino!
¡Oh Pan, el alma queda á tu conjuro
de juventud olímpica embriagada!
La juventud es ánfora colmada
de porvenir! ¡Bebamos el futuro!

Y no cito más versos en estas rudas prosas. Así vive este poeta en el fondo de su vieja

provincia. Su lira le ha dado cantos que lo han hecho hermano de los más altos poetas de Venezuela. Solitario en su provincia ha labrado sus piedras preciosas, sin pueriles vanidades, ni ansias de renombre. Tocado de la centella divina ha cantado en su silenciosa jaula de piedra que blanquea al sol. No ha visto más cumbre que la de su torre parroquial, y sospecho que no verá otra en su vida. Las campanas de su provincia, aunque toscas y cascadas, le han hablado de músicas celestes. No ha visto más jardines que los que finge el crepúsculo sobre su cabeza, ni más flores que las que ha cultivado en el jardín de su corazón.

Próximos á su vieja ciudad nativa hay unos médanos hechos de infinitas arenas áureas. Se dilatan en el horizonte como fabulosas colinas de polvo de oro. Las colinas de oro, ondulan al menor soplo de la brisa. Son trashumantes. El aire, con invisibles, dedos imprime en sus movibles formas los encantos de una randa flamenca. Son maravillas de orfebrería. Imagen del alma de este poeta en cuyos horizontes infinitos hay médanos interiores hechos de oro de poesía.

Algún día—¡perdóname poeta!—un fúnebre cortejo acompañará un negro ataúd hecho de cuatro tablas humildes; camino del cementerio de su parroquia, y luego sobre tosca lápida se leerá el nombre de Elías David Curiel. Un periódico de Coro, dirá su necrología. Y la paz de las horas envolverá de nuevo, la murria de tu pueblo melancólico.

A. FERNÁNDEZ GARCÍA.

Caracas—1906.

A LOS METROMANOS

—

En el nombre santo del crisenio Apolo,
envainad por siempre las liras infaustas,
¡oh, anémicas musas de venas exhaustas
que vientre y carrillos infláis como Eolo!

El arte es un rio do navegan sólo
los poetas, unos milagrosos nautas,
que harmoniosamente con ritmos y pautas
los remos empujan. ¡El arte es Pactolo!

Mas vosotros, Midas de orejas asnales,
no el Midas que en oro las cosas convierte,
turbiáis las aurinas corrientes fluviales,

echando en sus ondas de luz vuestra suerte.
Virad¡ Ved que os punza sus buidos puñales
la Ironía, hermana menor de la Muerte!

LEY ÉTNICA

—

¿Qué extraño maleficio, de modo artero, pudo
encadenar mi propia voluntad á la ajena,
y remachó, forjando de mi existencia el nudo,
de todos mis atávicos prejuicios la cadena?

¿Por qué mis ansias gritan y permanezco mudo?
¿Por qué, si el entusiasmo de la lucha me llena,
en las preocupaciones ancestrales me escudo
ó cobarde al "¡væ victis!" abandono la arena?

En mi sér mi remota generación se anida.
Con ceniza de muertos fué amasada mi vida,
después de una genésica secular gestación;

mas si en su metempsicosis mi vital elemento
se emancipó al trocarse de instinto en pensamiento,
quedó entre las raices esclavo el corazón!

FUÉ UN MINUTO DE ETERNIDAD

—

Tu mano es el cronómetro viviente de mi alma.
Tiene cinco imantadas agujas mi reloj.
Es la palma la esfera de signos cronocráticos.
Tus dedos en las lineas quirománticas pón.

El indice es horario de mis tiempos extintos.
Tu anular, minutero de un futuro de amor.
El pulgar y el meñique señalan los dos polos
de mi vida y su punto concéntrico el mayor.

Tus uñas rosa-nácar, fijando mi destino,
mi porvenir compasan entre el ayer y el hoy.
El anular y el índice apuntan el presente
sobre la cronocrática esfera del reloj.

Como el tic-tac harmónico de un péndulo, la sangre
ritma todas tus ansias en una pulsación.
La eternidad describe sobre este instante su órbita.
¡Latidos! ¡Campanadas que da tu corazón!

ZONA AMBIENTE

—

Vivo vida monótona, la calma
de la muerta ciudad que fué mi cuna,
en donde emparedada, como en una
bóveda ardiente, se me asfixia el alma.

Floreció el numen en mi estéril calma.
Fué la aridez de mi región la cuna
de mis estrofas donde encuentro una
linfa de amor para la sed del alma.

Cuando es mi pecho del fastidio cuna
é intento entonces espirar en una
canción de hielo mi tediosa calma;

si la intención no halla en el estro cuna,
mi nativa ciudad me parece una
bóveda ardiente en que se asfixia el alma.

FLOR DE ABROJO

—

Hay una lira que tiene
la forma de un corazón,
y es cada cuerda una fibra
en que por las noches vibra
una doliente canción.

Dice el cántico:—La duda
es la espina del amor,
flor que la vida resume
y á quien brinda su perfume,
le enclava el dardo traidor.

Se extingue el canto, y contemplo
una inefable visión:
Es mi dulce bienamada
que viene á hacer que la hincada
florezca en mi corazón!

ELIAS DAVID CURIEL.

ERNEST MEISSONIER : Retrato del autor

SORPRESA

Junto á las monturas algo se movió en el silencio. Una víbora se descolgó á lo largo del tronco con la suavidad de una bordona, al mismo tiempo que el mendigo alzaba la cabeza.

¡Nada!

Así transcurrió un minuto hasta que todo se durmió otra vez. Agitáronse de nuevo las hojas; el cañón de una carabina apareció por sobre las monturas, y sólo el mayor silencio advirtió que andaba gente en el bosque.

El simultáneo estruendo de treinta tiros convergentes, despertó á los dormidos raleándolos con seis bajas; y los más requiriendo sus tercerolas, los restantes sin advertencia ni para esto, á gatas, á saltos, en una agazapada confusa huyeron.

Mas el bosque retumbó con nuevos estampidos y nuevas bajas aportillaron el grupo. Dos se pararon espalda con espalda, mientras los otros corrían cazados de todas partes, una puntería sobre cada uno, la muerte sobre todos; ése abalanzándose á las ramas como postrer recurso, éste trotando en torno de los cadáveres sin ningún objeto, sordos á las voces del oficial, acorralados, irremisiblemente perdidos, cuando entre el estrépito de la carnicería se elevó un canto.

Era el mendigo, que llorando de miedo, tentaleaba hacia la muerte, implorándolos en el trance supremo con la voz misma de la patria. El capitán aprovechó ese momento. Su voz ronca de angustia, increpó:

—¡Canallas!...¡pueeos!...¡así nos dejan solos!

Y pistola en mano los alineó en torno del viejo. Uno se dió vuelta todavía y de un pistoletazo le dejó tendido. El cobre de los semblantes advino á bronce. Era su modo de palidecer. Alguien, oculto entre las ramas, intimó rendición. Los hombres se atiesaron con un estremecimiento, y el capitán, avanzando al frente, respondió:

—¡Viva la patria!

Un instante....

—¡Fuego!

Tronó otra descarga, mas ahora respondía la montonera. El tiroteo se generalizó de parte á parte, pero los godos elegían á mansalva precipitando la circuición. Entonces el capitán codeó al mendigo, que se prendía de sus ropas gimiendo, y el himno brotó otra vez en un sollozo.

Ya no era el estribillo de los combates, sino la diana de reserva para los grandes días, la que nunca se entonó hasta entonces, atraída por augusta corazonada á los labios del ciego.

Oid, mortales....

—¡Rendíos!

—¡Viva la patria!

—¡Fuego!

—.....

Quedaban quince. Blancas humaredas surgían de los matorrales. Oyóse crujir al montarse los gatillos de los fusiles.

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Espontáneamente las bocas se abrieron, y fué como una avenida de música arrollando el aire. Ahora ya nadie huía; cantando se animaban, y cubiertos de humo flotaba el himno sobre ellos á guisa de solemne pabellón. Alternado con las descargas irrumpía incesante. De imprecación se volvía salmo y de salmo despedida. Más bajo cada vez, rasgábase ahora en una endecha de heroísmo lanzada al desamparo contra la montaña, contra el bosque, contra la muerte que diezmaba desde la obscuridad, y dos ó tres agonizantes se alzaron sobre las rodillas para entonarlo también.

Ya sin esperanza, sorprendidos, justificábanse muriendo. Quería lo así su capitán y así lo aceptaban, identificán-

dose más con él en ese horror de la última hora. El enemigo no atacaba; hería de lejos contenido por la exaltación de coraje que suscitaba el canto. Y éste nacíase cada vez más solemne sobre la erupción del tiroteo. Los talantes se agrandaban á palmos en su vibración. Como águilas salían de las barbas los versos. Y mascados por esas bocas feroces, golpeaban contra los pechos enemigos acorazados con árboles.

Desde el bosque primitivo, su clamor de esperanza decía á los mortales cuál se levantaban las naciones y se rompían las cadenas á la evocación de semejantes moribundos. Un mendigo y diez insurrectos descamisados á quienes la tumba les subía por las piernas, flacos de gazuza, peludos como animales, cantaban así su propio holocausto, foscos anunciadores de una aurora que no verían. El sol bajaba. Un escalofrío les indicó que ya apuntaban sobre ellos otra vez.

—Y á sus plantas rendido...

—¡Fuego!

El verso se cortó como una cuerda, pues el mendigo cayó esa vez. Varios tiros convergieron á su cabeza tirándole boca abajo como en el revolcón de un corcovo.

Aquella muerte decidió la catástrofe. Sobrecogidos de pavorosa estupidez, estrecháronse unos contra otros apretados como las hebras de un nudo. Un vago deseo de acabar pronto substituyó al entusiasmo del sacrificio, y la pelea degeneró en un fusilamiento.

Las mandíbulas se desencajaban, algunos se cubrían el rostro. El capitán comprendió también que el fin llegaba. Caído el anciano, su clarín y un poco su abuelo también, ya no les quedaba media docena de suspiros.

Con clarividencia especial, su mente minuciaba nimiedades, y deseos, locos deseos de gritar le venían, pero no encontraba qué.

El canto, aquel delirio de un minuto, acababa de pasar como un trago de vino. De sus devaneos imperiales no conservaba ni el recuerdo. Una bala le voló el falucho....

¡Fuego!, aulló por última vez el bosque y bajo la humareda acuchillada de fogonazos cayó el resto de la banda.

La tarde diluía en su frescor las fragancias silvestres. Un rayo de sol, regando de luz el soto, se estiró hasta el capitán, y bajo los árboles obscuros, como besándole, le alumbró la frente.....

LEOPOLDO LUGONES.

SONETO CERVANTINO

No ha muerto Don Quijote! Se pasea,
adarga al brazo, por la historia humana;
aun vive Sancho entre la gente llana,
y asoma en cada sueño Dulcinea.

Aun rompe lanzas en tenaz pelea
con la austera verdad ilusión vana:
se suspira por la ínsula lejana,
y un amor imposible se desea.

Aun va la humanidad en su quebranto,
mezclando, en un camino de su vida,
con las risas homéricas el llanto;

Y guarda, en su quietud y en su reposo,
el honor en su sitio que se olvida,
y la felicidad en el Toboso.

J. M. VARGAS VILA.

EL SEÑOR POLZOUNKOV

(Novela inédita)

Me puse á examinar con atención á aquel hombre. Todo en él ofrecía un aspecto muy particular, que atraía invenciblemente la mirada más distraída y provocaba en úno una loca risa, tal como me aconteció á mí.

De exigua estatura, con ojillos muy móviles, era evidentemente muy sensible al influjo magnético de toda mirada fija en él, hasta el punto de advertirlo al instante. Entonces se volvía con un movimiento brusco, escrutando ansiosamente á quien lo observaba, y esa movilidad perpetua y pronta le daba cierta semejanza con una veleta.

Un detalle singular suyo era que parecía temerle al ridículo, aunque hallaba en él casi su único medio de ganarse la vida. Porque aquel hombre no era sino un bufón que oponía dócilmente la espalda á todos los golpes, tanto en el orden moral como en el físico, y á voluntad de la compañía que lo rodeara. Los bufones benévolos no despiertan nunca la piedad; pero desde el principio comprendí que aquél no era un payaso de profesión.

Había conservado algunos vestigios de dignidad. Su inquietud, su miedo continuo de las burlas, deponían en favor suyo. Me parecía que su gran deseo de hacerse agradable provenía antes de su bondad de corazón que del ansia de provecho material. Se complacía en ver cómo las gentes reían de él á mandíbula batiente y del más indecente modo, y al mismo tiempo—estoy pronto á jurarlo—su corazón sangraba por la grosera crueldad de aquellos individuos, que no se divertían con tal ó cual hecho cómico, sino con su persona, con todo su sér, con su corazón, con su espíritu, con toda su carne y su sangre. Yo no dudo que él sintiese entonces todo lo grotesco de su situación; pero la llama de indignación que se encendía noblemente en su pecho, venía á expirar entre sus labios.

Y, estoy persuadido de ello, obraba así por pura benevolencia y no por temor de que le arrojaran á puntapiés y no poder recolectar el dinero. Porque no cesaba de recoger, ó por mejor decirlo, de pedir limosna. Después de haber hecho reír á las gentes con sus muecas, se sentía con derecho á cobrar su salario.

Pero qué recolecta era ésa y con qué aire la hacía! No alcanzaré á comprender cómo en un espacio tan estrecho como la cara de aquel hombrecillo, había lugar para tántas variadas contorsiones, y cómo podía expresar tántos sentimientos extraños y diversos, tántas expresiones fugaces.

Todo pasaba por su rostro. La vergüenza, la insolencia fingida, la contrariedad con una súbita rubicundez que le invadía la cara; el furor, la aprensión de un fracaso, la súplica de perdón para sus libertades, y la conciencia de su propia dignidad, y la de su poca importancia. Todo esto se sucedía en relámpagos sobre su faz. Durante seis años vivió de puras limosnas, sin haber logrado nunca adquirir una expresión conveniente de disimulo.

Se comprende fácilmente cómo pudo endurecerse, pervertirse completamente: poseía un corazón demasiado ardiente! Diré más: á mi parecer era el hombre más honrado del mundo, aunque con aquella debilidad de hallarse siempre dispuesto para una cobardía, á la primera solicitación, buenamente, sin espíritu de lucro, con el único propósito de contentar al prójimo. En una palabra, carecía por completo de carácter.

Lo más divertido es que vestía poco más ó menos como los demás, ni mejor ni peor, siempre de limpio, y aun con cierta presunción de seriedad, de dignidad. Esta paridad, del todo exterior, con sus compañeros, su miedo á las burlas, al mismo tiempo que su continuo estado de abatimiento, formaban el más sorprendente, contraste que movía á risa y compasión.

Cuando creía tener asegurado un auditorio de personas excelentes, que reían de sus chuscadas y no de su persona (y á pesar de repetidas experiencias siempre recaía en esta ilusión), con júbilo volvía su frac del revés y con este pergeño se aventuraba por las calles, para divertir á sus protectores y regocijarlos. Pero por ningún medio había logrado ponerse con ellos sobre un pie de igualdad.

Otro rasgo más: el chusco tenía su amor propio, y á veces se dejaba arrastrar por él generosamente, con tal que no hubiese en ello peligro. Era de ver y oír cómo en estas ocasiones, sabían tratar á algunos de sus *protectores* que se había propasado, y á veces sin medir sus expresiones, corriendo así un riesgo y llegando hasta el heroísmo. Pero esto no sucedía sino en raras veces. En resumen, era un mártir en toda la acepción de la palabra, pero el más divertido de los mártires.

En la reunión se produjo una discusión cierto día, y súbito, ví á mi hombre que trepó sobre una silla y se puso á vocear con todas sus fuerzas, reclamando la palabra para su uso exclusivo.

—Escúche usted, me dijo el amo del establecimiento, dice á veces cosas curiosísimas. Le interesa á usted?

Hice un signo afirmativo y me entré en la turba, porque la vista de aquel hombre, correctamente vestido, que se encaramaba en una silla, hablando á voz en grito, había suscitado una curiosidad general. Los que no le conocían se miraban con asombro.

—Yo conozco á Fedossei Nicolaïevitch! Yo debo conocer á Fedossei Nicolaïevitch mejor que nadie! gritaba desde lo alto de su silla. Permitidme, señores, contaros esto. Voy á haceros un bello discurso, señores! Es una historia maravillosa...

—Contadla, Ossip Mikhaïlovitch, contadla.

—Cuéntala!

—Escuchad, pues!

—Escuchad, escuchad!

—Comienzo: Pero, señores, es una historia de un género aparte. .

—Bien! Muy bien!

—... una historia cómica...

—Muy bien! Perfectamente! Prosigue!

—... un episodio de la propia vida de vuestro servidor...

—En ese caso, para qué te has tomado la molestia de decirnos que es una historia cómica?

—Es también un poco trágica.

—Ha-a-a-a-ah!

—En una palabra, la historia, señores, la historia que os proporciona el placer de escucharme, la historia que merece la atención de una sociedad tan interesante...

—Tregua á las charlatanerías!

—... esta historia...

—Esta historia, esta historia... Vais á explicaros? Qué es lo que cuesta vuestra historia? dijo, con voz enronquecida, un joven de bigotes rubios, que hundió las manos en sus bolsillos y sacó, cual por equivocación, una bolsa en lugar del pañuelo.

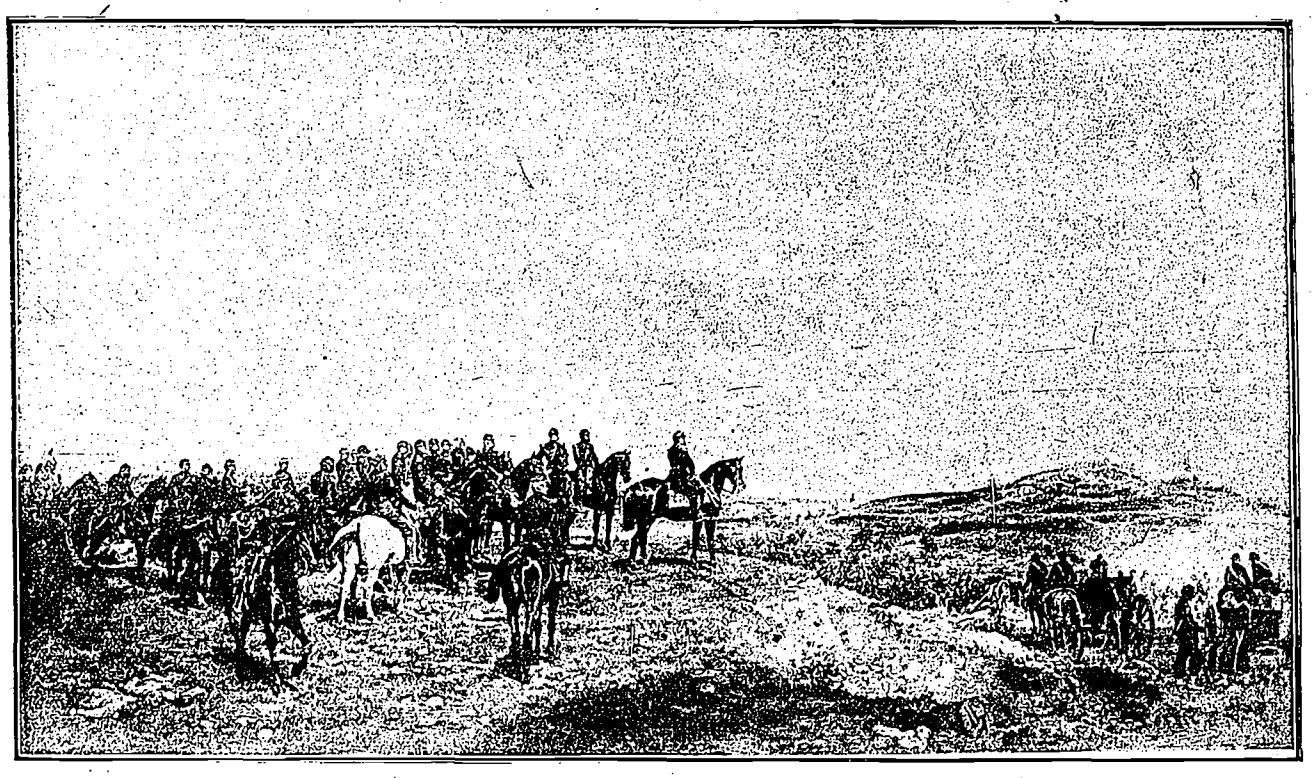
—Mis buenos señores, es una historia que me haría desear veros en mi lugar, porque á causa de esta historia no me he casado.

—Que no os habéis casado, vos?... Una mujer!... Polzounkov quería casarse!

—Oh! sería de ver á la señora Polzounkov!

—Se puede preguntar cómo se llamaba ésa que hubiera podido ser la señora Polzounkov? maulló otro joven aproximándose al narrador.

—Capítulo primero, señores. Esto pasaba hace justamente seis años, en primavera, el 31 de marzo; fijaos en la fecha, señores!; en la víspera...



MEISSONNIER : Napoleón III en Solferino

—Del primero de ahril ! gritó otro joven de cabellos rizados.

—Bien adivinado ! Era por la tarde ; la noche caía sobre la ciudad de N..., la luna iba á levantarse, etcétera... Bastante tarde salí de mi casa suavemente, después de haber abrazado á mi difunta abuela, la «emparedada.» Excusad, señores, que emplee esta expresión de moda, oída últimamente en casa de Nicolás Nicolaïevitch, pero mi abuela estaba absolutamente emparedada : ciega, muda, sorda, tonta... todo cuanto vosotros queráis ! Confieso que yo estaba muy agitado porque emprendía un gran negocio. Mi corazón latía, así como el de un gato joven á quien una mano huesosa agarrara por la piel del pescuezo...

—Permitid, señor Polzounkov.

—Qué deseais ?

—Contad con más simplicidad. No os compliquéis tánto, si gustáis.

—Bien, repuso Ossip Mikhailovitch, un poco confuso. Había entrado en la casita, honradamente adquirida, de Fedosseï Nicolaïevitch. Fedosseï Nicolaïevitch era no solamente un colega para mí, sino, propiamente, un jefe. Me habían anunciado y en seguida fuí introducido en su gabinete de trabajo. Vuelvo á ver todo aquello como si fuese hoy mismo. La pieza estaba casi por completo obscura, pero no trajeron luz. Fedosseï Nicolaïevitch entró. Ambos quedamos en la obscuridad.

—Qué pasó entonces entre vosotros ? inquirió un oficial.

—Y qué creéis vos ? preguntó bruscamente Polzounkov, volviendo la cara contraída hacia el joven rizado. Después prosiguió :—Entonces, señores, tuvo lugar un extraño incidente. Es decir, que no hay en él nada de extraño ; se trata de una cosa muy ordinaria ; yo había simplemente sacado de mi bolsillo un legajo de papeles, y él del suyo también un legajo de papeles, de billetes de banco.

—Verdaderos ?

—Verdaderos. Habíamos hecho un canje.

—Vamos ! Otra historia de propinas ! dijo un señor joven de vestidos severos y cabellos cortados al modo de cepillo.

—Propinas ! dijo Polzounkov. Jé !, jé !

Soy un liberal
como he visto pocos !

Veremos si cuando seais funcionarios en provincia no os calentáis las manos también en el foco familiar. Un escritor ha dicho : «Hasta el humo de la patria que nos es agradable y dulce.» Nuestra madre, señores, nuestra madre la patria. Ah ! cómo nos la chupamos todos nosotros, y de firme !

Hubo un estallido de risa general.

—Y bien, lo creeréis, señores, yo nunca he aceptado alboroques, dijo Polzounkov, paseando por la concurrencia una mirada tenebrosa, mientras una risa inextinguible y loca ahogaba sus últimas palabras. Y prosiguió:—Pero es la verdad, señores...

Después se detuvo y continuó mirando á su auditorio con una expresión singular. Quién sabe ? Acaso en aquel momento tuvo la noción de que él mismo era mucho más honrado que muchos de aquéllos que de él reían. Como quiera que fuese, su rostro permaneció grave hasta el fin de aquella alegría y ya calmado todo el mundo, prosiguió :

Por más que yo no hubiera aceptado jamás comisiones, esta vez había incurrido en una falta ; me había embolsado abiertamente aquellos billetes, que eran producto de un *chantage*. Quiero decir que yo conservaba algunos papeles capaces de causar muchos disgustos á Fedosseï Nicolaïevitch, por poco que los hubiera mostrado.

—Entonces, él los había rescatado ?

—Sí, los había rescatado.

—Eso le costó caro ?

—Tan caro que por aquel precio cualquier hombre de nuestro tiempo hubiera vendido toda su conciencia, hasta los más profundos repliegues... si se lo hubiera ofrecido. Pero aquel dinero me había quemado cuando lo puse en mi bolsillo. En verdad, no sabría explicaros esta sensación, que me es habitual, señores, pero estaba más muerto que vivo. Apenas podía mover los labios y me temblaban las piernas... Me sentía culpable; completamente culpable; tenía vergüenza ; estaba pronto á pedir perdón á Fedosseï Nicolaïevitch...

—Y él perdonó ?

—Yo no se lo exigí. Tengo el corazón blando... Veía que me miraba á lo blanco de los ojos. Me dijo :—No tenéis ningún temor de Dios, Ossip Mikhailovitch ?

Qué hacer ? Hice un gesto por cortesía... Hubiera querido hundirme bajo la tierra.

—Haber sido por tánto tiempo el amigo de nuestra familia, haber sido tratado por nosotros como nuestro hijo (y quién sabe cuáles eran los designios celestes, Ossip Mikhailovitch?) Todo esto para perpetrar una denuncia, una denuncia ! Y ahora !... Qué pensar de los hombres después de una cosa parecida, Ossip Mikhailovitch ?...

Esto me lo ha repetido ! « Nó, dime lo que es necesario pensar de los hombres, Ossip Mikhailovitch.» Y yo me decía : sí, qué pensar ? Ved, yo no encontraba una palabra más; me temblaba la voz. Conociendo muy bien mi mal carácter, tomé mi sombrero...

—Por qué partís, Ossip Mikhailovitch ? Es que me guardáis rencor después de nuestro convenio, en vísperas de tal día ? En qué soy culpable ?

—Fedosseï Nicolaïevitch, dije yo, Fedosseï Nicolaïevitch !...

En una palabra, yo estaba ya blando como un panal. Aquel legajo que tenía en el bolsillo parecia gritarme :—Eres un ingrato, un foragido, un ladrón ! Y parecía como si pesara cinco arrobas... (Y sin embargo, ojalá hubiera pesado realmente cinco arrobas !...)

—Veo, me dijo Fedosseï Nicolaïevitch, veo vuestro arrepentimiento... Sabéis que mañana es...

—Santa María Egipciaca...

—Veamos, no te acongojes, prosiguió él, has pecado y te arrepientes de ello. Vamos, tal vez logre endilgarte por el camino recto. Acaso mis modestos penates (fué la palabra « penates » la que empleó el bribón, lo recuerdo muy bien) ablanden tu corazón endur... no diré endurecido, pero sí descarriado.

Me había tomado por el brazo y arrastrado

hacia los suyos. Un escalofrío me sacudía todo el cuerpo. Me preguntaba cómo me presentaría delante de ellos... Porque es necesario que sepáis, señores... cómo deciros esto... en fin, era un asunto muy delicado!

—Se trata de la señora Polzounkov?

—Decid María Fedosseïevna, pues no le fué dado llamarse la señora Polzounkov, como la llamáis. Ese honor no le fué concedido. Ved, pues, que Fedossei Nicolaïevitch tenía razón al decir que yo estaba tratado como el hijo de la casa. Más exactamente, fué así mientras vivió cierto funcionario retirado. Pero cierto día éste se murió sin haber tenido tiempo de hacer testamento, de suerte que fuí yo quien perdí... mi tiempo!

—Hu-u-uh!

—Ay, señores, excusadme. He pronunciado una palabra incongruente y reconozco que mi chanza era de mal gusto; pero yo la encontré peor todavía, viéndome con un cero en la bolsa por toda perspectiva. Pues aunque el funcionario no me recibiera (gastaba un gran tren y era espléndido) me consideraba como su hijo, y no sin razón tal vez...

—Ah!

—Como lo digo. Entonces, en casa de Fedossei Nicolaïevitch se habían puesto á hacerme carantoñas. Yo bien lo advertí pero prestaba paciencia, cuando de súbito, por mi desgracia (ó acaso por mi ventura) un oficial de remontas llegó de improviso á nuestra ciudad. No es de dudarse que este oficio no exige una gran movilidad; es un oficio de caballero; esto no impidió que aquel echara raíces en casa de Fedossei Nicolaïevitch, en donde se instaló. A medias palabras, según mis cobardes costumbres, le hacía yo entender á Fedossei Nicolaïevitch, que hacía mal en mortificarme de ese modo, á mí, que era por decirlo así, su hijo... Le supliqué que fuera paternal. Ah! cómo me había halagado el viejo. Me había endilgado ternuras con que hacer un poema en doce cantos. Y yo, yo lo escuchaba relamiéndome los labios y gesticulando, aturdido de felicidad... En cuanto á lo que esto quería decir, imposible comprenderlo; me quedaba como un imbécil sin poder atrapar una jota. Ah! para esto tenía un talento prodigioso, un dón terrible. Y yo llevaba romanzas y bombones, hacía charadas, suspiraba, decía que mi corazón se moría de amor, lloraba, me desataba en declaraciones. Qué bruto es el hombre! Yo no había consultado mi partida de bautismo, la cual me hubiera enseñado que tenía treinta años... Empleé astucias; pero mi negocio no prosperaba: reían, se burlaban... Fué entonces cuando la cólera se apoderó de mí, sofocándome. Reflexioné; no volví á pisar el umbral de su casa y decidí hacer la denuncia. Sí, lo reconozco, era una cobardía; traicionaba á un amigo (tenía un cúmulo de pruebas, y buenas!) al hacer un excelente negocio que me rindió mil quinientos rublos, en cambio de los cuales le entregué mi denuncia.

—Hé allí la propina!

—Precisamente, señor (pero esto no era un pecado...) Continúo. Me hizo entrar en la sala del té, medio muerto de emoción. Me recibieron con un aire afligido, ó por mejor decir, melancólico, simplemente. Todos estaban abatidos, evidentemente abatidos, pero al mismo tiempo sus rostros se impregnaban de gravedad y sus miradas de una expresión seria, con algo de paternal... Se hubiera dicho que era la vuelta del hijo pródigo... hé allí el papel que desempeñaba. Me ofrecieron té; pero no lo había menester para que todo hirviera en mí, como si tuviera un *samovar* dentro del pecho, á pesar de que tenía los pies helados, tánto era mi temor! María Fominichna, la mujer de Fedossei Nicolaïevitch, consejera en la corte, me tuteó desde la primera palabra:

—Cómo has enflaquecido, padrecito!

—María Fominichna, le respondí con voz emblona, no me encuentro bien.

Y hé aquí que de repente, como si hubiera acechado aquella ocasión, la víbora me dijo:

—Es tu conciencia que te atormenta. Tu conciencia es más fuerte que tu voluntad, Ossip Mikhailovitch. Es tu ingratitud que clama en ti! Son mis lágrimas de sangre que te sofocan.

Os juro que fué así como habló! Supo dominar el grito de su propia conciencia. Una mujer magistral, caramba! Después se puso á verter tranquilamente el té y sin embargo, juro que si ella se hubiera dejado llevar de sus impulsos, hubiera gritado más fuerte que todas las verduleras. Tal era nuestra consejera.

Después de esto su hija María Fedosseïona, llegó, por mi desgracia, un poco palidlucha, con los ojos enrojecidos, como quien ha llorado. Más tarde supe que sus lágrimas habían corrido por el hombre de las remontas, el cual acababa de largarse, simplemente porque había llegado el momento de su partida, debo decirlo. No porque el plazo legal hubiese expirado; pero los padres habían mudado de consejo, lo habían sabido todo... La familia se aumentó ligeramente...

Y hé aquí... No bien lo hube advertido, cuando me sentí perdido, completamente perdido. Lancé una mirada oblicua sobre mi sombrero para tomarlo y huir. Pero me lo habían ocultado. Quise marcharme con la cabeza descubierta. No había medio!: la puerta estaba cerrada.

Y las fisgas recomenzaron entre guiños de ojo y frases corteses... Yo estaba confundido... Dije estupideces, palabras de amor... Ella, mi tórtola, se sentó al piano y con voz desfalleciente cantó la romanza del húsar que se apoya en su sable;—mi muerte, en verdad!

—Y bien—dijo Fedossei Nicolaïevitch, todo está olvidado. Vén, vén á mis brazos!

Yo me puse á llorar sobre su chaleco:—Mi bienhechor, mi padre! Y junto con esto un torrente de lágrimas. Señor! Qué escena! El lloraba, su mujer lloraba, Machenka lloraba. Una jovenzuela rubia que se encontraba allí lloraba. Los niños salieron de todos los rincones, (pues Dios había bendecido su casa) y se pusieron á llorar también. ¡Qué de lágrimas! ¡Qué enternecedor era aquello! Yo os digo que había tanta alegría como si fuera la vuelta del hijo pródigo ó el regreso de un soldado á sus hogares.

Se sirvieron golosinas. Se organizaron juegos:—Ay! Qué dolor!—En dónde?—En el corazón.—Por quién? La palomita enrojecía... Yo bebí ponche con el viejo. En una palabra, estaba festejado, y completamente embrujado.

Regresé á casa de mi abuela. Tenía vértigo. Por todo el camino fuí riéndome conmigo mismo. Entré en casa y me puse á andar en el aposento durante dos buenas horas. Desperté á mi vieja para contarle mi ventura.

—Te ha dado dinero el bribón?

—Me lo ha dado, abuela, me lo ha dado! Abrámosle la puerta á la fortuna, que nos llega.

—Bien. Ahora quieres casarte, prosiguió la vieja, mis plegarias han sido escuchadas.

Yo había despertado á Sofrocha.

—Sofrocha, le dije, quítame las botas.

Sofrocha me quitó las botas.

—Y bien, Sofrocha, felicítame! Abrázame! Yo me caso, mi amigo, me caso. Ya puedes emborracharte mañana, pues tu amo se casa!

Tenía el corazón lleno de alegría. Comenzaba á dormirme; pero me desperté para reflexionar. Se me ocurrió la idea de que el día siguiente era primero de abril, día de júbilo y de bromas. Qué inventaría yo? Encontré algo al fin. No podía contenerme. Me senté á mi escritorio y pum! me arrojé con la cabeza baja en el lodo. Tal es mi carácter. Si me pide algo yo lo doy todo. Me asestan una bofetada y pongo las espaldas. Me regaláis con un pan y yo os estrecho entre mis brazos y os ahogo á besos. Lo mismo en este instante; os veo reír y cuchichear y así como os lo haya dicho todo haréis de mí un estropajo y me colmaréis de ultrajes, lo cual no me impide deciroslo todo ahora mismo. Veamos, ¿quién me obliga? ¿Quién me fuerza á hablar? Pero yo os lo cuento todo; yo me confío á vuestras almas, como si fuerais mis propios hermanos... Jé! jé!

La risa subía poco á poco de todas partes y terminó por cubrir la voz del orador que se aplacía en pleno éxtasis. Se detuvo un punto, paseó su mirada por la concurrencia y después, como arrastrado por un torbellino, hizo un gran gesto y soltó una risotada. Se hubiera dicho que encontraba su situación divertida hasta el colmo. Y reasumió su narración:

—Apenas si dormí un poco aquella noche; la pasé casi entera escribiendo. Había encontrado una artimaña extraordinaria. Ah! Señores, no más que de pensar en ella, me cubro de vergüenza. Si solamente hubiera podido no consagrarme á eso más que en la noche, estando ebrio y narrando majaderías! Pero nó. No dormí más que una ó dos horas y héme de nuevo entregado á mi tarea.

Y después me vestí, afeité, ricé y perfumé; me vestí un traje nuevo y partí para la fiesta en casa de Fedossei Nicolaïevitch, con un manuscrito en mi sombrero. El mismo en persona me recibió en sus brazos, invitándome á llorar sobre su chaleco paternal. Y yo, pavoneándome con los recuerdos de la víspera... Dí un paso atrás:

—Nó, Fedossei Nicolaïevitch, leed antes este papel.

Y le alargué la exposición que había redactado. ¿Sabéis lo que contenía aquella exposición? Lo siguiente: por tales y cuales razones, Ossip Mikhailovitch pide su retiro. Y después mi firma. Hé allí lo que había trazado, Dios mío! ¿No hubiera podido encontrar algo más espiritual? Me había dicho para mí: hoy, primero de abril, voy á embromarlos manifestándoles no solamente que no he puesto en olvido mi ofensa de ayer, sino que mi encono se ha aumentado durante la noche, que yo no quiero conocerlos, ni á ellos, ni á su hija, y que teniendo ya asegurada la vida con el dinero embolsado, presento mi dimisión, porque no quiero servir más á las órdenes de un jefe como Fedossei Nicolaïevitch. O bien que cambio de oficina y de servicio, y que hecho esto, daré curso á mi denuncia. Esto era lo que había trazado para asustarlos.

¿Acaso en esto no había nada de bueno? Como yo les había dado mi corazón desde la víspera, creí que bien podía permitirme lastimar un poco el corazón paternal de Fedossei Nicolaïevitch...

Tomó el papel que yo le entregaba, lo desdobló... Ví que sus facciones se alteraban. Me preguntó:

—¿Qué significa esto, Ossip Mikhailovitch?

—Y yo le respondí, como un idiota:

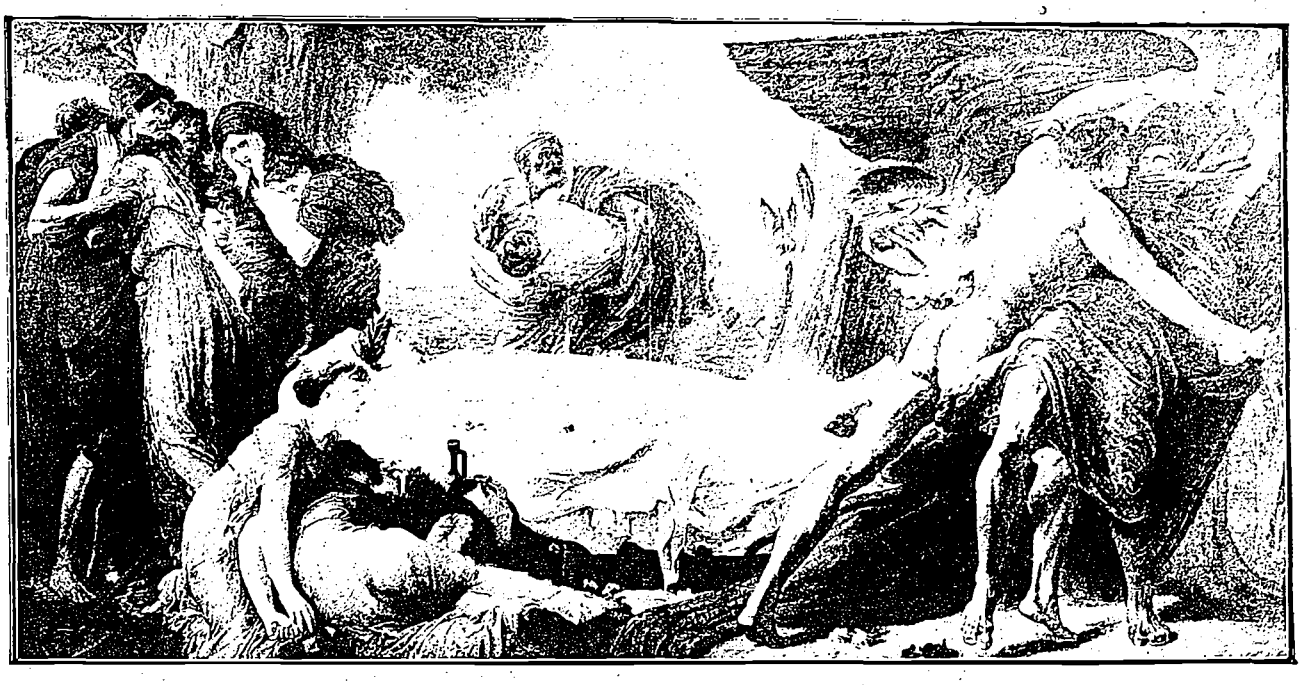
—Por inocente! Fedossei Nicolaïevitch.

Hubiérase dicho un rapaz que se ha ocultado detrás del sillón de su abuela para gritarle al oído al momento en que menos lo espera... Sí... Pero me da vergüenza contar semejante cosa, señores. Nó, yo prefiero detenerme.

—Oh! nó! Cuénta!

—Continúa, vamos! Cuénta, cuénta, gritaron de todas partes.

—Y bien, señores, hubo entonces muchos oh! y ah! Me dijeron que yo no era sino un bromista malvado, que había asustado á todo el mundo... En fin, amenidades que me dejaron absolutamente confundido, hasta el punto de que yo me preguntaba cómo aquel recinto sagrado podía soportar la presencia de un pecador como yo. La consejera me decía:



LORD FREDERICK LEIGHTON: Hercules lucha con la muerte ante el cadáver de Alcestes

—¡Qué susto nos has dado, querido amigo! Todavía me tiemblan las piernas! Y yo que corrí para Macha á decirle: mira qué clase de hombre es tu *marido*. Reconozco mi culpa, querido mío; perdona á esta vieja que ha cometido una tontería. Yo me decía: De regreso á su casa ha reflexionado; y ha podido creer que íbamos á correr ayer en pos suya para seducirlo, y esto me lastimaba. Inutil es guiñarme los ojos, Machenka, Ossip Mikhailovitch no es un extraño para nosotros. Soy tu madre y no diré nada que no deba decirse. A Dios gracias, no son veinte años los que he vivido en la tierra, sino cuarenta y cinco!...

Qué deciros, señores! Iba á postrarme de rodillas delante de ella; hubo nuevos ahogos, nuevas lágrimas! Y comenzaron á bromear. Fedossei Nicolaïevitch había urdido una jugarreta. Contaba que un pájaro con pico de diamante le había llevado una carta. Ah! Cómo nos reímos. ¡Y qué enternecedor era todo aquello! Ay! Me da vergüenza contarlo!...

Estamos ya cerca del fin, mis buenos señores. Pasaron un día, dos, tres, toda una semana; soy el novio oficial. Estaba ya fijado el día del matrimonio. Pero no se había querido publicar las amonestaciones, esperando la llegada del Inspector, pues de su visita dependía el comienzo de mi ventura. ¡Y qué prisa tenía por desembarazarme de él!

Fedossei Nicolaïevitch me había encomendado todos sus negocios. Era preciso ajustar cuentas, escribir correspondencia, poner en orden los libros. Todo estaba en el mayor desorden. Pero me gustaba trabajar para mi suegro, que se decía enfermo y se sentía cada día peor.

De este modo yo enflaquecía, no dormía ya y tenía miedo de enfermar. Sin embargo, pude terminar el arreglo de las cosas y todo estaba terminado á la llegada del Inspector. De repente vinieron á buscarme. Era preciso que me apresurara porque Fedossei Nicolaïevitch se sentía muy mal.

Fuí corriendo como un galgo y encontré á mi Fedossei todo lleno de compresas de agua con vinagre y gimoteando:

—Mi querido amigo, hijo mio, yo voy á morir. ¿Qué será de vosotros, hijos mios? Machenka se había puesto á llorar y yo hacía otro tanto.

—Pero nó, Dios tendrá piedad, nos dijo, y no hará caer sobre vosotros el peso de mis culpas!

Luego despidió á los suyos, hizo cerrar las puertas y nos quedamos los dos solos. Me dijo:

—Tengo que pedirte una cosa.

—Cuál es?

—Esta. Ni aun en mi propio lecho de muerte puedo sentirme tranquilo... Estoy lleno de deudas.

—Cómo? dije yo, rojo hasta reventar, y sin poder menear la lengua casi.

—Pues, porque me he visto obligado á vaciar mi dinero en la caja del Tesoro. Nada me pesa de lo hecho en bien de la Nación, ni siquiera mi vida sacrificada. Pero no pienses nada malo de mí! He sufrido mucho con que los calumniadores me hayan afrentado en tu espíritu... Tú te has equivocado; pero mis cabellos se han puesto blancos. El Inspector va á llegar. Faltan siete mil rublos en las cajas de Matveïev; pero yo soy el que respondo de ellos, y nadie más. No tenía sino que haber vigilado esto mejor. No se puede hacer pagar á Matveïev. Es ya bastante desgraciado; y es imposible acrecerle todavía su infortunio.

Yo pensaba: ¡qué santo hombre! ¡qué alma tan generosa! El continuó:

—Yo no quiero tomar el dinero de mi hija. Es su dote; es sagrado. Yo tengo dinero mío; sí tengo, es verdad. Pero todo está colocado y es imposible reunirlo así como así, de una sola vez.

Yo me hinqué de rodillas delante de él, diciendo:

—Oh! mi bienhechor, yo te he ofendido, he obrado mal; los que escriben denuncias en contra tuya son unos calumniadores. No me hagas morir y vuelve á tomar tu dinero!

Me miró; vertía lágrimas, y dijo:

No esperaba menos de ti. La otra vez tú perdonaste ante las lágrimas de mi hija; pues bien, levántate, hijo mío. Mi corazón te perdona, desde luego. Has curado mis heridas y yo te bendigo por los siglos de los siglos!

Señores, no bien me hubo bendecido, cuando corrí á casa y le llevé la suma que me había dado, de la cual había gastado apenas cincuenta rublos.

—Eso no quiere decir nada, me dijo. Escribe una representación fechada antes, explicando que tenías algunas deudas menores y pidiendo un adelanto de cincuenta rublos. Yo les certificaré á los jefes que se te han dado los cincuenta rublos á cuenta.

—Y bien, ¿qué decís vosotros, de esto, señores? Escribí también esta representación.

—¿Y cómo terminó todo eso?

—De esta manera: una vez escrita la representación, volví á casa. Al día siguiente recibí un pliego sellado. Lo abrí: era mi destitución. Se me invitaba en él á que rindiera cuentas y á que me marchara á todos los diablos.

—Cómo?

—Esa fue precisamente la exclamación que yo prorrumpí. Creí primero que se trataba de una broma; pero no había tal. El Inspector había llegado. Se me oprimió de angustia el corazón. Fuí corriendo á casa de Fedossei Nicolaïevitch y le pregunté:

—Veamos. ¿Qué es lo que esto quiere decir?

—¿Qué es lo que tenéis?

—¿Pues no es esta mi destitución?

—¿Cuál destitución?

—Esta.

—Seguro que es vuestra destitución.

—¿Por qué se ha hecho esto?

—Pues, el primero de abril no me entregasteis vos mismo vuestra dimisión?

En efecto, me había olvidado de recogerla.

—Feodossei Nicolaïevitch, á vos es á quien escucho, sois vos el que veo?

—Naturalmente. Y bien?

—Dios mío!

—Querido señor, lamento veros abandonar el servicio tan prematuramente. Pero un joven debe ser trabajador y en los últimos tiempos os faltó seriedad. En cuanto á los certificados, podéis estar tranquilo, me ocuparé de ellos. Y además, hacéis muy bien en tratar de levantaros á propio esfuerzo.

—Pero, Fedossei Nicolaïevitch, esa era una broma que os daba. Era para reír para lo que os remitía ese papel... como á un padre... no es así?

—Cómo que no es así? Cómo que por chanza? Acaso se chancea uno con estas cosas? Con chanzas de este género lograréis que os envíen á Siberia! Y ahora, adiós. N

tengo tiempo que perder. Tenemos aquí al Inspector, y el servicio tiene que ser antes que todo. Si vos no tenéis nada que hacer, los demás vamos á trabajar. Contad conmigo para recomendaros. He comprado la casa de Matveïev. Vamos á instalarnos en ella un día de éstos, y espero que no os veremos por allí á la hora de la sopa. Buena suerte!

Corrí á casa:

—Abuela, estamos perdidos!

La pobre mujer se puso á llorar. En ese momento llegó un empleado de Fedossei Nicolaïevitch. Nos llevaba la jaula con el canario que yo le había regalado á Machenka en un impulso de sensibilidad; ésta me remitía al mismo tiempo un billete en donde estaba escrito: «Por inocente!» Esto fué todo. ¿Qué pensáis de ello, señores?

—Y después?

—Después, me topé una vez con Fedossei Nicolaïevitch. Quise tratarle de canalla...

—Y bien?

—Yo jamás he tenido fuerzas para pronunciar esa palabra, señores...

FEDOR DOSTOIEVSKI.

1848.

(Traducción de EL COJO ILUSTRADO)

LOS OJOS DE LOS NIÑOS

Los niños
tienen ojos muy tristes é ingenuos,
que nos hacen pensar hondamente
en todos los tristes misterios,
en todos los graves problemas
de la vida humana, que nadie ha resuelto.

Por eso miramos sus ojos
con un inquietante silencio,
que es una pregunta sobre lo que dicen
cuando están abiertos.

Unos son azules,
como el agua de un lago sereno,
ó como, en las tardes de estío,
un pedazo de cielo,
ó como una montaña
á lo lejos.

Otros son profundos
y negros,
como algunos pozos
que abren los mineros,
taladrando las capas de rocas
á fuerza de hierro, con brazos de hierro.

Los otros son verdes,
cual esos retoños postreros,
que brotan los árboles
caídos y viejos,
que cubren parásitas grises,
raros terciopelos,
y que mina la lenta carcoma
del tiempo.

Esos ojos azules, ó negros ó verdes,
á la luz abiertos,
valen más, para todas las madres,
que las gemas de vivos destellos;
y se ven, en su diáfano fondo,
como en un espejo,
y los cubren—después de sus éxtasis—
de sonoros besos.

Mas dicen los ojos
con un elocuente silencio:
—¡Qué opaco y marchito es el mundo
que nosotros vemos!
¡Felices los seres que nacen
á la vida ciegos!

Entonces la Muerte,
—que se halla en acecho—
de pronto se acerca á los niños,
que la ven sonriendo,
y cierra por siempre sus cándidos ojos
con la punta glacial de sus dedos!

JUAN RAMÓN MOLINA.

PAGINAS CORTAS

MEDIA PAGINA

Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas é inertes en el desfile del estilo vulgar, cuando las concita y las manda el alma del artista! Desde el momento en que queréis hacer arte, arte corpórea y musical, de la expresión, hundis en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, sér vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerte para sujetarla; os discute; os obliga á que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone á menudo que le devolváis la libertad que queréis arrebatarle, para que convoquéis á otra que llegue, huraña y esquiva, al yugo de acero. Y la pelea con esos pequeños monstruos os exalta y fatiga á veces como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exallación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugado á vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios. Dejáis, en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida.—¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone á la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia, ninguna altiva terquedad á las rebeliones de la palabra que se niega á dar de sí el alma y el color?.....Porque la lucha del estilo no debe confundirse con la pertinacia fría del retórico que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en el que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción vuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de vuestro sér. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más allos y divinos júbilos.... ¡Oh, Ilíada formidable y hermosa, Ilíada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismo, durase en ti el testimonio de algunas de las más conmovedoras inquietudes humanas. Y tu Homero puede ser Gustavo Flaubert.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

NUESTRAS AMIGAS LAS CAMPANAS

Las campanas suenan, ya lentas, ya prestas, ya agudas, ya graves, difundiendo en el espacio la sonoridad metálica de su esencia como un agudo y penetrante perfume que revigoriza el alma.

Desde el balcón de su casa Máximo las oye voltear, las *vé* volcar el oculto tesoro de sus notas y una oleada de recuerdos invade su espíritu, siempre propicio á recibir tales presentes.

Hay una campana cuya voz es vibrante, fina, sutil,—*din, din, din*,—constante, monótona, siempre la misma; tiene sonoridades de cristal, agudos de voz infantil riendo una interminable carcajada. A su mismo compás, aunque un tanto más grave, tal una hermana mayor, que en espíritu acompaña las travesuras pero que tiene la conciencia de un deber que cumplir, otra campana suena, como reprimiendo los impulsos de la primera, y á intervalos, á grandes y reposados intervalos, otra voz grave, pesada, seria, aconseja, riñe, inspira temor y respeto.

Son buenas amigas las campanas. No conturban el espíritu, no molestan el cerebro; tienen la rara virtud de ser aéreas, inmateriales, de no pesar sobre el pensamiento, sirviéndole, al contrario, de alas para que éste se eleve y ascienda por lo infinito de la fantasía.

Máximo adora las campanas por un raro contrasentido, explicable en su idiosincrasia paradojal y agresiva: porque las oye sutiles, tennes y ligeras, porque las sabe groseras, torpes y grotescas.

Son como mujeres de fina voz y modulación agradable—suele explicar—como esas mujeres cuya voz oímos al pasar por una calle, detrás de las persianas cerradas de una ventana, ocultas detrás de los cortinados de una sala, en un cuarto vecino al nuestro en una fonda, y cuya sutilísima habla se nos antoja la

R. CATON WOODVILLE - El escondite secreto: A punto de ser capturado

voz de un ángel.....Después se abren las persianas, se corre la cortina, se sale al corredor, y se vé que el ángel es un sér deforme, abotagado, grotesco, risible.... Y maldecimos entonces de los engaños de la fantasía, cuando debiéramos de maldecir de la realidad, terrible destructora de ensueños y esperanzas..... Yo amo las campanas que son la belleza á distancia, la "voluntad de la belleza" para decirlo mejor, porque aun cuando la razón no ignora su deformidad cómica la voluntad se impone, triunfa, y la belleza impera en esa combinación de graves y agudas notas que se persiguen, corren, vuelan, rien, vociferan, chillan y aconsejan, refrigerando el alma en un baño hecho de todos los recuerdos del ayer....

Los sones de las campanas no vibran producidos directamente por la mano del hombre. Este tira de una cuerda, voltea la campana, y el badajo, pesado, grave, sereno, busca de nuevo el centro en el sentido opuesto.

Y pensando en ello Máximo sonríe, gozoso, alegre, con su alegría de hombre que cree no haber perdido su tiempo pensando, pues recuerda que así es también la vida y que las más nobles acciones, los hechos más terribles, todo lo que eleva ó degrada á los hombres, no es más que un producto natural de una ley inmutable.

—Busca el badajo su centro de gravedad—exclama—y también lo busca el hombre en ese voltear monótono y lento de la gran campana de la vida que el destino mueve, y, como los sones, los hechos de que nos enorgullecemos ó que nos causan pavor después de cometidos, sólo son un movimiento inconsciente de nuestros espíritus en busca del equilibrio que hemos perdido en la vida.

Sonríe. Las campanas prosiguen su jovial y triste melopea, mientras caído á los pies de Máximo un diario dejó ver una de sus grandes páginas ilustradas, donde se exhibe el retrato de un bombero que pereció entre las llamas por salvar á una criatura, y el de un hombre que asesinó á su familia en la desesperación de la miseria.

La campana infantil prosigue su charloteo jovial, su risa traviesa, mientras la otra la riñe, sonoramente pesada y grave.

JUAN MAS Y PI.

LA DIARIA NOTICIA

En los periódicos aparece á diario. Ya se lee con indiferencia; ya pasa inadvertida. Su terquedad la ha desprestigiado. Sin embargo, yo pienso un poco en los suicidios de la semana. Todos han sido, según refieren las noticias, causados por amores mentidos, por falsos juramentos, por vulgares desengaños. Estos pobres que se arrancan la vida desesperadamente, seguros de que, como dice el el maestro Sierra, han anegado el Universo en una lágrima de muchacho, y de que marcan detrás de ellos un rastro de admiraciones dolientes, son los Abelardos de la gacetilla, los Romeos del reporterismo, los amantes de Teruel de la tercera plana, los Otelos de sainete, los insignificantes enamorados de la celebridad y del anuncio, formas ideales para esos débiles, de la celebridad y de la gloria.

Mas esas vanidades que estallan al fin en un momento de indecisión inconsciente, para arrojarse en el misterio de la tumba, como quien salta á un abismo, inseguro de llegar á la orilla opuesta, crecieron, al impuro contacto de los besos ladrones, de los besos criminales, de los besos que se juntan furtivamente en la sombra, por temor de que los sorprendan, de los besos lascivos, que son á manera de mordidas atávicas, vestigios salvajes de las luchas sensuales en las selvas primitivas. Estas caricias insanas que no traen el amor ó que lo traen mezclado á deseos é impurezas, se hacen dolor, crimen y muerte y engendran estos suicidas triviales, que se tienden al paso de un tranvía ó apuran un tósigo barato, para figurar horas después, efímeramente, entre los ensangrentados oropeles de las notas de policía de los periódicos. Y ya no logran ni el escándalo de un momento: la noticia diaria pasa inadvertida é insignificante, sin despertar la curiosidad ni distraer el fastidio.

LUIS G. URBINA.

EN VOZ BAJA... (*)

¡Es su faz un trasunto de ideal tan completo!
¡Son sus ojos azules de tan raro fulgor!
Sella todos sus actos un divino secreto...
¡No le habléis de amor!

¡Es tan noble el prestigio de sus manos sutiles!
¡Es tan pálido el rosa de sus labios en flor!
Hay en ella el misterio de los viejos marfiles...
¡No le habléis de amor!

Tiene el vago embeleso de las damas de antaño
En los lienzos antiguos en que muere el color...
No turbéis el silencio de su espíritu huraño,
¡No le habléis de amor!

Amado NERVO.

Abril - 1906.

(Inédito).

(*) Título de un libro en preparación.

INTRODUCCION
Á UNA OBRA INÉDITA (*)

(Fragmento)

Depugna potius quam serviás.
CIC.
Combate, antes que ser esclavo.
CICERÓN.

Había concentrado Roma en su seno todas las entidades del paganismo, los dioses de todas las Naciones, del mismo modo que había uncido á su carro vencedor, todos los pueblos de la tierra.

Sabido es que era Roma un mundo. Por cada uno de los *vomitorios* de su Circo inmenso, salían, en los días de las sangrientas fiestas, cien mil espectadores... Como á cinco millones de almas subieron los últimos recuentos para la sola capital del Estado; y apenas si señalaban los mares, los límites fronterizos del Imperio.

Y justamente, ahí, en esa Roma cosmopolita y universal, ahí perdieron los pueblos los fueros de su independencia, como habían de perder también los dioses, el prestigio de sus oráculos.

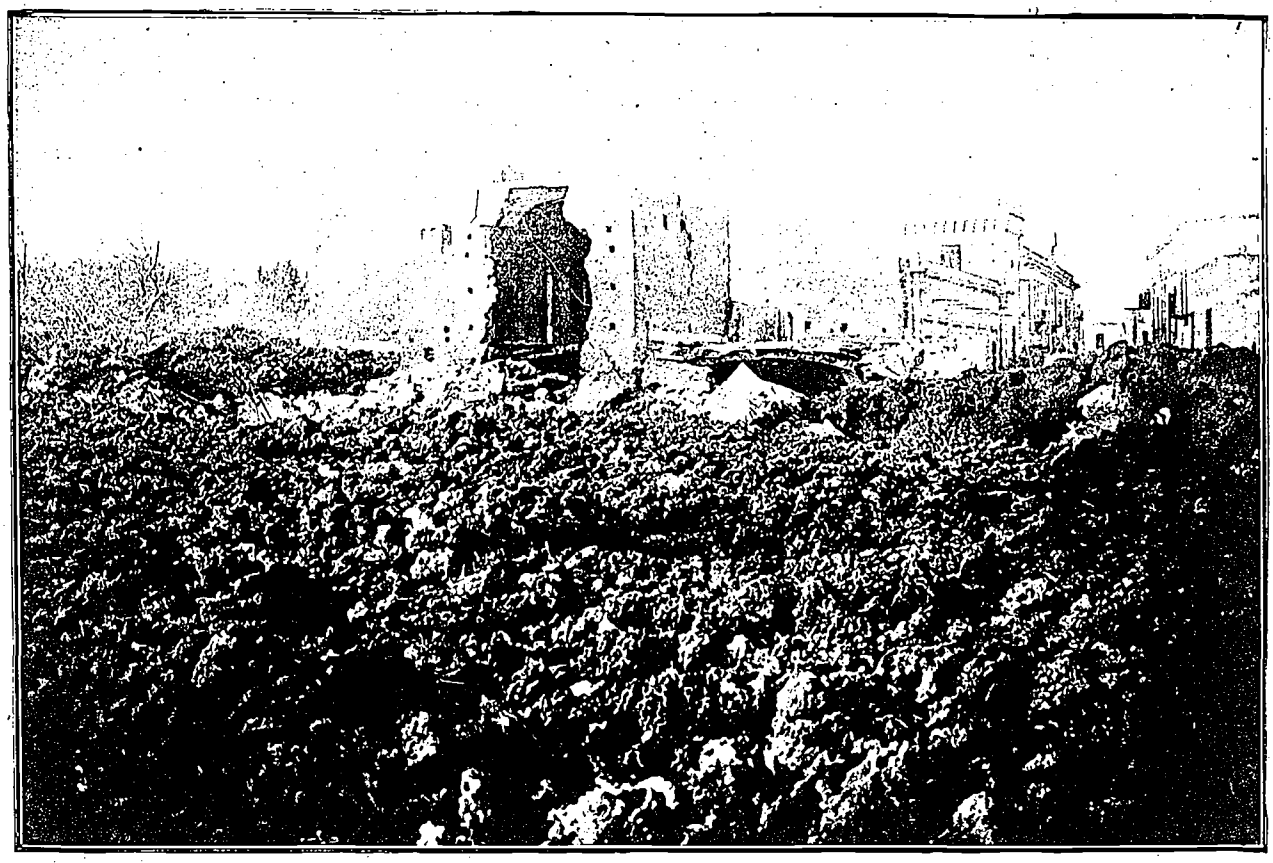
Habíase llegado á uno de esos momentos precisos en los que bien se comprendía que, si las religiones nacionales habían bastado á sociedades contentadizas ó atrofiadas, no satisfacían á generaciones que deseaban—en las naturales ansias del espíritu—oír de la profética Sibila, la promesa de más nuevas, más dulces tendencias, más progresistas y fecundas. Generaciones que querían romper con la opresora gerarquía sacerdotal; abolir todo lo que de típico y figurativo había en el culto, de extremado y riguroso en la Ley, de estéril y sangriento en sacrificios que á diario se consumaban sobre altares politeístas. Generaciones que cansadas se hallaban de rendirse ante una panteolatría *(Diis Deœque omnis)* sin fuerza ni sentido moral, y buscaban, con amor de juventud, la fórmula unitaria de la Verdad real y luminosa, para fijarla como la expresión del sentimiento público, como la base de la conciencia nacional. Generaciones, en fin, que querían hallar la soberanía del hombre en la práctica de su derecho natural, y la soberanía de su razón en el ejercicio de su propia libertad.

En estas emergencias, hacíase desde luego como un gran vacío en la religión del mundo. Tuvieron, sí, todas las antiguas religiones cierto deísmo muy explicable por la naturaleza misma del hombre; pero fue, en verdad, deísmo falto de vitalidad, falto de ardor. Fluctuó por algún tiempo sobre el abismo en que se habían hundido las tenaces supersticiones de otras razas; pero como todas las creencias de su especie, nada creó sin elementos de longevidad, ni nada edificó porque eran movedizos sus cimientos. Así se explica cómo pueblos que tan grandes fueron en otros sentidos, y que tánto ruido hicieron, pasaron en éste—en que no sentían la aspiración á la inmortalidad llenar su espíritu, ni calentar la esperanza sus corazones—marchando como sombras, sin resonancia, sin norte fijo y como proscriptos de sí mismos; pueblos que no tuvieron una elegía que llorar sobre sus ideales desvanecidos, ni donde encontrar un poco de polvo que arrojar sobre sus dioses ya cadáveres...

A la primera apreciación de estos años, que corren como á los 750 de la fundación de Roma, acaso pueda considerarse la actividad de la humana inteligencia, (en esta materia), tocada de paralisis, como si desconocidas y poderosas energías hubieran levantado otras herculáneas columnas, en que también se hubiera escrito el fatídico *Nec plus ultra*.—Pero nó.—Júzgalos el recto sentido histórico como un extático momento; como el estado en crisálida en que se transformaban cada vez más acentuadas, las tendencias hacia la unidad del sentimiento religioso y de las agrupaciones políticas; y es entonces, á la verdad, cuando la Historia registra un acontecimiento positivamente extraordinario: la aparición del cristianismo.

Los pueblos de Europa, de Asia y Africa que hasta entonces fraccionados habían venido, se mezclaron, no en un solo mundo, pero sí en un solo imperio, y comenzó el género humano á sentir su universalidad y su unidad. Muchos, um-

(*) Tomamos este fragmento de una obra inédita del señor Felipe Larrazabal, hijo, titulada EL CRISTIANISMO; y lo publicamos hoy con el doble motivo de ser una obra notable por la alteza de su estilo, y como recuerdo en el primer aniversario de la sensible muerte, de quién fué uno de los más distinguidos y constantes colaboradores de EL COJO ILUSTRADO.—N. E.



LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO - La ciudad de Bosco Trecase bajo la lava

chisimos griegos, africanos y asiáticos, encontraron en la cohesión de materiales intereses, la ansiada fuerza, tan buscada, y á la que tánto habian distraido impulsos aislados ó contrarios. Hallado este elemento práctico que correspondia á objetivos de riqueza y de poder, naturalmente fijáronse las colectividades en Jesús ("que iluminó repentinamente la tierra como un destello del Sol"), como en el más alto factor moral y autorizado representante de un orden de nueva vida, desde luego que era él, vínculo y centro en aquel trascendental movimiento de unidad.

* * *

Todos los que prestan alguna atención á estos asuntos, y los estudian, muy bien saben que eran considerados los sacerdotes antiguos como dioses á quienes se debian las religiones humanas. Muy bien saben, que eran los presbíteros en Occidente, como los *zekonims* en el Oriente hebreo, los que guiaban, ó mejor dicho, los que llevaban maniatados a los pueblos, mientras estuvieron éstos hundidos en ignorancia y fanalismo. Muy bien saben, asimismo, que establecieron aquellos directores del culto una soberbia y absorbente jerarquía que todo lo subyugaba, la que, viviendo sin modificaciones en sus individuos y en su casta, ha venido, (apoyada en la pasividad é inercia de entendimientos sumisos), hasta las épocas actuales, y ha alcanzado hasta las latitudes más remotas.

Jesús destruyó esos ídolos vivientes; puso en contacto al hombre y su Creador; regó misericordia; sembró el bién; derramó amor; estableció la mansedumbre, la humildad, y levantó al más alto grado el criterio moral de nuestra especie al proclamar la igualdad de las almas, y declararse el ÚNICO MEDIADOR ante Dios. "Cristo sólo es vuestro Maestro, y vosotros todos sois hermanos".—(Matth XXIII. 8).—Esa es la base inmoble, perpetua, y la luminosa verdad de la doctrina de Cristo.

.....

FELIPE LARRAZABAL, HIJO.

ERUPCIONES VOLCÁNICAS

Siempre que ocurre una nueva erupción, vemos cómo renacen unos mismos errores fundamentales acerca de los efectos volcánicos.

Los despachos oficiales, los relatos más ó menos circunspectos, hablan de cráter que vomita llamas, de humo negro que se exhala por el vértice del volcán, de cenizas resultantes de una combustión por los fuegos subterráneos.

Pues á tantas palabras, tantos errores:

No existe ninguna combustión en los fenómenos volcánicos;

Una erupción no produce nunca fuego ni llamas;

Un volcán jamás desprende humo ni arroja cenizas.

La lava líquida es una roca *no* combustible que se ha fundido á una temperatura muy alta; así llevada al rojo, la lava puede quemar los cuerpos combustibles, tales como los árboles, las hierbas, las maderas de construcción, ó los hombres y los animales, cuando se encuentre en contacto con ellos. O diciéndolo de otro modo, la lava es quemante, pero ella misma no arde.

—Cómo?—se dirá; pues todas las personas que han contemplado una erupción han visto salir llamas por el cráter.

Nó, no las han visto. Han tomado por llamaradas los resplandores purpúreos que forman en las nubes los reflejos de las lavas incandescentes.

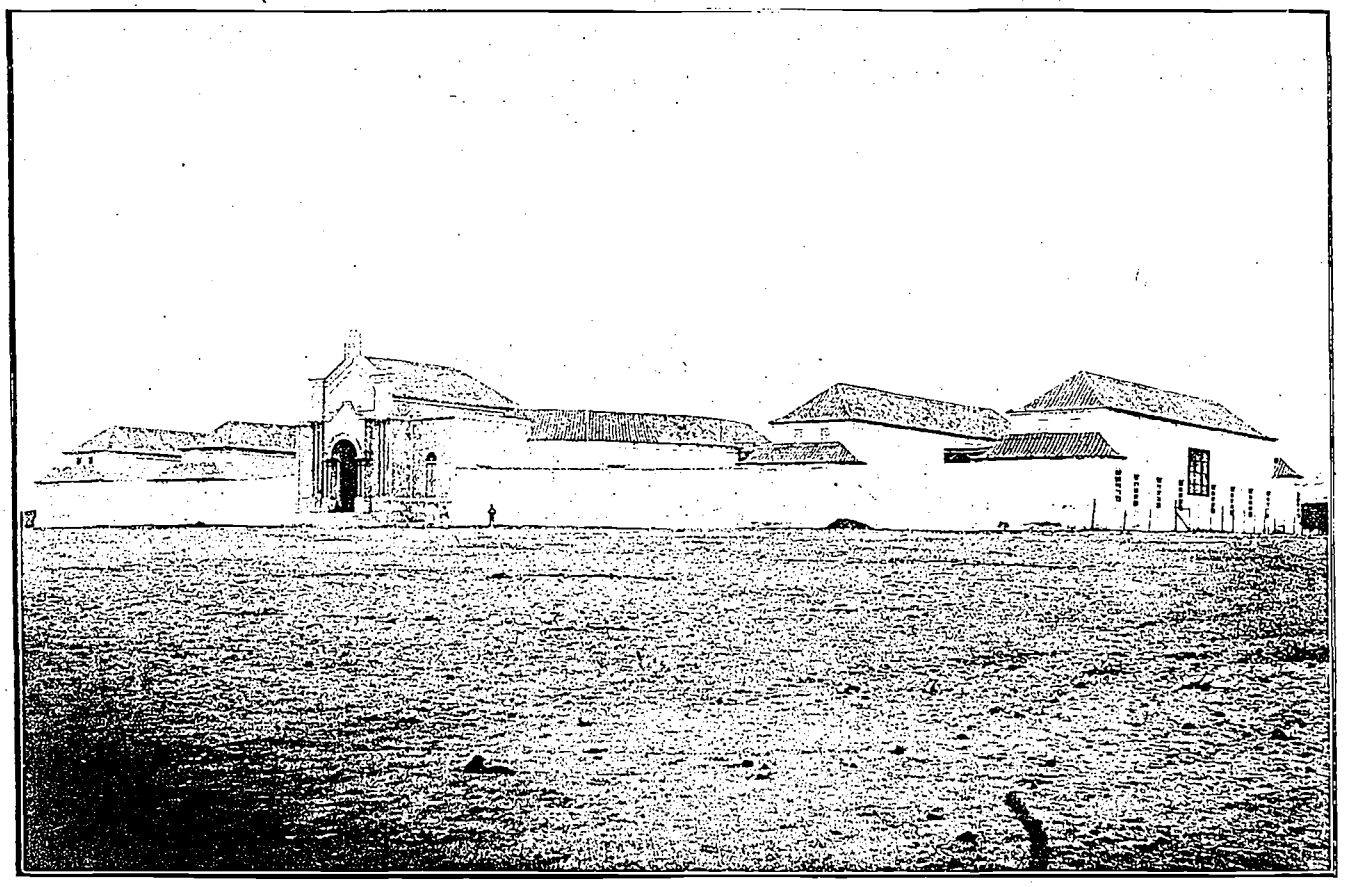
Es muy raro que la lava se desborde por el cráter de un volcán. Lo más natural es que se vierta en los flancos del cono volcánico, por hendiduras laterales. Pero la falsa idea de que la lava sale siempre por el cráter, como el agua que se desbordara en una cubeta, está de tal modo difundida, que en un reciente despacho puede leerse:—«Un nuevo cráter se ha formado en la base del Vesubio.» Eso no era un nuevo cráter: era, simplemente, una de las hendiduras por donde se escapan las lavas, en las vertientes del cono.

—Pero el humo, se objetará, el humo: usted no puede negar el humo: todo el mundo ha contemplado sobre el Vesubio y el Etna, aun en el estado de relativo reposo, un penacho de humareda. No había comparado Plinio el Viejo con un gigantesco pino esta humareda volcánica?

Pues bien; nó: no hay humo. Cómo podría haberla, ya que no se quema nada en el volcán en erupción? Es el caso imposible de que existiese, humo sin fuego.

Lo que los ignorantes toman por humo son las nubes debidas al vapor de agua arrojado por el volcán, y el cual se condensa en finas gotas líquidas así como llega al aire frío.

Un volcán es, en efecto, como la exageración de una fuente termal: arroja principalmente agua en el estado de vapor, al mismo tiempo que algunos gases deletéreos. Estas nubes de vapor de agua son blancas cuando están iluminadas por el día; negras si están opuestas á la luz, rojas si reflejan las corrientes



Manicomio de Maracaibo - (Parte Oeste)

de lava en actividad. No son humaredas, pues el humo es humo por una masa de corpúsculos quemados, ó incompletamente quemados, los cuales son de color negro ó gris, y no tienen ninguna relación con las gotitas de agua de las nubes volcánicas.

—Sea, no hay llamaradas ni humareda; pero usted, cuando menos, no se acuerda de que hay cenizas! Los más circunspectos geólogos hablan de cenizas volcánicas. No lo podrá negar usted.

Sin duda los sabios emplean (sin propiedad, por desgracia) las palabras «cenizas volcánicas», porque están ya consagradas por el uso y saben muy bien que no son cenizas, sino menudos fragmentos de lava proyectados por el gas y el vapor de agua que salen del cráter y que no se han solidificado en el aire frío. El vocablo *lapilli*, con la cual los designan los italianos, es por el contrario, muy exacta, porque son, en efecto, piedrecitas y no cenizas.

Puesto que no hay fuego, ni llamas, ni humo, cómo sería posible que hubiera cenizas?

GASTON BONNIER.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

Revista de Letras y Ciencias Sociales.—Tucumán.—República Argentina.—Directores: Ricardo Jaimes Freyre, Julio López Mañán Juan B. Terán.

Nos habla el señor Juan B. Terán de un libro de literatura histórica, titulado *La villa imperial de Potosí*, recientemente editado en la capital de la Argentina, por desconocido autor. Cuéntase en él la vida, costumbres, hábitos, moral, religión, placeres, fiestas y vicios de aquellas ciudades, nacidas, desarrolladas, cristalizadas en América después de la sangrienta y ruda labor de la espada de los conquistadores españoles. El autor del libro, á juzgar muy interesante, nos refiere la vida y costumbres de la época, y saca en consecuencia, ó por lo menos tiende á expresar, la psicología colectiva, la atmósfera moral en que se agitaban aquellas agrupaciones sociales. Lamentamos no ver alguna de las páginas de la obra mencionada, y sentimos tener que referirnos al artículo crítico que sobre tan interesante obra escribe el ilustrado escritor señor Terán, puesto que en él sólo podremos ver un resumen demasiado ligero de tan interesante asunto. Es tan difícil la comunicación intelectual entre nuestras repúblicas, que casi nunca se realiza ese comercio de ideas que se efectúa por medio de libros, periódicos y revistas. Muy de tarde en tarde, por no decir nunca, llega hasta nosotros la producción fraterna de nuestros compañeros del continente. Es una *rara-avis* ver un libro de Lugones, de Nervo, de Valencia, en manos de nuestros intelectuales. No hay ese estrecho comercio que debe existir en nuestras letras, cuando un mismo ideal literario y estético predomina en la producción intelectual de nuestros escritores desde México hasta el Plata. Apenas en esta Revista, por noble iniciativa de su director y colaboradores en crear esos vínculos de solidaridad intelectual hispano-americana, se han abierto secciones permanentes, para consignar por medio de la crítica y el análisis toda manifestación de la vida intelectual de esta porción de la América boliviana. Un compañero de redacción, el poeta y prosista Jesús Semprúm, viene desde algún tiempo, con generosa asiduidad, diciendo sus impresiones literarias y artísticas sobre cuanto libro se publica en Sur América y sus doctos y finos juicios críticos recogidos en volumen, darían cada año, al espíritu observador, la síntesis del pensamiento, y el resumen de la vida intelectual hispano-americana. Por desgracia no son muchos los libros que llegan, y es acaso EL COJO ILUSTRADO, el único periódico literario de estas repúblicas, que ha emprendido semejante labor. De México, de Colombia, del Perú, de Buenos Aires, llegan en tardíos correos, unos que otros libros, y es rara la Revista que llega á nuestra mesa de redacción trayendo entre sus páginas el eco de esas opiniones. Parece que vivieran en un ensueño fatalista, y á pesar del esfuerzo de un año hecho por esta Revista, no se ha logrado todavía crear ese canje espiritual, que, no obstante, se cumple de manera inconsciente en ese aire de familia, en esa fisonomía peculiar que tiene la producción mental de todos los poetas, escritores y artistas hispano-americanos. Por eso, es que sólo podamos referirnos ahora por segunda mano de un libro que hubiéramos deseado leer original. Estudios análogos al que me refiero, no se han hecho en Venezuela todavía, y la Colonia permanece virgen todavía en la pluma de nuestros historiadores, como monja enclaustrada. La epopeya boliviana, con su cúmulo de acontecimientos que nos han traído hasta ahora, ha embargado la pluma de nuestros historiadores, y apenas sabemos nosotros de aquellos largos siglos de vida urbana. La vida colonial es todavía para nosotros Pompeya que desenterrar, mina sobre cuya opulencia ha crecido una maraña de abandono y negligencia. No tenemos en nuestra literatura histórica ni siquiera la crónica novelesca de un Ricardo Palma, puesto que la obra de Aristides Rojas es todo lo deficiente que requiere un trabajo de narración, si estimable en alto grado por una parte, deficiente por otra, por carecer de plan y método científico, como lo requieren esos estudios de reconstrucción. Desearía citar mucho de lo muy interesante que trae el artículo de Terán, sobre todo lo que se refiere al estado social de aquellos tiempos, en que como dice el mismo interesante articulista, habría quien hiciera á la hora de la muerte testamentos como el que copio: "*Ítem, dice el testador, declaro por mis bienes un par de pistolas con sus llaves españolas;*

Iten, una espada con su talabarte y hevillas de plata; Iten, una imagen de nuestro padre San Josef con su cajón. Iten, una imagen de Nuestra Señora de la Candelaria con su cajón. Iten, un crucifijo de plata mediano. Iten, un capote de paño de Castilla, unos azules y otros acanelados. Un sombrero blanco extrafino; una chupa de estameña, azul guarnecida con franjas de plata y botonadura de lo mismo."

Ese testamento es una biografía.

Trae además la notable Revista de Freyre, unos admirables sonetos de Leopoldo Díaz, cuya producción de un tiempo á esta parte no es tan numerosa como en otros tiempos, acaso por querer acendrarlos más, si cabe, en el silencio á que parece haberse sometido en estos últimos días. Y con los sonetos del impecable Díaz, como un campo de bellotas al lado del milagro de unos rosales y de las blancas joyas frágiles de algunos lirios, un artículo lleno de vulgares lugares comunes—chato por su inspiración y por su expresión—de un señor Vicuña Subercaseaux, al parecer de origen chileno. Tal vez para aquilatar la obra de los demás y quién sabe si por una obra de refinada higiene espiritual, vienen estos burdos artículos hechos de indignos metales literarios, como un joyero que tuviera el capricho de engastar los rubíes de las más resplandecientes sangres en una diadema hecha de plomo.

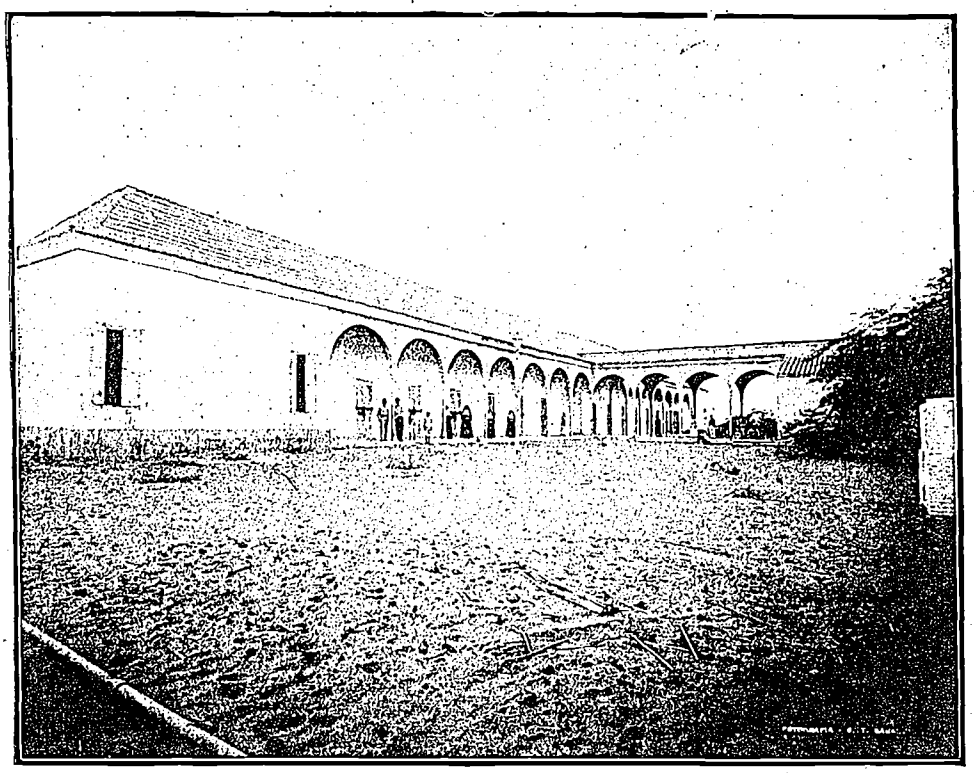
Esfinge.—Director: Froilán Turcios.—Tegucigalpa.—Honduras.

Froilán Turcios es un artista enamorado de los vanos fantasmas de la belleza y de la vida. Por lo tanto, tiene la desgracia de contar las rosas que nacen en los jardines del crepúsculo, y estima á las gotas de rocío como si fuesen perlas auténticas. A su fino intelecto le debemos conocer algunos paisajes de Honduras, y ya empezaremos á amar á su patria vista por detrás de las rejas de sus rimas, y atisbada tras la ancha claraboya de sus prosas artísticas. Su Revista *Esfinge* no tiene otra labor que condensar en sus páginas, de la manera que se lo permita su exigua amplitud, las páginas más altas de los maestros de la literatura universal. En especial figuran en su selecto quincenario, como en estuche lleno de joyas, los dijes más repujados de la literatura francesa. Flaubert, Gautier, Baudelaire, Goncourt, etc., son los más asiduos colaboradores de su Revista, á la vez que pesca, aquí y allá, en la producción del continente, páginas de los escritores americanos, en donde brillan los esmaltes de la frase artística, y vierte, en el fondo, su música ideal la densa onda de los pensamientos.

Su labor es una labor de artista, y su propósito es educar los bastos nervios del público, dándole á gustar las obras más finas, y á la vez más altas. Esta, á nuestro modo de ver, no pasa de ser una ilusión de poeta. Tratar de educar al público, en estas repúblicas tan odiosamente democráticas en su gusto literario, es trabajo efímero y predicar en desierto. Cuatro ó cinco almas verán la nobleza de su obra, pero la legión estulta encogerá los hombros desdeñosamente. La aristocracia del arte es su único galardón. ¡Bienaventurados los artistas excelsos porque jamás serán comprendidos!

Turcios es un poeta y un escritor bastante conocido en Venezuela. En EL COJO ILUSTRADO ha visto la luz un grupo numeroso de sus producciones literarias. En ellas se revela la sensibilidad de un alma francamente acondicionada para producir la belleza.

Actualmente, en un artículo de crítica sobre el libro de versos de un compatriota, que trae uno de los números de su revista, anuncia un libro de crítica, sobre algunos de los literatos de la moderna generación literaria de Venezuela. Debemos enorgullecernos con esta distinción que precisamente se hará á nuestras letras, por uno de los escritores que con mayores títulos goza de excelente reputación literaria por la cultura de su espíritu, por la sensibilidad de sus nervios y por la alteza de su estilo, sonoro como instrumento, y dulce y plástico como la seda.



Manicomio de Maracaibo - Departamento de locos furiosos - (Parte Sur-Oeste)

Revista Crítica.—Directores: Pedro Henríquez Ureña, Arturo de Carricarte.—Veracruz, México.

Hemos recibido el número 2 de esta reciente revista literaria. Un noble propósito, el de estrechar las relaciones literarias de la América latina por medio de la crítica y la información y la crónica literaria, ha guiado á sus redactores, ambos conocidos últimamente en la República de las letras. Un generoso entusiasmo los anima, haciendo por demás simpática su obra, en la cual se ve el aliento animador, radiante y hermoso, que es condición de la juventud. Cultivadores, en su jardín, rebosante de auras primaverales de las dulces quimeras, de las bellas utopías, de las frágiles esperanzas, se han lanzado en el periodismo literario, diciendo sus voces de confederados, tremolando su bandera azul de arte, en donde, con estrellas Betlemitas está escrito el preciso lema de sus combates, pensando oír á su alrededor las voces de sus hermanos que se alistan á la lucha de sus ideales. Pero un aletargamiento desconsolador, un sueño de pereza y modorra, bate sus alas paludosas, y su grito de entusiastas, y su bandera lírica, se quedarán ahogado el uno y mustia la otra, en la indiferencia y el letargo tropical de América. Pueblos tendidos al sol, como el vagabundo de todas las leyendas, viéndose en actitud beatífica el ombligo, no podrán jamás romper la pesada cadena de sus fatales atavismos. Su obra, generosa y noble, pasará en ellos, con aquellos días felices, que han pasado para algunos de nosotros, unidos al recuerdo de la primera rima que embriagó nuestras almas.

No obstante nuestras ideas pesimistas, la *Revista Crítica*, órgano de una asociación internacional literaria, ha logrado fundar centros corresponsales, en Puerto Rico, Santo Domingo y el Salvador, formando sus miembros los más distinguidos representantes de las letras jóvenes. El Comité Central, creo que reside en la Habana.

La *Revista Crítica* tiene además corresponsales literarios en todas las capitales de hispano América, correspondiéndome á mí la representación en Venezuela. En París lo es nuestro compatriota Gil Fortoul.

No debía yo decir en estas notas las desabridas impresiones anteriores, hijas de infinitas derrotas líricas, sino la voz exultante de mis viejos entusiasmos por las letras americanas, á las cuales hemos dado la esencia interna de nuestras almas, el calor de nuestras ilusiones y la esperanza de que algún día, unidos en un mismo ideal, nutramos una armoniosa literatura, robusta y fuerte, llena de esmeraldas y trinos, como un samán de nuestros bosques.

A. FERNANDEZ GARCIA.

CRONICA LITERARIA

BOVARYSMO

Se sabe cómo Arturo Rimbaud, uno de los más felices representantes del movimiento simbolista francés, cambió su lira de poeta por un lápiz de mercadante y prefirió al prorrumpir la canción complicada y harmoniosa, el errar por las remotas comarcas de Abisinia, saboreando la emoción de una vida nueva, y completamente olvidado de sus viejas aficiones líricas. Convertirse de jefe de un cenáculo parisiense—pues sus famosos versos sobre el color de las vocales agruparon en torno suyo á unos cuantos jóvenes—en corresponsal de la sociedad de Geografía por las costas de Somali, por la tenebrosa y bárbara tierra de África, en individuo de caravana por el vasto y amarillo desierto, es un hecho sobremanera curioso, de explicación muy difícil.

Parece que Rimbaud tenía el alma proclive á ciertos entusiasmos de viajero. En sus poesías se han encontrado alusiones claras á estos deseos de correr á la ventura por el mundo.

Vagar de clima en clima es un instinto
en ciertos hombres como en ciertas aves;

y acaso Rimbaud sentía ese impulso irrefrenable que lo andaba arrastrando de continuo hacia parajes desconocidos. No profetizaba él mismo:

Et j' irai loin, bien loin, comme un bohémien
Par la Nature-heureux comme avec une femme?

En su *Bateau ivre* parece columbrar con maravillosa videncia el éxodo de su vida futura, errabunda por climas y regiones distintas:

... martyr lassé des pôles et des zones...

Bélgica, Inglaterra, Alemania, Italia, Austria, Holanda, el Oriente, Java, Batavia, Copenhague, Estokolmo, después Chipre... Vuelve á Francia. Nueva fuga por los mares y la tierra: Egipto, Abisinia, Adén, el Somal, el Harrar... De allí no sale. Permanece en Abisinia y en las comarcas próximas y principalmente en Adén, que es la llave del comercio de esos países. Allí murió... Cuando se estableció en aquellos sitios tenía apenas veintiséis años.

« Permanecer en un mismo lugar, me parecería una suerte desgraciada. Yo quisiera recorrer el mundo entero, que, en suma, no es tan grande...» Así expresaba su anhelo de vagar siempre por la tierra. El destino del Judío Errante le hubiera parecido á él afortunado y excelente.

Los médicos, y principalmente los médicos alienistas, tienen ciertas clasificaciones de patología en la cual podríamos colocar á Rimbaud. Es un caso muy bien estudiado el de la manía ambulatoria; y Max Nordau rebosa de regocijo cuando logra explicar por medio de deducciones psiquiátricas la paternidad de los hermosos poemas que produjo Rimbaud. Pero del poeta no se ha hecho un estudio minucioso que permita asentar pretensiones científicas. La verdad es que ignoraba ó aparentaba ignorar muchas de sus correrías anteriores y apenas ponía asunto á las memorias de su vida literaria de París. Pero nada nos autoriza para estimarlo como un epiléptico impulsivo, que al azar se encamina por la primera ruta abierta ante sus plantas vehementes é intranquilas.

Víctor Ségalen trata de explicar en el *Mercure* (*) la extraña renuncia de este poeta convertido de repente en comerciante, atribuyéndole las cualidades del « bovarysmo ». Jules de Gautier define el bovarysmo como «la facultad concedida al hombre de concebirse á sí mismo de un modo distinto á como es; con tal que sea impotente para realizar esa concepción diferente que se forma de sí mismo...» La palabra deriva del nombre de la famosa histérica pintada por Flaubert de un modo tan minucioso y magistral, y está muy en boga en estos días. Distínguese el bovarysmo por exceso, el del hombre superior; y el bovarysmo por insuficiencia, el del *snob*. Ségalen atribuye á Rimbaud el primero.

Los ejemplos citados por Jules Gautier en su estudio, como pertenecientes á la primera clase, son numerosos. Ingres apreciaba mucho más sus aptitudes de violinista que sus admirables dotes de pintor. Chateaubriand estimaba mucho sus pobres habilidades de político y de hombre de Estado, según se advierte en algunos pasajes de las *Memorias de ultratumba*. Víctor Hugo concedía una importancia divina á la profundidad de su pensamiento filosófico y político, que no pasa de mediocre. Goethe en una de sus conversaciones con Eckermann declara que daría toda su obra literaria por su sola teoría de los colores, que ahora está desechada por evidentemente falsa...

Según este modo de ver las cosas, Rimbaud habría equivocado el sendero. No apreció sus versos tan delicados y hermosos, sino como fútiles entretenimientos de un minuto; no concedió á la literatura aquella importancia magnífica que suelen darle todas los escritores. Sus ansias de riquezas y de reposo lo llevaron á ver en el comercio la ruta más propicia para realizar una rápida fortuna. Gastó energías poderosas en aquella lucha y al fin fracasó en su empresa. Es posible que hubiera logrado éxito cantando su ingenua canción á la orilla del Sena? No es prudente asegurarlo; pero de todas maneras, parece preferible la lucha y un relativo triunfo en París y la adquisición de un renombre literario, antes que la obscura existencia en distantes regiones incultas, entre caravanas tristes y visiones de barbarie... Lo que todo el mundo ignora, porque Rimbaud no tuvo nunca pruritos confidenciales, es hasta dónde fué sincero é interiormente definitivo el divorcio del poeta y la Poesía. Dícese que ésta llega á ser necesaria é imperiosa como los venenos: alcohol, morfina ó mujer... Realmente sería muy extraño que no hubieran librado fuerte combate en el espíritu de Rimbaud la afición espontánea á las letras y el enérgico impulso de trabajador que brega con ahinco inquebrantable por desposarse con la buena Fortuna. El foco secreto de donde brotaron las *Iluminaciones* se habría apagado, exhausto de combustible? Tal vez él mismo extinguió sus resplandores, poniéndole una densa pantalla de voluntad; pero acaso en lo más profundo de su sér las rimas lo inquietaban, lo agitaban, lo torturaban, como un enjambre de alondras sedientas de sol...

(*) 15 de abril de 1906.

*

Otro caso de bovarysmo: Sainte-Beuve y su «predilección secreta», su «amor oculto», según propias expresiones del célebre crítico. Se trata de la mujer de Víctor Hugo, de Adela Hugo. El *Libro del Amor* fué escrito para consagrar el recuerdo de sus relaciones clandestinas y adúlteras con esta señora.

La literatura es una cosa horrible. Ahora se discute si estos amoríos fueron simplemente platónicos, ideales, ó si la unión de los amantes fué consumada carnalmente. La señora Hugo debía de ser persona de prudencia previsiva, porque jamás escribió una carta de confesiones pasionales. Los versos de Sainte-Beuve son el único documento que existe. Versos que van á vivir, según parece, más por el nombre y las circunstancias de la mujer que los inspiró, que por sus propios méritos intrínsecos. El *Libro del Amor* produjo un escándalo á su publicación. Sainte-Beuve destruyó muchos ejemplares. Su discípulo Troubat, el mismo que prologó no ha mucho una nueva edición, acabó de destruir la primera del *petit volume vert*..

Pero resulta que el señor Gustavo Simón se interesa en sumo grado por la virtud de la señora Hugo, y niega que ésta incurriera en un efectivo extravío pasional, quiere decir, que su adulterio no pasó de ser sentimental, romántico, sin graves consecuencias de cierto linaje para la frente del formidable poeta francés.

El libro de Gustavo Simón (*Le Roman de Sainte-Beuve*) nos pinta á Sainte-Beuve como un sér aborrecible, mezquino, envidioso, que odiaba cuanto estuviera por encima de él. Así el *Libro del Amor* viene á resultar una calumnia rimada para ridiculizar al poeta de las *Contemplaciones*. Este le cantaba á su mujer en los *Cantos del Crepúsculo:*

Toi! sois bénie á jamais
Eve qui aucun fruit ne tente!
Qui de la vertu contente
Habites les purs sommets!
Ame sans tâche et sans rides.

Dicen algunos que Hugo tenía bastante interés en pregonar con el órgano augusto de sus poesías la virtud de su mujer. No era él por cierto un marido modelo y sus devaneos amorosos fueron muy públicos y ostensivos. Pero la Eva incapaz de dejarse seducir por ningún fruto, se dejó tentar por el señor Sainte-Beuve... En realidad este es un episodio sin mayor interés que el que le da el nombre de los personajes.

El bovarysmo de Sainte-Beuve consistiría en sentirse más orgulloso del amor de Adela Hugo,

tendre agneau, . . .

según la llamaba apasionadamente, que de todas sus mejores obras. Así el *Libro del Amor* quedaba en su concepto muy por encima de *Los Lunes* y de los *Retratos*. Caso raro, porque un verdadero poeta, según todas las apariencias está más proclive á poner el amor sobre todas las literaturas, que no un adusto y solemne crítico. Pero aquel crítico tenía el alma ardiente é impetuosa, como un joven exaltado en la embriaguez de los primeros amores. Y fué porque su pasión no nació de sus versos, ni siquiera se fortaleció en el entusiasmo de su pasión, como acontece en muchas ocasiones. Sus poesías nacieron de su pasión. Y con toda su retórica, su rigidez y muchas veces su sequedad, descubren un manantial de amor, vivaz y fresco, el brillo de la hoguera encendida dentro de un corazón.

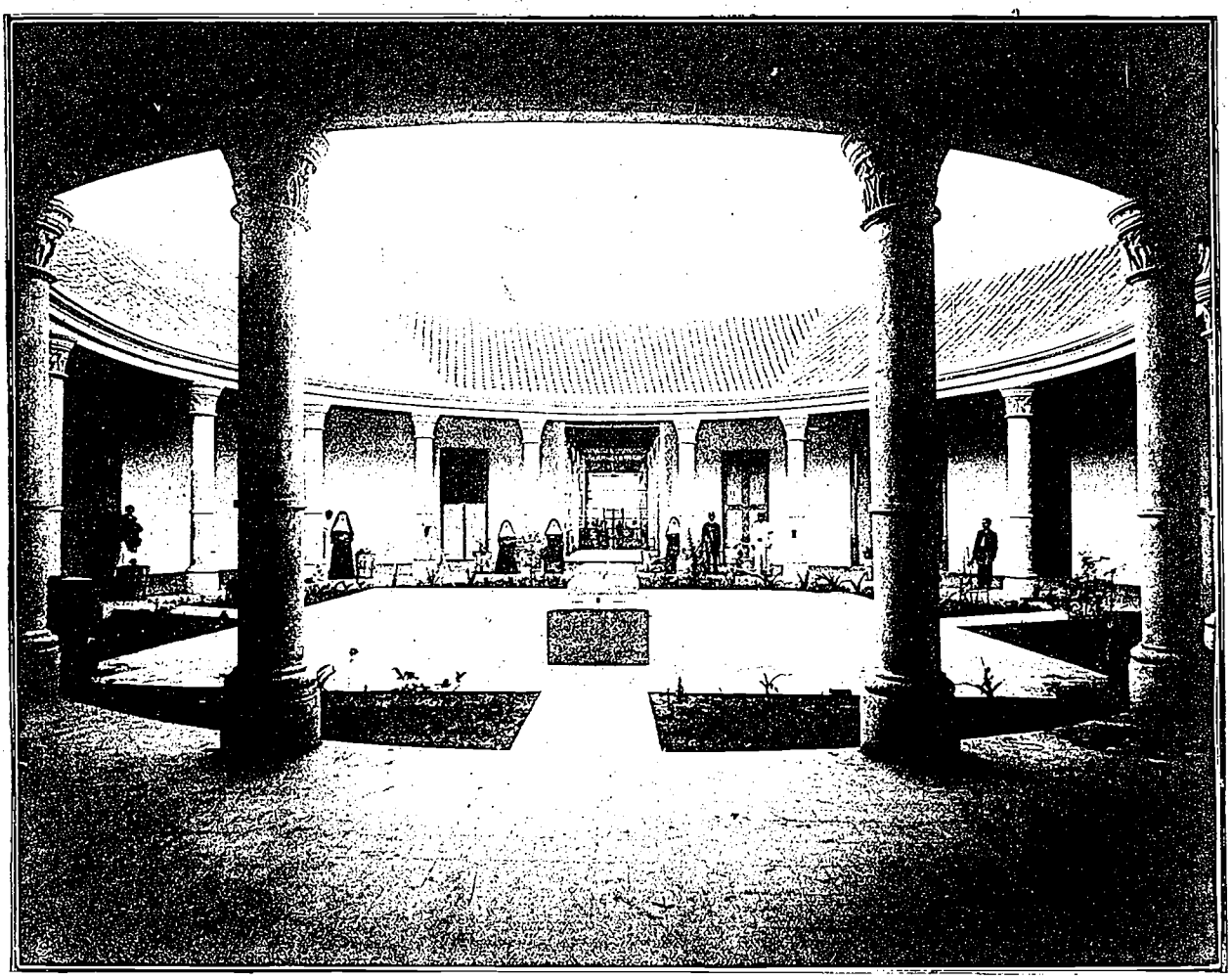
Pero al fin y al cabo, no vale más el orgullo de un amor (y pongamos aparte el que en este caso era prohibido) que el vano orgullo de la obra literaria, el cual sólo sabe prender mortificaciones en el alma, propia y ajena?...

*

Cuántos casos podríamos apuntar nosotros de bovarysmo! En la historia de Venezuela abunda el hecho; y por medio de su influjo podrían explicarse numerosos acaecimientos de la vida nacional. Sabemos que el Libertador tenía sus desvanecimientos de literato y que gustaba de inmiscuirse en asuntos de gaya ciencia. Hay una carta suya, dirigida á Olmedo, el poeta del *Canto á Junín*, donde se leen algunos consejos poéticos. El Libertador debía de tener una gran admiración, que nosotros por fortuna no hemos conservado, para su famoso *Delirio sobre el Chimborazo*. Deslumbrados por el resplandor del genio de aquel grande hombre, los que le rodeaban creyeron magníficas todas sus producciones, así fueran políticas, militares ó literarias. Es sabido que Páez tuvo sus aspiraciones diplomáticas y que firmó con su nombre la *Autobiografía*. Aún dicen crónicas, á las cuales ignoro qué grado de crédito debemos conceder, que se enorgullecía con la carga que solía llevar en ancas de su poderosa y gallarda mula, con escándalo y reprobación de la sociedad. Rafael Urdaneta tenía sus pujos de elegancia. Guzmán Blanco, verdaderamente ilustre, paternizaba discursos en la Academia de la Lengua, y se vanagloriaba con su título de *Ilustre* y también de haberle lanzado en el rostro á León Colina palabras del todo inconvenientes, lo cual es muy probable que no tenga nada de verídico. Pérez Bonalde se avenía muy bien con sus funciones de agente comercial de una gran farmacia yanki. Fermín Toro adoraba sus versos. Rafael María Baralt, se creyó en un tiempo diarista insuperable. ¿A qué más?...

El hecho es que todos somos más ó menos bovarystas. La palabra es lo único nuevo. Pero por eso mismo nos va á parecer novísimo todo bovarysmo descubierto y estudiado. Lo cual viene á comprobar, en último término, que nada hay nuevo bajo el sol y que lo único que tiene valor real son las palabras, tan desdeñadas por lo común...

JESÚS SEMPRÚM.



Manicomio de Maracaibo - Patio principal

INFORMACIÓN LITERARIA Y ARTÍSTICA

Mounet-Sully, dramaturgo.

El ilustre Mounet-Sully no se conforma, según parece, con su fama y sus triunfos de actor y aspira á cosechar laureles como autor dramático. En el *Odeon* de París se ha estrenado hace poco una obra suya, escrita en colaboración con Pierre Barbier, «La vejez de don Juan.» Sin embargo, según el resultado de la representación, es de sospecharse que el aplaudido trágico no posee dotes literarias tan excelentes como las que le han valido su verdadera gloria de actor.

En Inglaterra.

El escritor inglés Tomás Hardy ha publicado un drama titulado *The Dynasts*, que tiene por asunto las guerras napoleónicas y consta de tres partes, diez y nueve actos y ciento treinta escenas. Se comprende que este drama no admite representación en ningún teatro del mundo. Como poesía visionaria é histórica, esta obra tiene grandes méritos, según el parecer de los críticos.

Arthur Symons ha publicado una nueva obra: *Spiritual Adventures*, libro de prosa soberbia y de sensibilidad en extremo sutil.

Stephen Phillips, considerado como el renovador del drama poético en Inglaterra, y cuya obra tiene un parentesco notable con la de Shakespeare y con los trágicos griegos, acaba de imprimir su nuevo drama *Nero*.

Bohemia.

En Praga se celebró el sexagésimo aniversario del nacimiento de Svatopluk Cech, el más grande poeta contemporáneo de Bohemia, cuyas principales obras son tres vastas epopeyas nacionales; *Dagmar*, *Los Adamitas* y *Vatzlav de Michalovitz* y los *Cantos de un esclavo*, poesías que lograron veinte ediciones en pocas semanas y acrecentaron prodigiosamente la popularidad de su autor.

Noruega.

A la edad de cincuenta y siete años, falleció hace poco Alejandro Kielland, autor de numerosas novelas de un realismo hermoso y de una ironía fina y profunda. Retrató con exactitud la vida de los seres humildes, de los pescadores y obreros, sin sentimentalismos, con verdad conmovedora. Sus libros más notables son: *Trabajadores*, *Garman y Worse* y *Elsa*. Su gracia de narrador era terrible y amable. Se le ha llamado el «hombre de mundo» de la literatura noruega.

Holanda.

En Holanda va á celebrarse en este año el centenario de Rembrandt. Este pintor, ahora admirado intensamente, no tuvo grande estimación de sus contemporáneos. Se conocen sus procedimientos, consistentes en obtener efectos de la pintura por medio del claro obscuro, llevado hasta una antítesis violenta entre la sombra y la luz. Gustavo Geffroy ha llamado á Rembrandt el rey de Holanda; y sin duda lo es en el dominio del arte, pues fué uno de los que con más intensidad estética, supo arrancar al color el encanto de la Belleza inefable.

Escultura de Rodín.

A fines de abril de este año se inauguró en el Panteón el *Pensador* de Rodín, ofrecida por suscripción pública al pueblo de París. Según dice un escritor, hablando de esta escultura, el *Pensador* es simplemente un hombre, nuestro hermano de sufrimientos, de curiosidad, de reflexión y también de alegría, de la áspera y bella alegría de investigar y de aprender. No es pasivo ni resignado; y de la meditación en que se abisma no se despertará despreciando la vida.

Letras nacionales.

Actualmente se imprime en nuestros talleres tipográficos un libro de poesías del distinguido poeta y escritor señor J. I. Vargas Vila, titulado *Versos Frágiles*. El espíritu del autor, que ha buscado siempre emociones en las cosas delicadas y sutiles, expresa en sus inspiraciones los matices más tenues, las sensaciones más finas y fugaces. *Versos Frágiles* será un nuevo triunfo literario para el apreciable poeta.

SUELTOS EDITORIALES

El 23 de Mayo

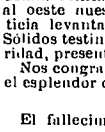
El día 23 de Mayo, declarado de fiesta nacional por el Gobierno de la República, fué celebrado este año con pompa y entusiasmo en todo el territorio de Venezuela. Cumplióse este año en esa fecha el séptimo aniversario de la Revolución restauradora, que acaudilló y condujo al triunfo el señor General Cipriano Castro.

Entre los numerosos actos simpáticos de los patrióticos festivales verificados en ese día, placenos recordar la inauguración de algunas obras públicas de notoria importancia, como son los bellos edificios de la Academia Militar, constituida en la planicie que domina al oeste nuestra ciudad capital, y del Palacio de Justicia levantado en el lado sur de la Plaza Bolívar. Sólidos testimonios de progreso y de efectiva prosperidad, presentan estas notables obras públicas.

Nos congratulamos con el Gobierno de la Nación por el esplendor que revistieron estas fiestas patrióticas.

Doctor Tomás Mármol

El fallecimiento del señor Doctor Tomás Mármol, acaecida recientemente en Caracas, es un verdadero motivo de duelo para el espíritu patrio. A la patria sirvió con la idónea consagración de todas sus facultades intelectuales. Abogado de nota; orador de frase elocuente y sonora, aplaudido siempre que la vertió desde lo alto de la tribuna; periodista de vigorosa pluma; escritor pulcro y discreto, el señor Doctor Mármol habíase captado una suma de aprecio y estimación generales digna de sus merecimientos y que supo conservar con el decoro constante de una conducta ajustada á las normas estrictas del deber. Había desempeñado con eficacia plausible puéstos distinguidos en la Administración pública; y en la hora de su fallecimiento ejercía funciones delicadas y honorables en el más alto tribunal de Justicia de la República. El Gobierno del Distrito Federal declaró motivo de duelo oficial su desaparición de la vida.



A sus doloridos deudos enviamos la sincera manifestación de nuestro pésame.

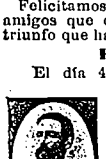
Certamen literario

Para la más espléndida celebración de la simpática Fiesta del Arbol, que se verifica el día 23 de Mayo, el Ministerio de Instrucción abrió un Certamen literario en prosa cuyo asunto fue: «Influencia Social de la Fiesta del Arbol.» Concurrieron al Certamen numerosos y notables escritores nacionales. El Jurado compuesto de los señores doctores Laureano Villanueva, Emilio Constantino Guerrero, Santiago Key Ayala, Juan Liscano y señor José Austria, declaró merecedores del premio y del *accésit* los trabajos presentados por los señores Jesús Semprúm y Eloy G. González, respectivamente. Entranibos escritores son del número de nuestros más constantes y queridos colaboradores. Las composiciones laureadas son piezas literarias de mérito sobresaliente, dignas del talento de sus autores y de la nombradía que han sabido conquistar con sus labores intelectuales. Nuestro público conoce ya esos trabajos que han sido publicados por la prensa diaria.

Felicitamos cariñosamente á nuestros distinguidos amigos que obtuvieron los premios, por el merecido triunfo que han conquistado.

Felipe Larrazábal, hijo

El día 4 del mes que hoy principia cúmplese un año de la muerte del señor Felipe Larrazábal, hijo, inolvidable amigo nuestro y colaborador distinguido que fué de EL COJO ILUSTRADO. El señor Larrazábal supo adornar su nombre con los prestigios eminentes del literato eximio, del humanista sabio, del artista delicado y profundo, y al mismo tiempo con las honorables prendas de un carácter culto y noble y las limpias y claras ejecutorias de una conducta siempre recta, inspirada en las puras fuentes de la honradez hidalga. Hijo de un hombre ilustre en los anales de la política y de la literatura venezolana, supo conservar y acrecentar el brillo y la gloria de su nombre. Hombre de letras, sus talentos y su sabiduría fueron infatigables en la producción continua, fecunda, preclara, en donde se palpa el caudal de su vasta y fuerte erudición y la discreta claridad de su ingenio. Entró en las actividades de la política, y del zarzal de la política salió ileso, sin dejar un solo jirón de la honra entre sus espinas. Lejos de la patria, en el destierro, supo conquistar honores culminantes y ganar el pan del desterrado con el ejercicio meritorio de sus elevadas aptitudes. En ninguna hora flaqueó su voluntad activa para el bien ni interrumpió jamás la labor serena de su inteligencia.



Cumplimos con el deber de renovar en esta ocasión nuestros sinceros sentimientos de duelo á la familia del eminente escritor.

Saludo

Hemos tenido el gusto de estrechar, en nuestra oficina, la mano de nuestro distinguido amigo el señor General Eudoro Bello, quien presta muy valiosos servicios á esta Empresa, en Puerto Cabello.

Hacemos votos por su ventura personal.

Información artística y literaria

En nuestro número anterior iniciamos la publicación de una información sobre artes y literatura contemporánea que sin duda será del agrado de nuestros lectores. En forma breve procuraremos resumir el movimiento intelectual del mundo civilizado. Se encontrarán anotadas allí todas las palpitaciones de la vida artística: escultura, pintura, bellas letras, crítica, filosofía, sin rebasar nunca de los cortos límites que hemos de fijar forzosamente á esta sección de nuestra Revista.

Nota de duelo

Cumplimos con el ingrato deber de prescntar nuestro pésame al Excelentísimo señor Ministro de Italia, por el fallecimiento de su honorable señora esposa, ocurrido recientemente en Caracas.

"El Heraldo Industrial"

El señor Eliseo de Aráinburu nos participa en atenta tarjeta circular, la próxima publicación de una revista quincenal, de índole científica, literaria, industrial, agrícola y comercial, que se dedicará á fomentar las industrias venezolanas muy especialmente.

Deseamos al señor de Aráiuburu el éxito más satisfactorio en su empresa.

NUESTROS GRABADOS

La inocencia y el amor

Refieren mitólogos y poetas que del risueño connubio de Marte y Venus nació Cupido, el alado cegnezuelo, á quien su madre para sustraerlo de las iras de Júpiter lo ocultó en un bosque, donde se entretenía lanzando caudentes flechas de su arco de fresno. Platón de Poros y otros autores célebres dicen que él mismo se causó una herida, por lo que sintió una pasión irresistible hacia Psiquis.

Los pintores suelen representar á Cupido con la frente ceñida de rosas, y á las veces lleva una antorcha encendida en una mano, pues es sabido que en la antigua Grecia la antorcha representaba los atributos del amor celeste.

Las flechas que dispara alevemente el dios niño suelen ser unas veces de oro y producen el amor, y otras de plomo y entonces inspiran odio profundo.

La diversión favorita de Cupido es bailar, tocar, columpiarse y trepar á la copa de los árboles desde donde arroja los venablos que encienden en el alma de las vírgenes la llama inextinguible, á cuyo fuego huye el dolor y nnec la alegría, compañera inseparable de los habitadores del Olimpo.

En la tela de Coypel la inocencia adquiere angélico prestigio y en sus labios se dibuja una tierna sonrisa como que ignora todavía el misterioso secreto de los dardos que lanza el divino arquero, con los cuales hiere pérfidamente á las núbiles doncellas, que empiezan á iniciarse en el culto de Cipris.

Cena de paisanos

En las melancólicas horas del crepúsculo, cuando las campanas del templo de la aldea tañen el *angelus* clamoroso, vuelan las golondrinas en busca de sus nidos y Venus en el azul purísimo del cielo abre su luminosa pupila, los rudos campesinos dan por terminadas sus ímprobas tareas y á la lumbre del hogar cenan alegremente y en la charla de sobremesa hacen el recuento de sus pasadas aventuras, cuando el amor guinda sus pasos en la senda de la vida y prendía cálidas rosas en sus almas varoniles.

Tal parece ser el tema inspirador de Le Main, cuyo lienzo se exhibe en los lujosos salones del Louvre.

Familiares del Santo Oficio

Triunfantes las armas de Fernando é Isabel, arrojaron la dominación árabe de España, y entonces el Papado tomó medidas para extirpar las opiniones heréticas que despojaban á Dios de sus atributos y ponían en inminente peligro al cristianismo.

La Inquisición, como es sabido, fué un tribunal papal que se estableció en Italia, España, Alemania y las provincias del sur de Francia, para infligir severos castigos á los herejes. Los soberanos quisieron valerse de tan poderoso mecanismo, contra lo cual protestaron los Papas de modo enérgico, alegando que su uso correspondía exclusivamente á los eclesiásticos.

La Inquisición fué ensayada eficazmente en el medio día de Francia, y luego se introdujo en Aragón para acabar con los judíos.

En los tiempos antiguos, bajo los visi-godos, los judíos prosperaron considerablemente; pero cuando aquéllos abandonaron el arrianismo ó filosofía arábiga para hacerse ortodoxos, sufrieron éstos horribles persecuciones hasta que los sometieron á la más odiosa servidumbre.

Bajo los sarracenos fueron tratados con más consideración. Cultivaron las ciencias y las artes y se distinguieron por sus conocimientos matemáticos y astronómicos; compusieron las tablas alfonsinas y promovieron los viajes de Vasco de Gama.

El clero de Navarra excitó nuevamente contra ellos implacables odios y se originaron rudas persecuciones, para escapar á las cuales fingieron convertirse al cristianismo y luego apostataron.

En vista de lo cual Torquemada, monje dominico y confesor de la Reina Isabel, influyó en el ánimo de ésta para que solicitase una bula del Papa con el fin de establecer el Santo Oficio. La bula fué concedida el año de 1478, para la averiguación y extirpación de la herejía.

Laurens representa á los familiares del Santo Oficio tales como debieron ser: hombres sin entrañas, sombríos, prontos á sacrificar la ajena vida en aras de pasiones violentas y, para decirlo todo de una vez, compañeros de don Tomás de Torquemada, la personificación de la crueldad más espantosa.

Pic-nic

Sirve de tema al cuadro de Koch una hermosa fiesta de campo, en la cual la naturaleza siempre pródiga, contribuye con los opulentos dones de Ceres, las flores entreabiertas que exhalan perfumes inebriantes y el fulgor del sol que derrama la vida por doquiera y hace estallar la simiente en el surco y prorrumpir los labios en himnos de gratitud y admiración al padre de la luz.

Estas alegres fiestas campestrales poseen el secreto encanto de estrechar más los afectos, como si las almas, despojadas de mezquinas pasiones, se unieran para amarse eternamente al amparo de los boscajes rumorosos, en los cuales modulan los pájaros un canto epitalámico y el polen, cabalgando en alas de la brisa, va á celebrar el triunfo de la vida.

La tela sencillísima de Koch es souriente y caprichosa, como los sueños de la dicha y los mirajes de la esperanza.

Las edades del hombre

Primero es el poema de la infancia: acarician la frente seductores ensueños de color de rosa; la más ligera nube no empaña la diáfana turquesa de los cielos, y por senda florecida de rosas y de lirios corre el tierno infante persiguiendo la inquieta mariposa, que no deja en sus manos sino el áureo polvo de sus alas, acaso para probarle que la felicidad, que perseguirá después incesantemente, no es sino trasunto fiel del errátil insecto, que no dejara en su alma sino el recuerdo de una ventura, tanto más querida cuanto más distante.

¡Dichosa edad la de la inocencia!

Sentado en las rodillas de la abuela el rubio niño escucha la relación de cuentos azules, de gallardos paladines, enamorados de princesas ideales, en castillos de Nuremberg, mientras un rayo de luna filtrándose por la gótica ventana nimba sus frentes soñadoras.

Luego viene el período de los nobles anhelos: el corazón late á impulsos generosos, la sangre circula rápidamente por las venas, el amor ciñe de rosas y jazmines las sienes del apuesto joven, cuyo pecho se enciende en vivo fuego por el augusto ministerio de Eros y por la desconocida virtud de placeres ignorados.

¡Edad fecunda, bendita sea, y bendito tu imperio sobre el mundo!

Luego llega la vejez traidora que agota en los músculos la fuerza y cubre la cabeza de cabellos blancos, como si sobre la frente agobinda por el peso del dolor hubiese nevado el desengaño.

Renán hizo el elogio en célebres páginas de la senectud, de la cual dijo al poeta:

"Que tiene la vejez horas tan bellas,
como tiene la turde sus celajes,
como tiene la noche sus estrellas."

Brogi supo interpretar á maravilla las tres edades del hombre en su famoso cuadro, calificado de obra maestra por la crítica.

Ernest Meissonier

Engalanamos nuestras páginas con el auto-retrato del gran pintor Ernest Meissonier y con una copia del cuadro de Napoleón III en Solferino, debido al pincel del eximio artista francés.

Meissonier está considerado como uno de los más afamados maestros de la pintura moderna en Francia y sus telas llaman la atención por la viveza del colorido, la gracia de la factura, la novedad del asunto y la alteza del pensamiento.

Omitimos la descripción de la pintura de Meissonier, Napoleón III en Solferino, por ser una página histórica de reciente fecha, muy conocida de nuestros ilustrados lectores.

Hércules

Hércules, notable por su estatura extraordinaria y por su gran fuerza, hízose famoso por su valor indomable. Era hijo de Júpiter y de Alcmena, mujer de Anfitrión, rey tebano. La noche en que fué concebido se dejó oír el trueno en Tebas á golpes redoblados. Juno, celosa de Alcmena, le envió á la cuna de Hércules dos serpientes para devorarlo, pero el niño las despedazó; la diosa calmó sus ímpetus á ruego de Palas y consintió en darle de mamar. Hércules adquirió celebridad por la ejecución de los doce trabajos.

Hércules llegó en su temerario intento hasta combatir con los dioses. Tuvo varias mujeres y gran número de queridas, entre otras Onfala, reina de Lidia, en cuya compañía olvidando sus glorias llegó hasta vestirse de mujer hilando á los pies de su amiga, entre sus criadas.

La venganza de Neso y los celos de Deyanira, determinaron la muerte de Hércules, á quien los tebanos y los griegos dedicaron templos y altares.

Lord Leighton se inspira en los exámetros de Homero y representa á Hércules luchando con la muerte ante el cadáver de Alcestes.

A punto de ser capturado

En tiempo de la reforma en Inglaterra, cuando el rey sádico y asesino imponía su voluntad á la orgullosa Albión y rompía definitivamente con el Vaticano, los cristianos sufrieron horribles persecuciones y fueron sometidos á crueles suplicios, para huir de los cuales se refugiaban en los muros del hogar, hasta donde llegaba la mano de la justicia, que no era parte á detener la actitud heroica y solemne de angélicas criaturas.

Erupción del Vesubio

La prensa universal ha publicado últimamente notables instantáneas de la erupción del Vesubio y concienzudos artículos sobre la gran catástrofe que lamenta el mundo entero.

La vista que publicamos hoy tiene el doble mérito de haber sido tomada del natural y de asumir un carácter de palpitante actualidad.

Uno de los testigos presenciales de la hecatombe, Robert Underwood, corresponsal de la Prensa Asociada, dice que no bastarán veinte y cinco años para reparar los daños hechos por la erupción, que ha destruido completamente á cuatro pueblos, y añade que con un cambio de viento de mayor propulsión en las fuerzas seismológicas la misma suerte habría tocado á los pueblos que rodean al Vesubio.

El sabio Matteucci, que permaneció en su observatorio durante la catástrofe, asevera que en el caso de una nueva erupción, la dirección del viento librará á Nápoles de las densas nubes que hasta ahora la rodean.

Nuestro grabado copia fielmente la que fué hermosa ciudad de Bosco Treense bajo la lava. Esta ciudad se hallaba situada en la parte Sur de la costa partenopea y por la fertilidad de su suelo y las bellísimas perspectivas de sus panoramas, llenos de sol, rumorosos y frescos, era considerada como una de las regiones más bellas del poético reino italiano.

Manicomio del Zulia

En esta misma edición de EL COJO ILUSTRADO ofrecemos algunas fotografías que representan el Manicomio de Maracaibo, hermoso y amplio edificio que atestiguan los adelantos continuos de aquella importante región venezolana. Hace dos años que este Hospital de enagenados viene prestando sus útiles servicios.

El edificio está situado cerca de la pintoresca plaza de Bella Vista, junto á la línea de tranvía de vapor que une á Bella Vista con Maracaibo, consta de cuatro grandes departamentos convenientemente organizados y de un servicio de empleados numerosos, capaz de atender con eficacia al cuidado de los numerosos enfermos allí recluidos. Está provisto de alumbrado de acetileno, agua en abundancia y puede contener hasta 170 enfermos. La dirección de la casa corre á cargo de una Junta compuesta de cinco miembros principales y otros tantos suplentes, nombrados por el Gobierno del Estado Zulia, el cual también atiende con generosidad plausible á los gastos del Manicomio.

SECCION RECREATIVA

El teléfono y el corazón

Existen numerosas personas que sufren gran sobresalto si oyen de improviso cerca de sí el penetrante campanilleo del teléfono, el ruido ocasionado por una puerta que se cierra de golpe, ó la detonación de un arma de fuego. Estas personas son las que poseen temperamento extremadamente nervioso ó son débiles de corazón, y en uno y otro caso es para ellas del mayor interés evitarse toda ocasión de susto. Claro es que nadie puede impedir que suene un portazo ó que se dispare alguna arma de fuego á corta distancia, pero en cambio nos es dado alejar el alborotador teléfono allí donde su repiquetoe no hiera directamente los nervios.

Para convencerse de que la cosa tiene más importancia de la que suele concedérsele, hay un medio científico: ese aparatito llamado sismógrafo, destinado á registrar la forma y el número de las pulsaciones del corazón. Colocado sobre la muñeca, él nos dirá gráficamente, por medio de unas culebrinas elocuentes trazadas en papel ahumado, si aquel órgano funciona con normalidad ó se agita turbulento cual el de asustado pajarillo. Y esas indicaciones deben sernos saludable advertencia.

Cada vez que experimentamos un sobresalto, por efecto de un ruido súbito, el pulso se altera, ascendiendo sus palpitaciones de 72 ó 74 por minuto á 100, 120 y hasta 180. Esto acontece porque el choque nervioso ha acelerado los movimientos del corazón, haciendo afluir á él una cantidad de sangre mayor de la normal. Ahora bien; el esfuerzo realizado por la víscera determina la relajación de sus músculos, de igual modo que los esfuerzos de la gimnasia cansan el tejido muscular de piernas y brazos. Repetid ese esfuerzo, y á la postre aumentará de volumen el órgano como se desarrollan con el ejercicio los biceps. Y hay que no perder de vista que la dilatación cardíaca es la aneurisma á corto plazo, y la muerte repentina en cualquier momento.

No se mire, pues, con indiferencia la sensación de sobresalto, juzgándola inofensiva, y á fin de disminuir sus probabilidades, desterrad el teléfono al último rincón de la casa, pues ese aparato, utilísimo por otros conceptos, es un pícaro fabricante de aneurismas, según ha comprobado un médico norteamericano examinando con el sismógrafo el pulso de numerosas señoritas telefonistas.

Francia y Venezuela.—En ambas naciones obtuvo el Doctor P. A. Noblat, residente en Puerto Cabello, su honorífico título. Hé aquí un certificado procedente de tan respetable autoridad:

"Doctor P. A. Noblat, médico cirujano de la Universidad de París y de la Ilustre Universidad Central de Venezuela, certifico que:

"He usado con mucha frecuencia la Emulsión de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y sosa, preparado por los señores Scott y Bowne, en las personas débiles que sufren de afecciones de las vías respiratorias, ó que padecen de escrófula, raquitismo, etc., obteniendo siempre los resultados más satisfactorios con la aplicación de tan excelente reconstituyente.

"Me es grato, por tanto, dar la presente declaración".

Los sueños de los escolares

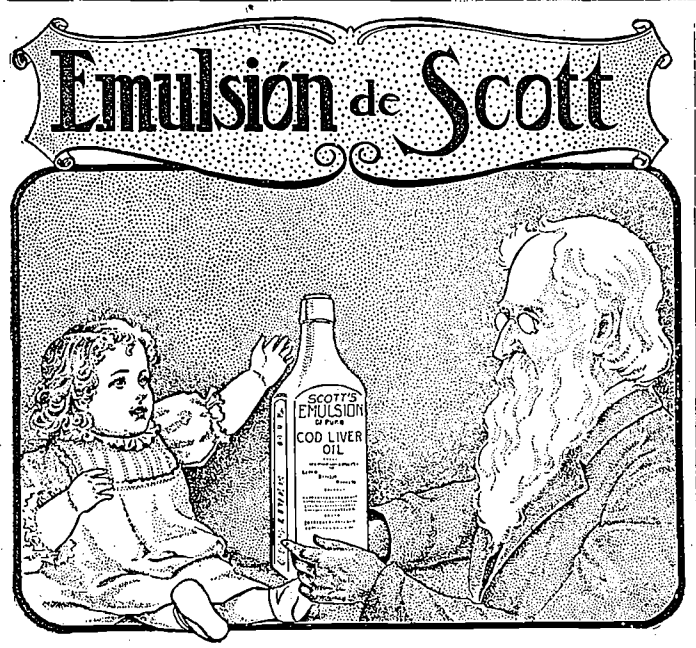
En Inglaterra se ha comenzado á discutir científicamente el interesante problema del sueño de los escolares. Se parte del principio de que el cerebro, como los demás órganos se extenúa por el exceso de trabajo y que importa restituirle de una manera constante su energía. Ahora bien, sostiene la nueva doctrina que no es posible distinguir exactamente lo que en el sistema nervioso rige el esfuerzo muscular de lo que preside el esfuerzo intelectcal; y considera como un error fisiológico y una falta de sabiduría el asueto, cuyo fin, en el pensamiento del institutor, es devolver al niño su vigor mental sometiéndolo á un ejercicio físico sostenido y excesivo. Ahora aseguran que la siesta es mucho más eficaz que todos los juegos al aire libre, por que así se logra reparar la fatiga de las células cerebrales por medio del sueño.

El niño que adquiere cotidianamente una suma considerable de conocimientos, cada día mayor, poniendo en ejercicio sus facultades de memoria, reflexión, comparación y juicio, reclama, á causa de esta misma tensión mental, un tiempo de reposo más prolongado que el que por lo general se le concede. Se le deja

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU
El mejor y más económico Ferruginoso.
CLIN Y COMAR — PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 618

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias
Jaqueca
Ciática.
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
607

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fcia G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



UN ALIMENTO PODEROSO. EFICAZ PARA TODAS LAS EDADES.

La Emulsión de Scott suministra no solamente la sustancia que el cuerpo necesita para crecer, sino también la que le es indispensable para reponer el desgaste diario de los tejidos y del cerebro. Es un alimento eminentemente digerible y asimilable que estimula el calor, la energía y la vitalidad, y es por consiguiente un benefactor de los convalecientes y ancianos y de toda persona debilitada.

Ella aporta al sistema abundancia de fósforo y hierro, no en la forma metálica que daña los dientes y entorpece las funciones del hígado, como sucede con los preparados ferruginosos, sino en la misma forma orgánica y natural como se encuentran estos elementos tan esenciales de la vida, en la sangre y en el cerebro. Cada dosis de Emulsión de Scott se incorpora directamente con la linfa de la sangre y va á reforzar los tejidos del cuerpo volviéndose parte de ellos mismos.

Sin esta Marca Ninguna es Legítima.

"*Declaro que uso con frecuencia la legítima Emulsión de Scott con resultados excelentes. La Emulsión de Scott reune en mi concepto condiciones medicinales y de preparación* QUE NO ALCANZAN OTROS PREPARADOS SIMILARES, LOS QUE CON FRECUENCIA PERJUDICAN EL ORGANISMO DEL PACIENTE."

DR. IGNACIO B. PLASENCIA,
Habana, Cuba.

SCOTT & BOWNE, Químicos, Nueva York

—E—

Alemania y Francia comparadas desde el punto de vista de la población

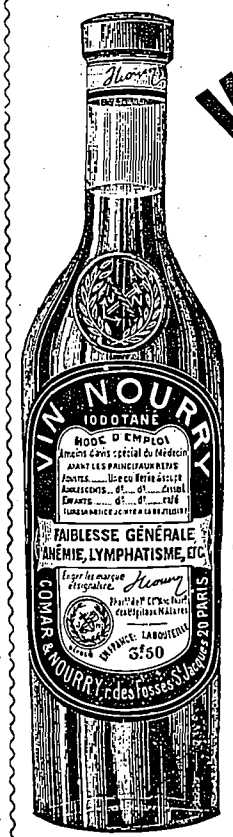
Saugrain en su obra titulada *Dénombrement du Royaume de France*, que se publicó en París en 1709, calculaba en 3.547,940 el número de familias francesas en tiempos de Luis XIV. Suponiendo que cada familia se compusiera de cuatro personas por término medio y que París tuviese entonces unos 750.000 habitantes, la población de Francia en aquel tiempo sería de unos 15 millones de almas aproximadamente. Esta cifra es, indudablemente, inferior á la realidad, puesto que el censo hecho á fines del siglo XVIII demostró que la población de Francia se elevaba 20 millones de habitantes, ó sea unos 40 por kilómetro cuadrado.

La población de Prusia no pue-

el uno, muy poblado y rico (Francia), y el otro pequeño, pobre y con población escasa (Alemania).

Un siglo después, en 1816, la población de Francia se aproxima á los 30 millones de habitantes con una densidad de 56, y la de Alemania á los 23 millones con una densidad 45. En 1861 contaba Francia con 37 millones y medio de habitantes (densidad, 69) y Alemania con 36 millones y medio (densidad, 69,5). El aumento de la población después de 1816 fue, pues, bastante débil en Francia, comparado con el que, en igual época, se verificó en Alemania.

Desde 1872 se han hecho en Francia seis censos, de los cuales se deduce que en veintinueve años el aumento de la población ha sido de 2.166.090, ó sea de 2,1 por 1.000 al año. Por el contrario, en Alemania, desde 1875 hasta 1900, la población aumentó en 13 mi-



VINO NOURRY

YODOTÁNICO
á la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **Vino Nourry** *reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.*

Excita el apetito *y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las* **Mujeres** *(colores pálidos, épocas dolorosas) y de los* **Niños** *(escrófulas, usagres, etc.*

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

613

jugar, es verdad; pero sería más lógico dejarlo en un reposo absoluto. Esta doctrina nueva pide que en los establecimientos escolares los niños sean sometidos diariamente á un examen médico, desde el punto de vista de su constitución fisiológica; y que de este examen se encargue, no el maestro, lo más á menudo incompetente, sino un médico especialista, que se dedique particularmente á la vigilancia é inspección mentales.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Además de ser el único curativo radical del estómago y del intestino, el **Digestivo Mojarrieta** purifica los alimentos y los hace asimilables. Está universalmente confirmada la superioridad del **Digestivo Mojarrieta** y millares de testimonios verdaderamente honorables demuestran que éste es el único medicamento que cura en un día las Indigestiones, en un mes las Dispepsias ó Gastralgias y en tres meses las más graves enfermedades crónicas del estómago y del intestino.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Cª**, Caracas en las principales Droguerías de Europa y América.

de calcularse más que por las cifras que expresan la natalidad y la mortalidad. En el año en que murió el gran Elector no excedía probablemente de 1.137,000 habitantes para un territorio de 111.100 kilómetros cuadrados, ó sea una densidad de 10 por kilómetro.

Así, pues, á fines del siglo XVIII vemos que había dos Estados, grande y poderoso

llones y medio, siendo el aumento anual mínimo de 7 por 1.000 y el máximo de 15 por 1.000.

En 1901 la población total de Francia era aproximadamente de 38 millones y medio; la de Alemania, en 1900, de cerca de 56 millones y medio, como si después de la anexión de la Alsacia y Lorena hubiesen conquistado los alemanes otras diez.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris.**

provincias más.

Esta inferioridad de Francia no depende de que la mortalidad sea más elevada que en otras partes, sino de que la natalidad es más baja que en ninguna. La cifra de los nacimientos, que era en tiempos de Luis XIV de 39 por 1.000, descendió á 33 á principios del siglo XIX, y fué en disminución hasta llegar á 22 en el período de 1891 á 1900, en tanto que en Alemania se elevaba á 36 por 1.000. De la última memoria oficial se desprende que en 1904 el número de recién nacidos fue en Francia inferior en 8.483 al del año anterior y que el excedente de la natalidad sobre la mortalidad apenas llegó á 57.026, cuando solamente en Prusia fue diez veces mayor. En 36 departamentos la mortalidad superó á la natalidad.

¿A qué causas obedece ese escasa fecundidad? Muchos la atribuyen á un empobrecimiento fisiológico, debido á la corrupción de las costumbres; otros afirman que se trata de una consecuencia natural del desarrollo de la cultura, y se consuelan con la frase de un ilustre economista: *la civilisation réduit la natalité;* otros, en fin, entienden, como Chervin, que la voluntad únicamente, guiada por el interés, disminuye la natalidad en la mayoría de los departamentos franceses. El señor Behre abunda en estas ideas. No cree que fisiológicamente sean los franceses muy inferiores á otros pueblos que tienen mayor coeficiente de natalidad; tampoco admite el aforismo de que la cultura reduzca los nacimientos, porque ese fenómeno no se observa en países que han realizado en los tiempos modernos enormes adelantos. «La verdadera causa—dice Behre—es una restricción voluntaria, debida á preocupaciones de bienestar económico y de comodidad.»

No falta quien se pregunte si esto, en el fondo, no es un bien; si la situación de un pueblo en el cual la riqueza crece con mayor rapidez que la población, no es un hecho normal desde el punto de vista económico. Behre lo niega. «La prosperidad económica de un pueblo—dice—se mide, no tanto por la suma de bienes que posee proporcionalmente al número de sus habitantes, sino por la suma de energías productivas y de fuerzas vivas que contiene el pueblo.»

Todo lo que, por fines egoístas, se opone á las leyes de la vida, lleva consigo inevitablemente una restricción y un empobrecimiento de aquellas energías, y esteriliza tarde ó temprano los agentes de la vida económica.

El mal que padece Francia es un mal moral, y los males morales requieren remedios morales. Francia, para conservar su rango de potencia de primer orden, necesitaría que su población aumentase todos los años en 470.000 almas; pero la realidad es otra: ese aumento no pasa de 57.000; y tiende á disminuir todavía más.

Una ciudad intermitente

Las ciudades, lo mismo que otras muchas cosas, una vez creadas, duran más ó menos tiempo, y para acabarse se debilitan progresivamente. La vida es continua, nunca intermitente. Sin embargo, hay una ciudad, la de Avalón, en California, que se sale de la regla general. Avalón es una ciudad intermitente, que sólo existe durante cuatro ó cinco meses del año, á contar desde abril, en que sale de la tierra como por encantamiento. En un terreno que no pasaba de ser un árido desierto, los ingenieros han establecido toda la parte subterránea de una ciudad: alcantarillado, conduciones de agua, etc., y en ciertos lugares han plantado árboles, principalmente palmeras.

Excepción hecha de algunos "chalets" sin importancia destinados á las oficinas de la administración, no existe allí ni una sola casa, propiamente dicha. Todas las viviendas son tiendas de campaña, que se guardan durante el invierno y se arman en abril. Las hay de todos tamaños. Algunas forman un solo aposento, pero hay otras que constan de una sala, un comedor y varias alcobas. Los alquileres son muy económicos. La compañía gana poco con ellos, pues su ganancia está en la venta de provisiones, tanto en bruto, como ya preparadas y guisadas.

Para esparcimiento de los habitantes de Avalón hay tiendas-bibliotecas, tiendas-conciertos, etc.

Durante el verano viven allí 80.000 personas, en las tiendas es-

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

EXIJAN Vds. bien cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.
Las **PILDORAS** Purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman al comer.
Ninguna Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS puesto que son las mas activas.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS
RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS
Exíjanse el Nombre y la Dirección el Sello de Garantía
PÍLDORAS de BLANCARD
al Ioduro de Hierro inalterable.
40, Rue Bonaparte, PARIS
COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE
N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

Modelos del frasco de las verdaderas
PILDORAS PURGATIVAS DEL Dr GUILLIÉ

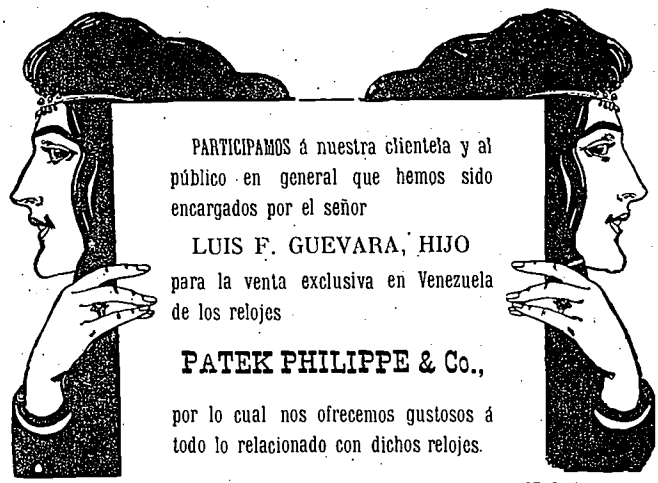
Estas Píldoras con base de extracto de Elixir tónico antifebrífico del Dr GUILLIÉ son empleadas con éxito como *Purgativo y depurativo* y en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazon, Gota, Reumatismos, Fiebres Paludicas y Perniciosas, la Grippe ó Influenza y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.
Dr Paul GAGE Hijo, Farmº de 1ª Clase
9, rue de Grenelle-St-Germain, Paris
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

HIERRO QUEVENNE Cura: **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**
Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS. — El mas activo y economico, el único Hierro INALTERABLE en los paises cálidos
Exigir el verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS". — 14, R. des Beaux-Arts, Paris

Precio 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS & Cie 8 Rue St-Denis, 16

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extrangero.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.



PARTICIPAMOS á nuestra clientela y al público en general que hemos sido encargados por el señor
LUIS F. GUEVARA, HIJO
para la venta exclusiva en Venezuela de los relojes
PATEK PHILIPPE & Co.,
por lo cual nos ofrecemos gustosos á todo lo relacionado con dichos relojes.
GATHMANN HERMANOS
Se traen por encargos especiales

J. M. HERRERA IRIGOYEN & Ca.,
EDITORES PROPIETARIOS DE "EL COJO ILUSTRADO",
OFRECEN EN VENTA LA OBRA
"Colón y su descubrimiento; el Nuevo Mundo ó la Gran Colombia",
POR D. FELIX E. BIGOTTE;
edición de lujo; 3 volúmenes en 4º; papel vitela, grabados en colores, con dos *fac-símiles* cartas de Colón,
A Bs. 24, LA OBRA A LA RUSTICA
DEPÓSITO GENERAL EN CARACAS
Las órdenes del Interior de la República, deben venir acompañadas de Bs. 4 más, para el franqueo.
El importe debe remitirse en estampillas de correo ó en letra de fácil cobro.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO, las TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS, las BRONQUÍTIS CRÓNICAS
L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, Paris Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito.
contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
Las Grageas hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas*.
AMPOLLAS ESTERILIZADAS
para *Inyecciones Hipodérmicas*
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.
LABELONYE y Cie, 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

tablecidas á orillas de una hermosa bahía.

Entre otras comodidades, ofrecen estas casas de nuevo sistema las de tener sala de baño y gabinete-tocador.

La compañía propietaria de las tiendas de alquiler posee también unos cuantos barcos para llevar y traer viajeros de las fondas y de los bazares donde los veraneantes comen y se surten de todos los objetos necesarios.

En vista del éxito alcanzado en este nuevo negocio, es muy posible que no tarden en fundarse otras compañías para explotar nuevos puntos de veraneo.

¿A quién tutea el emperador Guillermo?

En la corte de Prusia son desconocidos estos restos de ceremonial medioeval que ha quedado subsistente en otras monarquías. En la corte de los Borbones tenían el derecho los duques de que el rey les llamase «Mon cousin,» aunque no tuviesen el más mínimo parentesco con el soberano. Este mismo tratamiento de «primo del rey,» se otorga en Italia á los caballeros de la Orden de la Anunziata, y sabido es que los grandes de España tienen la prerrogativa de cubrirse en presencia del rey.

En Prusia no se conocen semejantes costumbres. Muy al contrario, la tradición impone que hasta los allegados más próximos del rey vean en éste, en primer lugar, al monarca, y que, principalmente en presencia de terceras personas, le traten conforme á su gerarquía. Por lo tanto, los mismos hijos y hermanos del emperador, al dirigirle la palabra, le dan el tratamiento de Vuestra Majestad.

Sin embargo, Guillermo II, que es menos retraído que sus predecesores en el trono, y que hasta cierto punto gusta del trato social y lo fomenta en grande escala, ha introducido la moda de distinguir con el confidencial «tú» á las personas que le son extraordinariamente simpáticas. Entre éstas se cuentan en primera línea algunos de sus antiguos compañeros de la Universidad de Bonn, afiliados todos ellos, como el entonces príncipe Guillermo, al cuerpo estudiantil de los Borusses. El preferido de sus años juveniles había sido el hoy difunto príncipe Herberto de Bismark.

También pertenecía al mismo cuerpo el actual canciller del imperio, príncipe de Bulow, y los ministros von Bethmann y von Waldow, que, asimismo, han merecido el amistoso tuteo por parte del emperador. De entre las filas de la nobleza fueron distinguidos de este modo el difunto conde de Waldersee, el duque de Ujest y los príncipes de Donnersmarck y de Dohns.

E. CHELLINI
(CARACAS)
Fábrica de Mosaicos, Ornamentación y Piedras Artificiales
14 AÑOS DE ÉXITO
ES LA MEJOR RECOMENDACIÓN
RESPONSABILIDAD EN TODOS SUS TRABAJOS
Colores firmes é imborrables en sus Mosaicos
Está la Fábrica abierta todos los días de 7 a. m. á 6 p. m.
Puede visitarla todo el que guste ver cómo se construyen los diferentes artículos que se fabrican
Siempre hay en depósito de 3 á 4.000 metros de mosaico
Dirección: Avenida del Paraíso, al lado de la
Plaza de la República
Teléfono Nº 2.181.
Apartado de Correo Nº 81.
NO TIENE SUCURSALES
Toda orden será atendida inmediatamente

"EL COJO ILUSTRADO"

Revista Literaria Ilustrada

CARACAS—VENEZUELA

Aviso para el exterior:
(América del Sur,
América del Norte
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse á EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscrición POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza á su favor en la moneda correspondiente.

En Paris: Francos 48
L. Theodor Ravelo — 15, Rue de Trévise.

En Barcelona de España—Pesetas 48
J. Puig Corvé — Paseo de Gracia 69

Hamburgo — Marcos 38,70
Wolfers & Pontt.—Fischmarkt 11.

New York — Fts. oro 9.23
De Sola Bros. & Pardo. — 130. - Pearl Street.

BAÑOS HIDROTERAPICOS

FRENTE A LA ESTACION DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA

La Hidroterapia cura: *La Dispepsia*, y todas las enfermedades del tubo digestivo: Frialdad habitual de las extremidades. Detenciones del desarrollo. Perturbaciones de la *menstruación; La anemia crónica* del cerebro. *Impotencia, Neurastenia, Histeria. Dolores* habituales de cabeza; las enfermedades del *hígado;* dificultades de la *respiración;* las enfermedades crónicas del centro *nervioso;* todas formas de *Neuralgias; La Hidropesia*; conviene en la *convalecencia* de las enfermedades agudas; las enfermedades del *bazo*, el *estreñimiento*, el *Paludismo* crónico, el *Beri-beri*, la *Obesidad*, etc., etc.

Es el más poderoso de los reconstituyentes

Este establecimiento, provisto de los mejores aparatos, está abierto al público bajo la dirección de su propietario, doctor R. Soucy, quien para dar mayores garantías de orden y regularidad, ha trasladado el domicilio de su familia en el dicho edificio.

PRECIOS MODICOS

TIPOS

SIEMPRE NUEVOS

los que se emplean en EL COJO para las ediciones finas

Surtido espléndido y numeroso de tipos de toda especie, para todo género de trabajos.

Viñetas, adornos, escudos de todas las Naciones del mundo, alegorías de los diferentes ramos del comercio, de la agricultura, de la cría; alegorías de las artes y las ciencias, etc., etc., etc.

De todo, absolutamente de todo hay en EL COJO para cualquier trabajo, desde el más insignificante hasta el más laborioso y delicado.

Por su abundancia, por lo escogido de sus materiales, y por el esmero y arte en sus trabajos, LA EMPRESA EL COJO es el primer establecimiento de su género en el país.

LIVERPOOL CASA DE MODAS

Confección de trajes y sombreros

EN ARTICULOS DE LUJO ES LA PRIMERA CASA DE CARACAS

SU SURTIDO DE SEDERIA ES LO MEJOR QUE SE IMPORTA EN EL PAIS

Magníficas telas para trajes, Satinées, Batistas, etc., etc.

Cristalería, porcelana, columnas con sus potes para decorar salones, lámparas altas con pie de bronce, cuadros con pinturas al óleo, alfombras, cortinas, muebles de fantasía, damascos de seda.

PERFUMERIA DE TODOS LOS FABRICANTES

OBJETOS DE ARTE Y DE LUJO PARA REGALOS, ETC., ETC.

GRADILLAS A SAN JACINTO No. 4

Juan Manuel Díaz & Ca.

LIBROS A LA VENTA

En la EMPRESA EL COJO y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Juan E. Arcia		
Vestigios	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Ismael Enrique Arciniegas		
Poesías	Bs. 5.	Bs. 5.50
Jacinto Añez		
Trizas de Poemas	Bs. 2.	Bs. 2.50
Rufino Blanco Fombona		
Trovadores y Trovas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Cuentos de Poeta	" 2.50	" 2.75
Más allá de los Horizontes	" 2.	" 2.50
Contes Américains	" 4.	" 4.50
Pequeña Opera Lírica	" 2.50	" 2.75
Cuentos americanos (Biblioteca Mignon)	" 1.	" 1.25
José Antonio Calcaño		
"Dos Fieras" (novela) 2ª edición	Bs. 1.	Bs. 1.25
Pedro-Emilio Coll		
El Castillo de Elsinor	Bs. 2.50	Bs. 3.
Julio Calcaño		
Parnaso Venezolano (600 páginas)	Bs. 3.	más el porte.
" " Empastado	" 4.	
Manuel Díaz Rodríguez		
Confidencias de Psiquis	Bs. 3.	Bs. 3.
Sangre Patricia (novela)	" 3.50	" 4.
Dr. Aníbal Dominici		
Comentarios al Código de Comercio, á la rústica	Bs. 14.	
Idem idem empastado	" 18.	
Pedro César Dominici		
Ideas é Impresiones	Bs. 3.	Bs. 3.
El Triunfo del Ideal (novela)	Bs. 2.50	" 2.75
Dr. A. Ernst		
Las Familias más importantes del Reino Vegetal (especialmente las que están representadas en la FLORA DE VENEZUELA)	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Alejandro Fernández García		
Oro de Alquimia	Bs. 2.	Bs. 2.25
J. M. Galindez		
Tinta Roja	Bs. 2.	Bs. 2.25
José Gil Fortoul		
Pasiones	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Emilio Constantino Guerrero		
Campaña Heroica	Bs. 2.50	Bs. 3.
Sangre Patria	" 2.50	Bs. 3.
Lucía (novela)	" 2.	Bs. 2.25
El Táchira físico, político é ilustrado	" 5.	Bs. 6.
F. Jiménez Arráiz		
Del Vivac (2ª edición)	Bs. 3.	Bs. 3.25
Miguel Mármol (Jabino)		
Tiros al Blanco	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Pólvora y Taco	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Andrés Mata		
Idilio Trágico (Poema)	Bs. 1.	Bs. 1.25
Gerónimo Maldonado, hijo		
Episodios	Bs. 3.	Bs. 3.
José Núñez de Cáceres		
Latín Clásico	Bs. 3.	Bs. 3.50
V. M. Ovalles		
"El Llanero"	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Miguel Eduardo Pardo		
Volanderas	Bs. 3.	Bs. 3.
Francisco de Sales Pérez		
Ratos Perdidos (nueva edición)	Bs. 3.50	Bs. 4.
Gonzalo Picón Febres		
El Sargento Felipe (novela)	Bs. 3.	Bs. 3.25
Flor (novela)	" 2.	" 2.25
Víctor M. Racamonde		
Mis Versos	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Baldomero Rivodó		
Entretenimientos Filosóficos y Literarios (tercera edición)	Bs. 4.	Bs. 4.50
Voces y Locuciones extranjeras	Bs. 3.	Bs. 3.50
Máximo Soto-Hall		
"Chispas Venezolanas"	Bs. 1.	Bs. 1.25
Felipe Tejera		
Manual de Historia de Venezuela (cuarta edición)	Bs. 4.	Bs. 4.25
Juan C. Tinoco		
Album de Viajero	Bs. 3.	Bs. 3.25
Doctor Elías Toro		
"Por las Selvas de Guayana" (con grabados)	Bs. 5.	Bs. 6.
José Ignacio Vargas Vila		
Bustos y Medallas	Bs. 1.50	Bs. 1.50
Sueños Azules	" 1.	" 1.25
Del Opio	" 4.	" 4.
Carlos A. Villanueva		
París	Bs. 3.	Bs. 3.
César Zumeta		
Escrituras y Lecturas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Empresa El Cojo		
Tablas de Derechos de Aduana, calculados ya, desde 0.025 gramos hasta 1.000 kilos para cada una de las clases arancelarias. En pesos y en bolívares	Bs. 10.	
Plano é Indicador de Caracas	" 2.	
Tablas de Monedas	" 1.	
Almanaque de pared, astronómico y religioso	" 20.	gruesa.

EN LA EMPRESA EL COJO

Hay siempre á la venta los artículos comprendidos en la lista impresa por orden alfabético, que se envía á quien la solicite

TIPOGRAFIA ESPECIAL

SIEMPRE RENOVADA

Ediciones de obras á todo lujo—Ediciones elegantes—Ediciones económicas—Acciones de Compañías—Billetes de tranvías y ferrocarriles—Libranzas—Etiquetas—Facturas—Libros talonarios—Carteles—Hojas volantes—Listas de precios—Circulares—Conocimientos de embarque—Guías—Timbres de papeles y de sobres y Récipes—Participaciones de matrimonios, y ofrecimientos—Felicitaciones—Bautismos—Comuniones

TARJETAS AL MINUTO

Tarjetas comerciales—Tarjetas de agradecimiento—Folletos—Periódicos—Cheques de Banco—Programas de Baile—Menu para banquetes—Almanaques Y cuanto trabajo fino, delicado, artístico y de capricho, se requiera en el arte tipográfico.

FOTOGRABADO

Se hacen clisés conforme á los originales que el interesado presente; y á precios muy económicos

LIBROS EN BLANCO

Los fabricamos de cuentas; para actas para facturas; para balances; para inventarios; para relaciones de gastos semanales; Indices; Copiadores, etc., etc.

Existencias de libros de todos tamaños y clases.

Y se hacen á la orden, de rayados especiales como lo indique el interesado

FABRICA DE SOBRES

Se fabrican en EL COJO sobres de todos tamaños, de papel superior, y se presentan del modo más conveniente para los detalladores.

Se envían muestrarios y tarifas á quien lo desee

FABRICA DE GOMA LIQUIDA

PARA OFICINAS

En frascos de vidrio, con cápsulas de metal y pincel correspondiente. Ventas por mayor y al detal.

MATERIALES

para encuadernadores, impresores, dibujantes, pintores, etc.

PAPELERIA

Toda clase de papel para oficinas públicas, escritorios, impresores y encuadernadores.

ARTICULOS DE ESCRITORIO

Surtido completo de las principales fábricas de Europa y Norte América. Cuanto se desee en este ramo.

ARTICULOS ESPECIALES y de FANTASIA

un gran número de artículos de esta especie.